

Daniel Di Mauro Al sur por Agustina





Al sur por Agustina

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Daniel Di Mauro

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

Nagdy Guevara

Diagramación

Vilma Jaspe

Diseño de portada

Ennio Tucci

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4838-9

Depósito legal: DC2021001090

Al sur por Agustina

Daniel Di Mauro

Crónica de viaje autobiográfica

Inmediatamente después de la guerra de Las Malvinas surge la necesidad de realizar un viaje a Córdoba, Argentina. Vivía en ese entonces en el litoral central guaireño, en el barrio La Capilla de Mamo, Catia La Mar, con mi esposa Estrella y mi hijo Mauro Alejandro.

Agustina, hija de mi primer matrimonio, vivía en la ciudad de Córdoba. Recuerdo que en 1982 un submarino nuclear británico amenazaba con bombardear la ciudad argentina, donde se asienta el tercer cuerpo de ejército, desde aguas chilenas, si no se firmaba la rendición.

Durante el verano del 83 se habían producido los deslaves denominados El Niño, y todo el norte peruano y el sur ecuatoriano tenían sus caminos bloqueados. El Touring Club no entregaba los permisos internacionales de circulación debido a esto y tuve que esperar hasta que se comenzaron a ofrecer. Una vez tuve en mis manos carnet, tríptico y pasaporte, inicié un viaje por la carretera del Pacífico, que en todo su recorrido redondeaba veinte mil kilómetros. *Al sur por Agustina* es la narración de este trayecto, así como de las reflexiones durante tantas horas de manejo con el claro objetivo de llegar al destino señalado y luego, con el de regresar al hogar.

Son 32 registros que describen una apreciación muy personal sobre un continente joven, inmaduro, que no contempla en absoluto el tránsito entre sus naciones y que dificulta esa

acción, muchas veces de manera absurda, pero que muestra en su exuberante geografía física y humana, las cualidades para ser el hogar de un mundo futuro de bonanza, organización y justicia para con una población eternamente olvidada y postergada.

Escrito en 2007, muchas cosas han cambiado por tratarse de años muy activos en lo social y lo político, pero el panorama global se mantiene más o menos inalterado.

Primera Parte

Jueves, 4 de agosto de 1983

Son apenas las siete de la mañana, el Zephyr se comporta raro, he viajado antes con él, pero tal vez intuya que este es un viaje largo, muy largo, y entienda que debe proceder así, zigzagueante, tembloroso, difícil de controlar. Los túneles de La Guaira y Caracas estaban fluidos, aunque claro, serían las cinco y treinta de la madrugada cuando los atravesé y al entrar en el estado Miranda, donde habitualmente acelero un poco para disfrutar las curvas, veo que los otros vehículos me sobrepasan, que llevan un ritmo de viaje más rápido y ágil que el mío. Estaré llegando a Valencia entre las ocho y las ocho y media; visitaré a Ana, mi hermana, ella prepara desayunos espléndidos.

Agustina ni se imagina que iré hasta Córdoba, la docta. Tal vez ni se acuerda de mí, partió con la madre cuando apenas tenía catorce meses, pero había cumplido dos añitos cuando fui a Córdoba en enero del 79 con el grupo de danzas Teresa Carreño de La Guaira, al festival del folklore de Cosquín, y tres cuando volví al año siguiente, con la agrupación Raíces de Chuspa, de eso hace ya tres años, ¡tres años que no ve a su padre!

¿Y yo, qué hacía a mis seis años? No recuerdo si estábamos con mis padres en Montevideo. Allá mi viejo estaba recorriendo el Uruguay con el teatro y trabajando en el establecimiento de la agrupación de títeres de El Galpón...

o si fue cuando pasamos un año en Tucumán, dándole forma a la salita estable de Los Duendes, con Blanca, Alba, María Teresa y el gran Carlitos Vaca, en lo alto de aquella escuela de curas San Francisco, en San Miguel, puede ser también que a mis seis años estuviéramos recorriendo la Patagonia, en el ómnibus que guiaba el Gaty, mirando a los ñandúes por la ventanilla o viendo armar el teatrillo una y otra vez, día tras día y después de las funciones a repartir caramelos de menta que los niños del público se peleaban por obtener y que yo ya no toleraba. En aquella época, mi hermana era algo distante o al menos yo la veía así, no hablaba mucho, le hacía mal la luz artificial y se perdía de ver las calles y avenidas de las ciudades a las que llegábamos de noche en el ómnibus, se envolvía íntegramente en una manta y mi preocupación era que se asfixiara.

Agustina siempre me conoció de barba, siempre la usé, aunque ahora la uso más larga y es más abundante. Hay mucho viento, tal vez la ingobernabilidad del auto se deba a eso y también a que, en algunos sectores de la autopista el asfalto está siendo removido para repavimentar y eso también influye. Creo que antes de ver a Ana, llevaré el vehículo a que le hagan balanceo y alineación. Las gandolas (inmensos camiones) estremecen el carro, llevan sorgo, madera y combustible; las que vienen del estado Bolívar traen acero, aluminio y material de construcción; las yaracuyanas traen caña de azúcar; del Zulia llega el ganado, la leche y quesos; de Valencia y Maracay salen con vehículos que reparten a los concesionarios de todo el país y las que transportan cerveza sanjoaquinera de primerísima calidad, tremendos camiones que van y vienen por las rutas de Venezuela. Entro en la bomba Las Morochas, tienen servicio de cauchera, mientras me tomo un café revisan los posibles problemas que originan las oscilaciones del carro. Ahora sí, el cambio es notable, se le siente agarre, empuje, estabilidad, puedo acelerar un poco y mantengo el control absoluto. Desde

los valles aragüeños, tengo a mi derecha las últimas estribaciones de Los Andes y a mi izquierda el nacimiento de los inmensos llanos que se extienden hacia el oriente, poblados de mangos, araguaneyes, nísperos, samanes, pinos y tantos árboles gigantescos. Llego a Valencia entrando por el elevado, salgo de la autopista por El Trigo, doblo a la derecha en la bomba de gasolina y en el primer cruce a la izquierda. Al lado de la placita está la residencia Los Pardillos. Mi hermana hace preparativos para partir a la coral filarmónica que dirige Federico Núñez Corona, pero dispone de unos minutos para brindarme un desayuno.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿Cómo quedan Estrella y Mauro? ¿Este autito llegará hasta allá? ¿Cuántos kilómetros son?

—Anita, Estrella está trabajando en Fundarte. Mauro está mucho mejor de salud. Son muchos kilómetros, pero el auto es casi nuevo y no puedo evitar hacerlo; si la Thatcher hubiera decidido bombardear Córdoba, los submarinos nucleares que la apuntaban la hubiesen borrado del mapa. No bombardearon, puedo hacer el esfuerzo y ver a mi hija, estar con ella entre dos y tres semanas.

—¿Se acordará de vos? Mirá que la última vez que la viste era una mocosa y la flaca no creo que le muestre fotos tuyas ni que le hable mucho del padre.

—Estuvo conmigo en Cosquín hace tres años, dos semanas enteras. Una noche, en pleno festival, se hizo la dormida y con ella en brazos, caminé cuadras y cuadras hacia el hotel, ya atravesando el vado, sospeché que la negra estaba despierta, ya habíamos pasado el río Cosquín cuando da un brinco y muy alegre me confiesa que se había hecho la dormida porque no quería caminar, eran como las cuatro de la mañana y a esa hora el festival recién empieza, pero ya nos quedamos en el hotel, le contaba cuentos y se dormía... o fingía hacerlo. Creo

que sí va a recordarme y si le soy extraño, no tardará mucho en resucitar mi imagen.

—¿De acá te vas hacia San Cristóbal?

—Sí. Mañana tempranito estaré en la frontera con Colombia para los trámites de pasaporte y del tríptico del carro. No sé bien si dormiré en Pamplona o si seguiré mañana mismo hasta Bucaramanga.

—Ay, negro... ¡Sos loco, eh! ¿Cuánto llevás de guita?

—Ochocientos dólares que pude ahorrar y que deberían alcanzar para ir y venir. Pude haber llevado mil, pero le compré a la Agustina una piscinita, un órgano Yamaha, un pianito, un radio-televisor y otras vainas. ¿Y Roni?

—Está en Tinaquillo. Maxi y la Cele ya están en sus respectivas escuelas... Mirá, ¿qué te parece?

—¿Son lámparas Tiffany?

—Sí, me interesan. Me gusta trabajar con vidrios. ¿No son hermosos? Dibujar con ellos, fundirlos, mezclar colores.

—¿Vas a hacer un taller? ¿Vas a aprender la técnica?

—Sí, me interesa mucho. Cuando vengas del viaje tendrás tu lámpara. ¿Cuál de éstas te gusta?

—Esta, la verde. ¿No tienes noticias de Italia?

—Los viejos están bien, tratan de rehacer la pareja, pero a veces es imposible retroceder, por suerte los dos son jóvenes y están a tiempo de iniciar lo que se propongan.

—¿Y qué va a hacer el viejo en Italia?

—Parece que se mudan a España, van con Pepe y la Pato a instalarse en Madrid.

Los ochocientos dólares estaban en el bolsillo secreto dentro del pantalón. La ruta se hace cómoda y las ciudades pasan raudas, San Carlos, Acarigua, Araure, Guanare, Barinas... Es verdad que me preocupan Estrella y Mauro, aunque la negra es muy independiente y orgullosa, le molestaría hacer un planteo donde ella debiera admitir que me

necesita, quiere demostrarme o tal vez demostrarse que puede prescindir no solo de mí, sino de todo lo que la rodea. Mauro ha estado muy bien del asma y del viaje le traeré aceite de seje, miel colombiana y jalea real, para que tome una cucharadita diaria. Si dispongo casi de dos meses y puedo hacer el viaje en quince días, significa que puedo estar con Agustina y mis amigos, casi veinte días, no tendré a mano mucho dinero para comprarle cosas a la niña, pero en el auto podremos salir a pasear por las sierras de Córdoba y disfrutar juntos, hasta que se canse de su padre.

Son ya como las seis de la tarde del 4 de agosto, todavía hay luz, me pierdo entre algunas avenidas de San Cristóbal. Pregunto por un hotel barato y me indican un recorrido escabroso. Veo un letrero que muestra la salida hacia San Antonio, pueblo vecino de la colombiana Cúcuta y arranco hacia allá. Atravieso Capacho y otros hermosos pueblos andinos, enclavados en valles abruptos, pero organizados con una arquitectura firme y temperamental, mucha piedra, muros de roca sólida y calles de cemento. Un camino serpenteante me lleva hasta San Antonio y me alojo a pocas cuadras del consulado colombiano, en un hotelito muy cómodo y barato con un patio fresco donde varios parroquianos ven la televisión, juegan dominó y hacen apuestas de caballos. Después de bañarme y organizar las cosas para el día siguiente, salgo del cuarto a beber una cerveza y veo un grupo de muchachas en tropel que corren hacia mí. Por un momento pienso que les atrae mi figura, mi forma de caminar y les sonrío, pero pasan alocadamente a mi lado para abrazar y pedirle autógrafos a un cantante popular, Oscar D'León, "el Diablo de la Salsa", que entraba al establecimiento. Me siento en la barra a disfrutar un poco el malentendido, mío, ellas tienen muy claro lo que quieren, allá vociferan alborotadas, llenas de alegría y belleza extremas. Salgo a deambular y llego al puente donde

los dos pueblos se unen o separan, según se vea. Me siento a presenciar el movimiento incesante de gente que va y viene, llevando y trayendo cargas, bolsos, carretillas, grandes lonetas amarradas a las espaldas, las filas de carros colombianos que hacen cola para cargar combustible barato venezolano, barato y bueno. También yo deberé hacer esa cola en la mañana para cargar el tanque del Ford. Ahora me acaricio las manos, pidiéndoles que sean fuertes con el trajinar que se avecina. Una muchachita que vende conservas se sienta a mi lado y me pregunta si quiero una. Le digo que no, que acabo de beber cerveza y que borracho no come dulce. Ella se ríe, recoge y le lanza una piedra al que sería su hermanito, que se burla de ella, gritándole: ¡Yexi sexy, Yexi sexy!

—¡Mira, muérgano! ¿Por qué no te vas pa' la casa y me dejas tranquila que estoy trabajando, eh?

—¿Cómo estuvo hoy la venta?

—Regular, pero al mariquito le gusta sacarme la piedra, eso es lo malo, ¿ve? Pero cuando llegue a la casa, lo voy a jodé'.

—¿Tu nombre es Yexi?

—Yexelina. Tome una conservita e' coco, yo se la brindo pué'.

—Mejor yo te brindo a ti, ¿qué come esa gente?

—Patacón con salsa y ensalada rallá'.

—¿Qué tal es?

—Sabroso.

Mientras comíamos plátano frito, aplastado y vuelto a freír, miraba la inmensa montaña que se erguía entre las sombras de la noche, ese es mi rumbo, esa es la ruta que me lleva con Agustina, mi pequeña, la niña que hace cinco años partió del aeropuerto de Maiquetía junto a su madre y me dejó un rato largo viendo cómo desaparecía el avión en la noche guaireña y luego, quedé mirando ese punto infinito plasmado allá arriba y yo parecía loco y todavía hoy lo veo, sobre todo en las noches, mirando al sur.

Viernes, 5 de agosto

Había calculado hacer temprano los trámites aduaneros, pero ya me bajé de esa nube, entre esperar que se abra la oficina, luego, que el funcionario se dispusiera a atender a los que esperábamos, que me llegara el turno, que se entendiera mi propósito de atravesar el continente, que se estamparan los sellos en los respectivos lugares... Cuando salí de San Antonio, en Cúcuta, lado colombiano, me esperaba un trámite similar. Aproveché la breve estadía para recorrer las ventas populares de libros, largos mesones donde se entremezclan infinidad de títulos de la mayor variedad y a un precio insignificante; comí parrilla muy bien adobada y regada con buen vino sureño; cambié cien dólares en la calle, es muy frecuente en los pueblos fronterizos ver en las aceras mesas bien equipadas con calculadoras y teléfonos donde se instalan agentes de cambio, pagan mejor que en los bancos y resultan confiables y cómodos, hice mi transacción y vagué un buen rato por la plaza del Libertador, donde compré para Agustina unas frutas muy extrañas con forma de vaina y de color anaranjado que, según decían las mujeres, se conservaban muy bien durante quince y hasta veinte días. Abrí algunas y probé su exquisito dulzor, luego cerré bien la bolsa para abrirla recién en la docta.

Ya con los papeles en regla, me acomodé en el asiento del Zephyr y apunté hacia Pamplona. El camino va subiendo y la geografía va mostrando la dimensión de Los Andes, unida

a la exuberancia del clima caribeño, la vegetación que brota como impulsada con fuerza sobrenatural y la luz que muestra las inmensas distancias que originan los valles, las quebradas y los gigantescos cañones. Pamplona, al atardecer, era como una escenografía de tonalidades grises, imponente en el piedemonte, fresca y ventosa; personas hermosamente vestidas, les daban calor y señorío a las calles, hasta un viejo halando un burro tenía aire distinguido y respetuoso. Me detuve frente a la plaza mayor y en un ventorrillo tomé chocolate caliente con almojábanas, que son como buñuelos, recién hechas, de yuca (en Argentina se la conoce como mandioca).

No sabía si buscar un hospedaje o seguir viaje hacia Bucaramanga, pregunté a algunas personas y varios coincidieron en que era mejor partir en la mañana. Pregunté la distancia y me hablaron de poco más de cien kilómetros, calculé que por malo que estuviera el camino, podría hacer un promedio de cuarenta kilómetros por hora, es decir que a lo sumo en tres horas estaría llegando a mi meta del día. No quise que en la segunda jornada del periplo, ya estuviera por debajo de lo establecido en mis cálculos. Seguí viaje, miraba el paisaje y no podía dejar de pensar en Estrella, ¡cómo le gustaría a mi negra ver estos lugares de ensueño! Algún día la traeré para pasar unas vacaciones. A Mauro le haría tanto bien respirar este aire maravilloso...

El camino se hacía cada vez más angosto y las curvas más pronunciadas, de pronto se acabó el asfalto y el ripio inicial se fue transformando en tierra fangosa, empezó a lloviznar y la llovizna se hizo lluvia enseguida, que impedía la visibilidad y me obligaba a ir muy lentamente, ya que todo el camino estaba regado de piedras que caían de lo alto, esquivar una roca podía significar caer por un precipicio, encunetarse, meterse en el lodo o golpear contra la pared de la montaña. El Ford se movía parsimonioso, pero el fiel motor seis cilindros en

línea se comportaba valientemente. De pronto se produjo un fuerte golpe en el chasis, obviamente una roca había golpeado la base del carro, pero pasaron algunos minutos y al no producirse ningún efecto seguí subiendo hacia el páramo de Berlín, la lluvia arreciaba, pero la subida empinada y sinuosa cedía, parecía haber llegado a la cima, aún había curvas pero moderadas. En una pequeña recta el auto se detuvo, se apagó, serían las once de la noche, abrí la puerta y afuera el frío era brutal, el viento y la lluvia hacían pensar que el carro sería arrastrado hacia el abismo. Cerré de nuevo pero mi inquietud aumentaba, no podía quedarme sentado ante la situación, saqué la linterna de la guantera, salí del auto y sentí el barrial que ya estaba pisando, no tenía alternativas, debí arrastrarme por debajo del auto y ver qué había pasado, efectivamente, la roca golpeó el tubito que lleva la gasolina del tanque al carburador, insertándolo y aun teniendo lleno casi medio depósito, el combustible no bajaba, quise halar el tubito pero temí romperlo, había que llenar el tanque para poder seguir. Al incorporarme sentí que se me congelaban las manos y que me costaba mantener la linterna, estaba empapado y lleno de barro. Desolado, entré al auto y traté de calentar mis manos frotándolas, pero era inútil, estaba congelándome. De pronto se hizo el milagro, una luz se acercaba serpenteando, dos muchachos venían en un Renault, me acerqué a ellos y como pude les expliqué lo que había pasado, me dijeron que los esperara, maniobraron un rato para volver por donde habían aparecido. Yo sentía que moriría de frío, pasaba el tiempo y no aparecían las luces, aquella fantasía de traer a Estrella y a Mauro Alejandro se desvanecía. Ahora pensaba en las playas de Chichiriviche o de Tucacas, los manglares, las islas coralinas de agua transparente donde se ven peces de mil colores jugueteando entre las piedras del fondo, comiendo vuelvealavida y bebiendo cerveza helada o agua de coco, pensaba en la casita de La Capilla, la placita

frente a la casa donde los fines de semana se organizaban bailes, en las tardes de teatro en la casa Guipuzcoana, en las pescaderías de Uria, donde los roncadores fritos no caben en las bandejas... Empecé a especular sobre la posibilidad de ser víctima de un robo, me di cuenta de que ellos perfectamente podían venir, arrojarme a la banquina y llevarse mi vehículo. ¿Qué podía hacer yo para oponerme? Y en efecto llegaron, llenaron mi tanque y el carro prendió; me dijeron que los siguiera y eso hice. Detuvieron el Renault en una taguara y corrieron adentro, yo los seguí, el viento aumentaba y el agua golpeaba como látigo.

—¿Qué haces en este lugar? —preguntó Jorge, el dueño del Renault.

—Voy a Córdoba, a visitar a Agustina, mi hija, tiene seis años y se acaba de salvar de morir sepultada por el bombardeo de los ingleses.

—¿Qué bombardeo? —preguntó Gerardo.

—Díganme, ¿hasta dónde fueron a buscar gasolina?

—Hay una estación de servicios cerca de Pamplona y hasta allá fuimos, te vimos la cara y temíamos encontrarte ya cadáver al volver.

Mucha gente estaba durmiendo en colchonetas, en los rincones, entre las mesas. Parece que la tormenta había afectado a toda la zona y el bodegón se había transformado en un improvisado refugio.

—Sí, estuve cerca. En un momento pensé que moriría congelado.

—Hazle un favor al que lo necesite y así estaremos a mano.

—¿Qué hacían en el páramo?

—Negocios. Llevamos zapatos a Cúcuta y San Antonio.

—Tenemos la fabriquita en Bucaramanga —dijo Jorge y me dio la tarjeta con la dirección y los teléfonos.

Conversamos un rato, bebimos ron de caldas. Recuerdo haber empinado la botella forrada en cuero y ese manjar me parecía agua, pero al momento me sentí mejor. Gerardo sugirió manejar mi carro hasta Bucaramanga, para que yo entrara en calor, con la calefacción del carrito europeo y acepté. Estaba totalmente en sus manos, empezamos a bajar, se veían las luces de la ciudad pero no llegábamos nunca, recorriamos la montaña hacia aquí y hacia allá y la ciudad parecía estar siempre a la misma distancia. La calefacción, la música estereofónica y la conversación hicieron su efecto, también influyó la altitud, habíamos pasado de cuatro mil quinientos a tres mil metros. El alcohol, que inicialmente no me había afectado, ahora parecía subir a la cabeza produciendo una tardía borrachera. Llegamos a Bucaramanga, estos dos amigos llegaron a un hotel, pagaron la habitación, estacionaron mi vehículo y se despidieron caballerosamente, serían las tres de la madrugada, los aires de la gran montaña me abrumaban, tenía la imagen de la Loca Luz Caraballo, la Loca me daba vueltas, la imaginaba trepando a las rocas, enfrentándose al mundo desde su esquizofrenia galopante, Luz, loca de viento y agua, tu mirada se pierde en el valle tremendo de Apartaderos, tus ojos ateridos por el frío repasan los contornos filosos de las rocas y luego las grietas insondables de tus manos de madre abandonada. Obviamente el ron de caldas me golpeaba enfurecido y me impedía dormir, roca, mármol, agua, sombras, frailejones y mi almohada grumosa pasando de la cabeza a las piernas y las paredes girando o cambiando las tonalidades, los colores, quebradas, pared, filo, estribaciones, cañón, desfiladero, luz cenital y no poder llegar al baño para vomitar el ron caldeño porque el piso también se mueve, cada espacio espinoso, Luz, cada instante de dolor y miedo, Luz Caraballo, te vas sola, no te das cuenta de que el momento de beber el día se te ha negado, Luz, se te ha negado porque eres mujer y estás sola, tu hombre

te dejó, se fue, la luz que se prende y se apaga en Chachopo o en la habitación del hotel, el día y la noche, jugando contigo y finalmente el espacio, te eleva el espacio o te elevas a él y serás viento junto a Andrés Eloy, el exégeta.

Me debo haber dormido en algún momento porque me desperté tarde. Me dolía la cabeza pero el aire de montaña siempre me ha reconfortado. Busqué el carro en el estacionamiento todavía con suspicacias, pensaba: ¿y si se lo llevaron? ¿Y si finalmente hicieron la jugada macabra? ¿Qué haría? ¿Tomaría el autobús que llega hasta Lima para desde ahí abordar el que va hasta Córdoba? ¿Llegar con las manos vacías y decir aquí estoy? No, vería la forma de regresar a La Guaira, con la garganta hecha un nudo. ¿Quién me mandó a confiar en ellos? Pero ahí estaba, sucio y aún mojado.

Todo estaba en su lugar, incluso el tubito de la gasolina in-crustado tanque adentro, a ese no lo había soñado, permanecía igual. Me reocriminé haber dudado de la honestidad de Jorge y Gerardo, los paladines del páramo, organicé las cosas y limpié superficialmente lo que se había ensuciado, sobre todo los asientos de semicuero, que aparentemente los confeccionan con “semivacas”. El motor encendió al primer intento, como siempre. Salí del parqueadero, así le dicen en Colombia a los estacionamientos, llené el tanque, desayuné carne asada con yuca, tomate y cebolla, bebí bastante tinto, es decir, exquisito y muy bien preparado café negro, pregunté sobre el estado de la vía hacia Tunja, busqué infructuosamente un taller para arreglar el tubito y agarré carretera, debía llenar el tanque en cada bomba que pasaba, llenarlo con la costosa y de escasa calidad, gasolina colombiana.

Sábado, 6 de agosto

Me dispuse llegar a la próxima meta, Bogotá. El camino seguía con muchos sectores de ripio, de un ripio pedregoso y de roca dura que no solo desgasta los cauchos sino que desalinea la dirección y hace que las ruedas pierdan balance. Llegando a Socorro, la montaña hostil se va tornando amable, aparecen valles fértiles con mucha tierra cultivada, en la carretera la gente vende frutas, miel, verduras de todo tipo, batatas, ñame, frijoles. Compré miel y jalea real para el cabezón (mi hijo Mauro Alejandro), un frasco de mayonesa lleno de blanca jalea real, me dijeron que podía aguantar el viaje, pero que tratara de mantenerla fresca, por lo que la envolví con trapos húmedos y la coloqué debajo de mi sillón. Compré algunas frutas para hidratarme en el camino, era el atardecer, el sol ocultándose mostraba el perfil de las altas cumbres dibujando formas inesperadas. Otra vez en el camino, quise pasar a un viejo *jeep* que viajaba lleno de gente y veo un camión que venía a una velocidad tal que no me permitiría el sobrepaso, le di un golpe al volante y el Zephyr empezó a cabecear, parecía un abanico oscilando de lado a lado de la vía, como lustrando la parte trasera del *jeep*. La gente del rústico me miraba aterrorizada esperando el golpe, por suerte no perdí la calma y poco a poco controlé los movimientos y volví a la serenidad, pasé al *jeep* donde la gente luego del susto, se reía de mí, seguramente de mis expresiones de terror. Puse gasolina, el

muchacho que atendía la bomba comía pescado de río, asado, comía con las manos llenas de gasolina pero con tantas ganas ese pescado que me provocó. Le pregunté dónde lo vendían y me dijo que su madre le llevaba la vianda al trabajo, empecé como un obseso a buscar pescado asado a la orilla del camino, pasaron las poblaciones Oiba y Barbosa. Mi carrito era una sola mancha de tierra y encontraba interesante ver cómo los camioneros colombianos cuidan sus máquinas. En plena ruta de tierra se ve a estos trabajadores, a la orilla del camino, encerando y limpiando los camiones con gran esmero, los dejan relucientes y vuelven con ellos a las rutas de tierra fangosa y polvareda. Entré a la zona ganadera, los valles verdes más hermosos con un ganado abundante y apetitoso que por momentos me hicieron olvidar el pescado asado, las vaquitas anglo-argentinas que pastaban terminaron por abrirme el apetito y al entrar a Tunja empecé a buscar un sitio donde vendieran parrilla. Estacioné el automóvil en un parqueadero municipal y caminé por la hermosa ciudad de Tunja. Había en el centro muchos locales donde hacían parrilladas y elegí el que me pareció que podía ser más barato, es decir, sin tantos mesoneros en la puerta invitándote y sí, mucha gente adentro disputándose las mesas, pedí una parrillada y me trajeron, en brasero, una cantidad bestial de carne y una tabla inmensa como plato, en ella había ensalada y yuca y en el brasero solomo, punta de cuadril, que en Venezuela llaman “pollo lomo”, chuleta de cerdo, chorizo de carne de cerdo y morcilla humeante, chinchurrias y vacío o sobrebarriga. Comí lentamente para que entrara todo, unas buenas cervezas y a caminar despreocupado por la hermosa ciudad. Entré a un cafetín muy intelectual, al lado de un cineclub que ofrecía buenos ciclos de cine europeo y latinoamericano, los poetas con sus largos bigotes, boinas y chalecos, discutían en las mesas a mi lado sobre Eisenstein, Bergman, Pasolini, Kurosawa, Fellini, la guerrilla,

el narcotráfico y el brazo armado clandestino del gobierno, el paramilitarismo, que amedrenta a las comunidades de campesinos para que estos no ayuden a los guerrilleros, que viola y mata a sangre fría, los norteamericanos que están penetrando el país con la excusa del combate al tráfico de la droga. Todos estos temas se discutían con vehemencia y fuerza ideológica. Colombia posee una población culta y altamente politizada y lamentablemente ha sido arrastrada hacia un conflicto interno al que no se le vislumbra salida.

Pregunté por las condiciones de la vía y me dijeron que hacia Bogotá ya no había tramos de tierra.

—La vía es buena pero hay que viajar despacio, no sé por qué en Colombia, los peraltes se hacen al revés. Pareciera ser que alguien quiere que nos matemos todos. Si la curva es a la izquierda, pues quedas en pendiente hacia allá y si es a la derecha la curva te empuja hasta sacarte. El viejo gesticulaba con sus manos para mostrar las inclinaciones de la ruta. Pero Bogotá está ahí mismo, son poco más de ciento cincuenta kilómetros, es decir dos horas y media si se viaja poco a poco. Un cachaco gritaba que la muerte de Gaitán iba a ser vengada, que el pueblo no perdonaría jamás esa jugada del imperialismo, que la oligarquía bogotana iba a caer tarde o temprano.

Barriga llena y con el saborcito del café, me dispuse a llegar a medianoche a Bogotá. En efecto, el camino mejoraba mucho, casi todo asfaltado, los ciclistas recorriendo sus rutas a toda hora, desde la madrugada hasta la noche cerrada, esa es la motivación de estos deportistas, que nos llenan de orgullo cuando traen premios del mundo entero. Llegué a Bogotá y estuve tentado de visitar a varios amigos, pero sobre todo a Patricia, con quien años atrás habíamos compartido sueños, pero la ruta me fue llevando, buscaba una gasolinera, un motelito para pasar la noche y al no encontrarlo me fui alejando de la gran ciudad, encontré la salida hacia Cali y en poco más

de una hora estuve en Fusagasugá, sería la una y treinta de la madrugada, divisé un motel con un gran aviso que mostraba la oferta de habitaciones baratas y cómodas. Entré sin pensarlo, se oía un jolgorio estruendoso, estacioné el vehículo y caminé hacia las oficinas, pagué el monto y salí a un patio con varias piscinas, lleno de gente bailando, en la tarima se cantaban guarachas y cumbia, las mujeres bailaban riendo y gritando, se arrojaban serpentinas y la gente se pasaba las botellas de güisqui y ron, en las mesas se hablaba en voz muy alta y todo el conjunto parecía un cuadro de Brueghel. Entré a mi habitación, me di un baño, visité el carro, no parecía cansado, volví al patio a compartir brevemente con los alegres parroquianos fusagasugueños, me senté en la barra y enseguida vino una mulata hermosa a preguntarme si bailaba mapalé, se reía con malicia, nadie que no sea colombiano de la costa del Atlántico, puede bailar, y obviamente, ella lo sabía.

—Mapa... ¿qué?

—Mapalé, paisa —y se puso al frente mío a mover las caderas a una velocidad desmesurada, creo incluso, que el mapalé supera a la samba brasilera en la violencia del movimiento, aunque en erotismo, van parejos.

—Nosotros los argentinos no sabemos bailar.

—¿Y qué hacen, entonces?

—Conversamos, nos gusta la intimidad, mirarnos a los ojos, bailar un par de temas con el típico movimiento de piernas dos pasos con la izquierda y uno con la derecha que aprendimos en la secundaria y después...

—¿Y después?...

—Sí, hacer el amor sí nos gusta.

—¡Usted sí va rápido, paisa!

—En Córdoba se baila cuartetazo, se arman bailantas multitudinarias, pero yo nunca he visto esto.

—¿Qué es esto?

—Tanta alegría, tanto bullicio, tanto desmadre, esto es...

—¿Es...?

—Un despelote.

—Ven a bailar...

—¡No! Ni loco, vengo de viaje y tengo las piernas entumecidas, si me muevo como lo hiciste tú, se van a reír mucho de mí.

—Nada de eso, paisita, lo que viene es merengue del bueno.

Me tomó de la mano y corrió a una de las pistas donde se bailaba con frenesí alucinante. Yo no bailo muy bien, pero llegado el momento, doy unos pasos que pueden lograr al menos, hacerlo a uno pasar inadvertido. Salomé bailaba un poco conmigo y otro poco por allá, nadie me miraba, solo yo. Yo me miraba y no podía creerlo, no encontraba explicación a lo que veía, que con el inmenso cansancio que sentía, estuviera en ese patio de Fusagasugá, a las dos y media de la mañana, bailando solo. Estiré los brazos hacia arriba y me dejé llevar por el ritmo contagioso del merengue, moví las caderas todo lo que pude y ya estaba Salomé, agarrándome de la cintura.

—¡Eso! Así se baila, paisita. ¡Y que no sabía! ¡Mentiroso!

—Es que...

Empezó a girar entre mis brazos, tenía una cinturita que daba la impresión de que podía quebrarse en un mal movimiento. Hizo un giro desordenado y siguió bailando por allá, por un instante la perdí de vista y escapé, dando tumbos llegué a la puerta de mi habitación, eché un vistazo y vi la melena encantadora de Salomé invadiendo el espacio al ritmo de la danza. Caí desmayado en la cama.

Desperté en un silencio total. Nunca había participado en una bailanta semejante, pero lo que veía ahora era extraordinario e igualmente inédito para mí.

Salí de la habitación y el patio, el inmenso patio, era un paisaje incomprensible. La gente se había dormido allí, donde los agarró el sueño, algunos dormían sentados, otros, recostados en las mesas, al borde de las piscinas, en la tarima de los músicos, en el suelo, las botellas vacías, a medio vaciar y algunas llenas, estaban por todas partes también.

Todo era silencio, paz, quietud, no encontré a Salomé, atravesé el patio tratando de no molestar ni despertar a nadie, subí al carro y su encendido me pareció excesivo, un ruido inoportuno y hostil, dejé el motel buscando dónde desayunar, cargar combustible, chequear agua y aceite.

En un kiosco, al lado de la carretera, una viejita vendía torta negra, café con leche en grandes tazones, pan con mantequilla y queso de cabra, refresco helado y torrijas de espinaca con natilla.

Domingo, 7 de agosto

En la estación de servicio me dijeron que el camino hasta Girardot era bueno, que solo me cuidara de los falsos peraltes, les comenté que ya estaba alertado. Habría bombas en Ibagué, en Cajamarca y en Calarca, por lo que el abastecimiento de combustible estaba asegurado, tenía una independencia de unos cien kilómetros cuando normalmente podía recorrer casi cuatrocientos, era por un lado irresponsable seguir adelante con el tubito del tanque incrustado, pero me hice el propósito de arreglar todo lo mecánico en Quito, allá, junto con el “Pelado” Jaimes, buscaríamos un buen taller.

En efecto, hasta Girardot todo fue sin novedad, los campos labrados, el ganado pastando, los ciclistas, las ventas de comida de los pequeños agricultores a los costados de la vía, eran la constante. Al mediodía me encontraba en Cajamarca y repentinamente el camino sube en forma abrupta, es como si se hubiera buscado un pico, una montaña irreal y gigantesca y se la hubiera colocado allí, para hacer menos aburrido el viaje, sí, hasta llegar a La Línea, se sube en zigzag hacia una cima absurda y abstracta para empezar a bajar inmediatamente. En las curvas los inmensos camiones son un peligro, es como si los camioneros pensarán que la ruta es de ellos y la usan como quieren, abarcando absolutamente todo el camino y uno debe ver cómo hace para sortearlos, ya que con un golpe te desbarancarían. En la bajada los camiones van frenando y el olor

de las bandas traseras quemadas meten miedo, uno sabe que cuando la temperatura sobrepasa ciertos límites, ya los frenos no funcionan y tener detrás un camión de esa envergadura con los frenos chirriando, no es lo deseable. La Línea es un pueblito muy coqueto, con lugares muy cómodos y lindos para distenderse un rato, entré en un parquecito muy bien cuidado, estacioné el Zephyr y me recosté bajo la sombra de un árbol tupido. Distribuidos en el parque había puestos de venta de comidas y café, Mauro correteaba en el parque y me llamaba para que lo subiera a una casita de madera que usaban los niños, para bajar por tubos de colores, yo corrí para subirlo, pero al llegar al lugar, el cabezón no estaba, había gente comiendo helado y una niña que lloraba porque el suyo había caído al suelo, empezó a sonar una sirena y la multitud se alteraba y corría asustada, Mauro corría hacia la ruta y en mi desesperación, traté de gritarle, pero el grito no salía, yo hacía muecas trágicas, entonces desperté sudando. La sirena era real, en uno de los kioscos sonaba una alarma que alguien reparaba, constaté que había dormido una media hora lo cual me vino muy bien, compré agua mineral helada y quise comer las frutas que traía desde Bucaramanga, pero su sabor ya no era el mismo, saqué el paquete del auto y lo deposité en un tobo de basura.

A Calarca llegué enseguida, la siestita y el agua fresca me predisponían a viajar y, aunque la ruta era deficiente hasta Uribe, mantuve el ritmo con la idea de llegar a Cali antes de las doce de la noche. Saliendo de Uribe hacia Tulúa, el camino no solo mejoraba sino que era más ancho y el pavimento nuevo, al fin un auténtico descanso para las ruedas, el sistema de amortiguación, todo el carrito agradecía este recreo, la ruta ondulaba entre verdores maravillosos, ya anochecía. ¿Cómo sería el camino más allá de Tulúa? ¿Me quedaría allí para descansar? Muchas veces es mejor buscar posada en los pueblos

pequeños, que en las grandes ciudades, pero quería llegar a Cali, estaba escrito en mi itinerario y mi obsesión era cumplirlo, claro, yo lo marqué en el mapa, pero el territorio es diferente, en el mapa no se ven los huecos, las piedras del camino, todo es liso y limpio, pero el territorio es mejor, está la gente que sufre, ama, canta y se desgarran en este continente maravilloso, pero tan agredido por las potencias de todas las épocas, pensaba que algún día nos tocará unirnos y luchar juntos por nuestros pueblos, hermanos, con un idioma y una cultura común y afín, nuestros políticos parecen no tener sensibilidad y la estructura de nuestras leyes pareciera permitir el robo descarado y brutal, se castiga a la pobre gente que roba para comer y aquellos que desangran naciones son premiados con elogios, grandes espacios en los medios de comunicación, y el pueblo termina perdonando todo y los quiere y los busca en las revistas para ver cómo veranean en Miami o en París, para ver qué perfumes compran o qué zapatillas usan para jugar al tenis en las tardes. El pueblo lo perdona todo, pero deberá llegar el día en que se haga justicia, un día en que las riquezas extremas que poseemos, sean para elevar nuestro estándar de vida, para equilibrar un poco las enormes diferencias sociales. Allá en La Línea, un grupo de camioneros y campesinos hablaban de los dueños de los silos. Ellos ofrecían miseria por sus granos y lo terrible es que estaban obligados a venderlos a precio de gallina flaca, pues de lo contrario perderían la cosecha. Los silos deben ser administrados por los mismos productores, ellos, en cooperativas, deberían levantar silos para guardar los granos y almacenarlos hasta comercializarlos como corresponde. Ya pasaron Tulúa, Buga y el peaje me indica que entro en territorio de Palmira. ¡Qué manera de pagar peajes! Los colombianos te matan a peajazos. No hay pueblo, por miserable que sea, que no tenga un puesto de peaje a su entrada y las rutas en general son malas, ¡y eso que voy por plena Panamericana!

Treinta pesos, cincuenta pesos, treinta y cinco pesos a cada ratito y de paso las miraditas desconfiadas al carro, pero solo miraditas, algo les dice que soy zanahoria, sí, a pesar de mis 30 años, mi larga barba rojiza y todo lo que me hace sospechoso, debo tener algún cartel que les hace saber que no trafico nada ni llevo nada de nada, solo esperanzas y juguetes para mi hija Agustina, que ni sabe que voy. Ya está, Palmira, son como las nueve y cuarenta de la noche... Sí, mucho antes de las once debo estar llegando a Cali y a esa hora no se viaja, a la noche y antes de descansar, quiero pasar por el TEC, por el Teatro Experimental de Cali, los conocí en el año 1975, cuando con mi primo Enrique pasábamos de mochileros por estos mismos caminos, claro que en aquella ocasión hacíamos largos trechos durmiendo en el bus o en los trenes, ahora cada palmo de esta tierra amada debo hacerla pisando el acelerador y apretando duro el volante para no salirme del camino, que está lleno de cantos de sirenas, tentaciones irrefrenables que son borradas en el instante decisivo, cuando me imagino la cara que pondrá la Agustina, cuando vea el teclado hermoso, con su correspondiente regulador de voltaje, ya que en Venezuela se usa la corriente 110 y en Argentina la 220, cuando vea la piscinita, el televisor que también es radio y pasa casete, el pianito, que fue lo único que ella pidió porque vio en una foto vieja, tomada en el patio de Macuto, su imagen de bebida jugando con un pianito de miniatura. Recuerdo cuando, hablando por teléfono, le dije:

—Agustinita, mi vida, te voy a comprar un órgano, un teclado profesional para que aprendas a componer, a cantar.

Y ella me respondió a sus cuatro añitos:

—Qué lástima, papá, yo quería un pianito como el que se me quedó en Macuto. Y yo, como loco, me puse a buscar un pianito igual al que la Flaca había comprado en Tomasito, cinco años atrás.

Con el Quique llevábamos el teatro de títeres a cuestras, de eso hace ocho años y a los veintidós rajamos de Córdoba, huyendo un poco de los milicos y otro poco, queriendo ver la América que nos contaban algunos amigos que la habían recorrido antes, incluso Patricia Gamba, la bogotana, había llegado a Córdoba vendiendo artesanías y cantando y mostrando sus títeres en los parques, iba con Osvaldo Maggi y después llegaron los titiriteros venezolanos de La Alpargata de Caricuao, Juancito y José María... Con el Quique no teníamos prisa, dilatábamos nuestro tiempo en La Paz o en el Cusco y aunque no teníamos qué comer, cada día era una fiesta, conociendo gente maravillosa y lugares extraordinarios, como el Machu Pichu, Pisak, el Tambomachay, Qenqo. Ya pasaré, cuando llegue al sur peruano, por los gigantescos dibujos de Nasca y por Ica, donde nos atiborramos de aceitunas enormes al calor del mediodía. La gente les dice aceitunas peruanas, cuando debería decirles iqueñas, porque en Perú puede haber muchas aceitunas y puede haberlas en muchas zonas del país, pero ninguna tiene la calidad de la iqueña, esa es la que se exporta, la más rica del mundo, y ahí estuvimos con mi primo, en ese valle venturoso, en ese oasis delirante, que es Ica. Cuando viajábamos en el año 75, jamás hubiera imaginado que mi destino estaba en el norte del Sur, en Venezuela, tierra de libertadores y de gente llana y directa, si te odian, te lo dicen clarito, si te aman, te lo manifiestan de mil maneras. Sí, Venezuela es la tierra del amor y de los proyectos futuros y posee un pueblo tan noble como olvidado, olvidado por la misma raza de políticos vendidos al imperio, que vociferan sin cesar y, del mismo modo, roban como poseídos, pareciera que la orden suprema es robar, que invertir en el desarrollo estuviera terminantemente prohibido... Pero ya terminará esta etapa de mi tierra latinoamericana, a la cual habría que empezar por cambiarle el nombre. Dejemos que los gringos sean los americanos,

ellos eligieron América para nombrar a su país y les suena muy bien, pero desde el Río Grande hasta la Patagonia debería tener el nombre de algún luchador nuestro, aborigen, de algún héroe, de los tantos que se opusieron a la conquista por parte de los europeos, de la Iglesia católica, apostólica y genocida, tal vez Lautaria o Manauria, por el sabio Manaure o Guaicaipuria, Tupakia, Atahualpia, Moctezumia o qué sé yo, pero Américo Vespucio, fue uno más de los que llegaron a saquear, a despreciar, a someter, a matar al pueblo que somos. Nuestra historia no empieza con la llegada de los europeos, nuestra milenaria historia, es de pasiones y locuras, de comunidades organizadas y desarrolladas en el cultivo de la tierra, en el respeto al prójimo y a la naturaleza y nos querriamos más si la conociéramos, si la estudiáramos con el orgullo de saber que venimos de esa casta noble y pura. Vayan pensando los sabios de por aquí, el nuevo nombre de este joven continente, que aún no ha nacido a su madurez y desarrollo plenos.

El cartelito dice “Cali 20”, por lo que dentro de media hora a lo sumo, estaré en la ciudad del TEC, Teatro Experimental de Cali. Pasaré frente al teatro para brindarle mi humilde, pero sincero homenaje a uno de los proyectos más importantes de creación colectiva del teatro universal, y mañana a primera hora saldré rumbo al sur, enfilando hacia la ciudad donde apuntaban los cañones de la Thatcher y que por algún inesperado motivo no activó.

Lunes, 8 de agosto

Había hecho ya más de dos mil kilómetros y fuera del asunto del tubito, nada del carro me preocupaba. En cada estación de servicio revisaba los fluidos, líquido de frenos, aceite hidromático de caja y de dirección, aceite del motor, agua del radiador, todo estaba bien. En La Guaira le había cambiado aceite y filtro, y no iba a cambiarlo sino en Córdoba después de diez mil kilómetros casi exactos, porque si bien habitualmente lo hago cada siete mil kilómetros, el desgaste es menor cuando en general, las velocidades son más o menos continuas. Al filtro de aire había que limpiarlo frecuentemente, sobre todo en los polvorosos caminos del norte colombiano. Ya estaba cerca de mi primera meta importante, Quito, donde haría un descanso de un día completo en casa del “Pelado” Jaimes, el esposo de mi tía Flor, padres de mis queridos primos Pablito y Mónica, la hermosa y amada Mónica. Tempranito salí de Cali, vía Santander, y recién en Popayán, a ciento cincuenta kilómetros de Cali aproximadamente, desayuné café con un sánduche de carne de puerco a la brasa buscando el lugar y el aroma propicios, tomé jugo de caña y arranqué por la vía de El Bordo, acercándome a la frontera con el Ecuador. Los caminos del sur están mejor y aquí la tierra se aprovecha al extremo, no hay lugar de valle o montaña que no esté cultivado y ver esos cerros cuadrículados de distintos tonos de verde, como dice la canción, es

acogedor, se nota la laboriosidad de un pueblo fuerte, al que siempre se le hizo fama de flojo, débil y deshonesto, pero que es mentira, es una de las muchas mentiras que hemos ido repitiendo, debido a no sé qué artilugio de las comunicaciones, pero esta geografía descomunal donde la presencia de la mano del hombre es absoluta, me demuestra lo contrario. Recuerdo por allá, por el año 72, mis viejos estaban en Francia con los títeres, en el festival de Charleville-Mézières y visitando a mi hermana que vivía en París y había dado a luz a un hermoso niño, Maximilien, yo estaba solo con la única compañía de mi abuela Isolina que habitaba la casa de abajo. Había transformado todos los espacios de la pequeña casita de la avenida Patria en un estudio de música, los cables iban y venían, teníamos montada la batería de *Poioia*, guitarras eléctricas, bajo, guitarras acústicas, micrófonos por todos lados, grabadoras Phillips de carrete, zampoñas, charangos, flautas y un sinfín de cosas que usábamos con mi primo músico el Boboto, que actualmente tiene el grupo América Nueva y rompe las noches cordobesas desde las peñas, con el mono Chiri en Quetral, que acompañó con la guitarra a Chabuca Granda, a la Mecha Sosa y a otros grandes, el flaco John, al que le decíamos así porque era fanático de Creedence Clearwater Revival o algo así, con los hermanos Abad, con Mariposa y muchos otros. Una noche llegó a mi casa mi tía Flor, venía del ensayo con el coro polifónico que dirigía Norma Basso y estaba cansada, agotada por el régimen de ensayos y seguramente relacionado también con problemas económicos, los cuales siempre fueron frecuentes en toda la familia. Yo estaba solo en casa y jugueteaba con la guitarra haciendo sonar los tonos de la canción *Let it be*, de los Beatles, conversamos un momento y le pregunté si no le gustaría cantar esa canción para grabarla, dijo que no se sabía la letra y como yo tampoco la sabía, garabateé palabras locas, parecidas al sonido de su letra en inglés. Ella tomó el papelito y a la

cuenta de tres, empezó a lanzar esa voz extraordinaria que Dios le dio, yo chapuceaba con la guitarra por lo que la mantenía en el perfil más bajo que podía, pero ella ya había tomado todo el espacio y su voz era como un huracán sin freno. La canción terminó y yo, con lágrimas en los ojos la besé y como loco busqué el inicio de su voz en la cinta. Salía suave y hermosa, con cadencia y tersuras inigualables. Ella pareció aburrirse escuchándose a sí misma y salió agitada, pues ese era su ritmo, casi siempre. Yo la escuché una y otra vez, creyendo que se había logrado un milagro. Cuando empezaron a llegar los amigos, puse la grabación y no creían lo que les contaba, me decían que esa era Joan Báez u otra diosa de la canción universal. No amigos, esa es mi tía Flor, pues hacia allá iba, a su casa en Quito, donde ahora vivía, con toda su familia desde el 76 o 77, años en que tantos argentinos se alejaron de la violencia y la patotería de un grupo de vendepatrias adoc-trinados en Panamá, en la tenebrosamente célebre Escuela de las Américas.

Cuando llegué a El Estrecho ya era mediodía, pero no tenía hambre, ese desayuno potente y tardío me mantenía firme en el volante. A las tres de la tarde crucé por El Paso, donde aprovisioné el carro y seguí viaje con la mente en los Jaimes, que pronto vería, como aquel verano en que al Pelado se le ocurrió hacer, en Cabalango, una venta de choripanes y bebidas. Él había construido un *jeep* amarillo con motor de Citroën, o mejor dicho, mandó su Citroën a arreglar y el mecánico desapareció un día, con varios carros y del carrito del Pelado dejó el motor y sus cuatro ruedas. Él se las ingenió para hacerle, con la ayuda de Pablito, una carrocería amarilla, maravillosa, pues llenamos el Citroën-*jeep* con maderas, herramientas, cajas de cerveza y otras vainas y arrancamos a las sierras a acondicionar todo. El lugar se llamaba La Alpargata y habíamos colgado en el cartel de entrada, una vieja alpargata

gastada y bigotuda. No se ganó mucho dinero, pero pasamos con él, unos días inolvidables en aquel río. Habíamos amarrado una vaca a nuestras carpas y la ordeñábamos en las mañanas, para hacer el desayuno.

El cartelito en la ruta señala que Pasto está a un par de kilómetros y de Pasto a la frontera hay otros cien, es decir, que en un par de horas a lo sumo, estaré en Ipiales tramitando el ingreso a Ecuador. No puedo quejarme de la ruta, todo el tramo desde Cali está en perfecto estado.

Ipiales es un pueblito de piedemonte, muy interesante por su enclave, la arquitectura es muy cuidadosa y su iglesia blanca y alta, le da un aire místico y de amabilidad, todo lo contrario al trato que me dio el funcionario de la aduana de frontera. Me explicó que debía esperar hasta mañana a las 9 de la mañana, porque el que tenía la llave del cajón donde se guardaban los sellos, se acababa de ir.

—Puede estacionar ahí afuera, aquí no hay problema y mañana sigue su viaje.

Alguien comentó que esa persona no vivía muy lejos de allí y que otras veces se había movilizaba, pero que la molestia podía costar unos pesos. Pregunté cuánto podía ser y me pareció caro, pero al momento, llegaron viajeros en una camioneta y al ratito otro carro con gente que quería pasar la frontera con la idea de seguir hacia Quito. Fuimos a buscar al encargado que resultó ser un tipo de lo más entretenido, entre chanzas y bromas abrió el escritorio, sacó los sellos y se inició el proceso de legalización de nuestro ingreso. Serían las siete de la nochecita, Rumichaca se veía fresca y acogedora, por un momento pensé quedarme a dormir allí y partir a Quito en la mañanita, pero hice cálculos y si zarpaba de inmediato, podría estar entrando a la gran capital ecuatoriana como a las dos de la madrugada y entonces descansar toda la mañana, incluso todo el día. Compré una pizza, bastante bebida e inicié la subida hacia Tulcán, San Gabriel,

Ibarra, Cayambe. En la radio sonaban tambores, seguramente de música de Santo Domingo de los Colorados o de Babahoyo, me fui rapidito a mi Chuspa, pueblito venezolano de la costa de Vargas, pasando Oritapo, Osma, La Sabana, Caruao, Todasana, recordé las jornadas de mesones culturales a la orilla de la playa, comiendo pescado frito con Gerbasito, Chepile, Antonio, Roger, Iliana, el compadre “Papito” Pirela, Gustavito y tantos otros, sonando los tambores toda la noche, en el malecón, los niños bailando, las negras hermosas y vigorosas moviéndose encantadoras e incansables la noche entera, las cornetas a punto de reventar y el tambor sonando endiabladamente, el ron corriendo sin cesar entre los tamboreros como combustible insustituible y los remolinos de gente peleándose a las negras que giran moviendo las caderas con gracia, elegancia y encanto infinito. A los argentinos, lo que nos queda es mirar, mirar o hacer el ridículo intentando seguir ese ritmo brutal, siempre hay algún turista alemán o italiano dispuesto a medirse con los inmensos negros que se abaten sobre las bailadoras, pero lo que logran, aparte de gozar el momento, es eso, mostrar la torpeza y la ordinariedad de quien no carga en sus genes, miles de años palpitando al zumbido de las minas, cumacos, culo e’ puyas, quitiplás, curbetas, chimbangles y tantas formas más de golpear las maderas.

El Zephyr sube bien. Ya es casi la una. No me duermo porque nunca me he dormido manejando, pero siento el cansancio en los riñones, en los brazos, que han estado extendidos todo el día, necesito ambos, por lo agudo de las curvas, por el lidiar con las camionetas de pasajeros que suben y bajan a altísimas velocidades, motores 350, que deben estar pichicateados con lubricantes especiales. En la radio entran muchas emisoras y elijo una de música romántica para tranquilizarme, ya falta poco, Quito está aquí cerca, el descanso, el mecánico, mi familia...

Subí las escaleras del edificio y golpeé la puerta. Abrió mi tía Flor, le costó un poco reconocermé por la barba y el pelo

largos, pero a los pocos minutos nos abrazábamos todos, sin poder despegarnos. Carlitos, ese era el nombre del “Pelado” Jaimes, preparaba comida, sacaba de la nevera jamón, quesos, refrescos, mi tía trataba de arreglarse y la Moni me llevó al sillón y conversamos hasta por los codos, de su compañero, de sus aventuras con un grupo de antropólogos en la selva ecuatoriana que casi le cuesta la vida debido a una amebiasis que agarró.

El Pelado había construido aquí la inmensa máquina de poner sonido a las películas, estructura incomprensible de travesaños, columnas de metal con cajas metálicas donde entraba por una esquinita el celuloide y salía por la otra punta de la habitación, una cinta sonora. Me dice Carlitos:

—Decime, negro, ¿vas a Córdoba? ¿Has oído hablar del fenómeno del Niño? ¡No vas a poder pasar! ¡Todo el norte peruano está hecho mierda! Pasan solamente los vehículos de doble tracción. ¡Y no todos!

—Antes de salir me asesoré bien. El Niño ocurrió en diciembre, yo quería hacer el viaje en enero, pero supe que ese paso era intransitable, todos los días llamaba a Caracas, al Automóvil Club, preguntando si ya estaba abierto el paso en Tumbes y cuando me dijeron que los rústicos empezaban a pasar me largué.

—¡Quedate acá unos días! Mañana averiguamos cómo está eso.

—Mañana debo llevar el carro a un mecánico, hay que arreglar una vainita del tanque de gasolina y otras cositas.

—Dalo por hecho. Mañana temprano salimos, conozco varios talleres buenos.

Ya Florcita había preparado una cama y temprano llegó el Pelado con mate a despertarme. Mate con chipacas que son como torrejitas de grasa. Fuimos a desayunar a la cama grande los cuatro, y comimos entre bromas, comentarios y risas.

Martes, 9 y miércoles, 10 de agosto

Pablito, mi primo, estaba viviendo en Guayaquil, empleado en una agencia de publicidad, ya que había adquirido del padre la vocación por las filmaciones, conversamos más de media hora por teléfono. Carlos en Quito, bregaba en forma independiente, trabajándole a varias casas de publicidad y a ciertas dependencias del gobierno. Fuimos a un taller cerca de un parquecito. Sacaron el tanque y evaluaron el daño, había que buscarlo temprano; en la tarde revisarían también la viscosidad de los aceites, ajustarían el múltiple y le harían alineación y balanceo en una cauchera vecina. Acompañé al “Pelado” Jaimes a visitar a algunos clientes y regresamos a casa a la hora del almuerzo. Mónica estaba espléndida y me dijo que esa noche había un recital de un grupo que hacía salsa, en un teatro de Quito. Sí, la salsa estaba llegando a Ecuador, estaba de moda y se ofrecía en los teatros. Allá en Venezuela la salsa estaba en los barrios, en la calle, en los restaurantes de playa, en las canchas, en estos días sonaba mucho el dúo Willie Colón y Rubén Blades, la Sonora Ponceña, la Fania, Maelo, Larry Harlow, Eddie y Charlie Palmieri, Héctor Lavoe, Johnny Pacheco y tantos otros. Le aseguré a Moni que iría con ella y a la salida la llevaría a casa de Rodrigo, su esposo. Después de comer fuimos con el Pelado a retirar el coche, miramos largamente el recorrido del tubito. Ya no tendría que entrar a todas las estaciones de servicio del camino, volvía mi

autonomía de entre trescientos cincuenta y cuatrocientos kilómetros. Nos subimos y empezamos a dar vueltas por el parquecito, con la sorpresa de que le costaba mucho al auto hacer los cambios. Regresamos al taller y observamos que el aceite de la caja sobrepasaba el nivel máximo. Habían agregado aceite y ahora no había cómo extraerlo. Pues, Carlitos Jaimes puso una manguerilla y empezó a chupar aceite para ir escupiéndolo al piso. El aceite hidromático es escandaloso, porque al ser rojo parece sangre y no solo es rojo sino extraordinariamente tóxico. El Pelado tosía, sorbía y escupía, en un ritmo frenético y esquizofrénico. Yo lo reemplacé y sentí la asquerosidad de aquel líquido que se filtraba inevitablemente por la garganta. Cuando medimos el nivel y comprobamos que había llegado a la marca, nos reíamos entre extenuados y ahogados, tosíamos y el aceite nos salía hasta por los ojos, salimos a buscar café o cualquier cosa. Las marchas ahora entraban perfectamente, unos muchachos lavaron el carro mientras bebíamos café y conversábamos de tantas cosas con el Pelado.

—¿Qué pasó, tío, con aquella película que un grupo de alumnos tuyos de la Universidad de Córdoba hicieron, donde yo oficiando de actor era un escritor que se aislaba del mundo para escribir una obra genial y se reunía con sus fantasmas? ¿Te acordás?

—Los milicos entraron a la escuela de cine y rompieron todo, se llevaron muchas cosas, pero casi todo fue destruido. Ya nada de eso existe. Cometieron atropellos, pero con la escuela de cine se ensañaron.

Recordamos también el avión que el Pelado había construido para mí y que fuimos a hacerlo volar al parque Sarmiento, con Pablito, el Quique, el Boboto y el mismo Carlitos, un avión hermoso de madera balsa, miles de maderitas pegadas con esmero y creatividad, que tardó meses haciéndolo,

pero que duró la media hora que estuvimos corriendo tras él, hasta que de pronto se desplomó y se hizo trizas.

—Valió la pena, ya ves que todavía te acordás.

—Desde luego. Y jamás olvidaré aquel momento hermoso.

Con Florcita y Carlos cantamos, bailamos, limpiamos los orines de los ocho gatos que tenían en casa, tomamos vino viendo la televisión y burlándonos de todo. Mónica estaba lista y partimos. Era un grupo que sonaba regular, llevaban bien el ritmo, pero los solos de piano o de guitarra eran débiles y todo fue un poco triste hasta que unos cuantos muchachos y chicas empezaron a bailar, delante de las primeras filas. Corrimos con la Moni. Yo bailo salsa más o menos. Estrella lo hace de maravillas y a la larga tuve que agarrarle el tumbao. La Mónica no tenía idea, pero como tiene buen oído, se movía espectacularmente, no era salsa, pero era ella, con su pelo negro largo, con toda su hermosura fresca y alegre.

El 10 de agosto salí tempranito por Latacunga; preferí el camino de montaña, para salirle a la costa recién en el Perú. Desayuné en Ambato, ya a ciento cincuenta kilómetros de mi gente quiteña. Por aquí cerca tiene su casa Guayasamín, en Zumbahua, genial pintor, orgullo nuestro. El camino me mostraba leguas y leguas de sembradíos de bananos, plantaciones de plátano o camburales, los racimos de plátano estaban envueltos en bolsas plásticas azules que al principio me molestó, pero que pronto adquirieron dimensión todas esas extensiones con los racimos atiborrados del manjar, cuidadosamente envueltos para evitar las plagas o los cambios de temperatura, no sé, veía nuevamente la mano del hombre, su presencia poderosa. Pasé por Río Bamba a media mañana, saliendo de este pueblito había una alcabala improvisada o punto móvil de control caminero.

Me detiene un oficial, me hace bajar, me pide los papeles y empieza a recorrer todo el perímetro del carro, buscando algún desperfecto. Por supuesto que lo encontró. En la mica trasera izquierda, el plástico rojo de la luz de freno estaba roto. Una esquinita había desaparecido a consecuencia de algún golpe antiguo. El daño no era reciente, pero el hombre se aferró a la falla como a una tabla de salvación. Me dijo que así no podía transitar, que era algo muy irresponsable andar por las rutas con las luces en mal estado, que podía producir un accidente, en fin. Entré al carro y saqué de debajo de mi asiento una de las muchas bolsitas que, advertido, había preparado colocando en ellas: un paquete de cigarrillos, cajita de fósforos, algunas monedas y otras cositas que por ser venezolanas se harían interesantes... Surtió efecto, el exigente inspector quedó encantado con el presente y luego de las recomendaciones de rigor, seguí el viaje dando un grito de placer. Almorcé en Bucay, tenía que seguir hasta El Triunfo y allí desviar hacia Machala, ya había decidido no entrar a Guayaquil. A partir de Bucay, la vía se hizo intransitable, el Zephyr bajaba entre escombros y rocas filosas, que dañaban los cauchos y hacían sufrir todo el sistema de amortiguación. Los cuarenta kilómetros que separan a Bucay de El Triunfo los transité en dos horas y una hora más me costó llegar a La Troncal. Eran casi las cinco de la tarde cuando me informó un grupo de trabajadores que caminaban con sus machetes y rastrillos que hasta Machala había casi ciento cincuenta kilómetros y hacia allá el camino empeoraba. El Niño hizo estragos en el norte peruano, pero esto era el sur ecuatoriano y aquí empezaban a verse las cicatrices del golpe brutal que la naturaleza le había asestado a esta parte del mundo. En noviembre del año pasado comenzaron los aguaceros torrenciales y hacia finales de diciembre, después de dos meses ininterrumpidos de lluvia, comenzó el deslave. Fue por el hecho de haber ocurrido en diciembre que

empezó a llamársele El Niño. Gruesas capas de tierra bajaban de la alta montaña andina, tierra que traía consigo inmensas rocas, árboles, agua transformada en lodo, bajando con furia y arrastrando todo a su paso, pueblos enteros fueron empujados al océano Pacífico, carreteras, puentes, sembradíos, todo fue a parar al mar. El carro venía saltando y cayendo en rocas como clavadas en el lodo, y yo como enfebrecido sorteaba huecos para caer en otros y otros, cunetas cubiertas de fango, pantanos de treinta metros de longitud donde, de haberme enterrado, hubiera pasado horas antes de recibir ayuda, ya que nadie pasaba por allí. Ya de noche entré a Machala. El pueblo es muy lindo, se adivinaba lindo, pero sus calles estaban cubiertas de lodo que aún no había sido retirado. Entré el carro al patio de un lindo hotelito, con cabañas mirando hacia un gran parque arbolado. El carro parecía una bola de barro y el múltiple que habían ajustado en Quito se había aflojado produciendo ruido del bueno. El motor rugía a sus anchas mostrando un poco el poder de esos seis cilindros en línea.

En la ducha mantuve largo rato el rostro recibiendo el agua gloriosa, que todo lo seda y lentamente fue desapareciendo el estrés de una jornada fuerte y la angustia y el nerviosismo dieron lugar a una laxitud que me pareció excesiva. Fui al comedor y quienes me vieron llegar querían preguntarme cómo lo había hecho, hacía días que ningún carro se aventuraba por esos caminos. Cuando supieron que seguía hacia el sur se rieron y pretendían asustarme con comentarios sobre la situación:

—El trajinar desde La Troncal no es nada, hacia Tumbes el camino desapareció, no hay nada. Hasta aquí lo trajo el río, compadre.

—Pueblos enteros desaparecieron bajo el lodo, si no va al lado de un cuatro por cuatro, no se arriesgue.

Yo no podía volver, esa pauta no existía en mi agenda, ya vería qué hacer. Pregunté:

—En el norte peruano hay petroleras, ¿no? ¿Cómo hacen ellas?

—Las petroleras tienen camiones y camionetas especialmente equipadas para todo terreno.

Ese comentario me tranquilizó, en caso de quedar atrapado en un pantano me arrojaría a las ruedas de alguno de estos vehículos para que me prestaran auxilio. En el hotelito había una oficina de correos y preparé un sobre para Estrella, con algunos comentarios del viaje, quería saber muchas cosas de allá, de La Guaira, de los proyectos que introduje en Fundarte, los mesones culturales, los talleres para maestras de preescolar, quería saber sobre Asotrael, la Asociación de Trabajadores de Teatro del Litoral Central, que habíamos creado con el compadre Pirela y con Mauricio Marcano, con los Liendo, Marcos Sosa, Aníbal Grunn, Humberto Gómez, Nelson Estanga, Kincón, Róger Cedeño, Francisquito y tantos otros compañeros de lucha en el ámbito cultural. Quería saber de la amiga Gladys Bastidas, de Pablo y Briguitte, quería saber de Estrella, mi amor que conocí una noche bailando joropo con su agrupación Teresa Carreño y después de la presentación del grupo me acerqué a ella para saludarla. Casi no me miró, estaba hermosa con el pelo tirante hacia atrás, una batita anaranjada y unos suecos de madera que sonaban en el suelo del gran salón de la Casa Guipuzcoana. Su madre llegó a buscarla y el círculo de gente que se había formado a su alrededor se disipó. Yo las seguí, era ya tarde, de noche, ellas se internaron en las callecitas del casco colonial guaireño, entrando por Ipostel y deambularon Muchinga hasta la plaza de los pintores, allí doblaron hacia arriba, pasaron la Cruz Verde y el puente De Jesús, subieron por una calle de casitas muy pintorescas y entraron en una de ellas, al frente había un murito

con terminación redondeada, me senté en él y esperé, esperé un rato por si ella salía. Habré estado allí una media hora, no salió y me levanté para irme, no sin el firme propósito de que esa bailarina fuera mi mujer para el resto de mi vida. Quería saber tantas cosas, pero entendí que el diálogo era imposible. Estrella me escribiría a Córdoba, a la casa de mi tío Héctor, a lo del Boboto o a lo del Quique y posiblemente me daría respuesta a estas interrogantes y a muchas otras, pero mi sobre llevaba escritos abstractos, palabras de amor amontonadas en papeles mojados por la humedad del camino, manchados con tierra de Loja y Macará y olorosa a mi sudor y al tormento de tenerla ya, tan lejos.

Jueves, 11 de agosto

Me tomé mi tiempo para salir de Machala. Desayuné tranquilo en el hotel y estuve hojeando los periódicos locales. Una nota se refería a una constructora rusa que habían contratado los peruanos para atenuar las penurias en los caminos de la costa norteña y mostraban la foto de un camión que se cargaba a sí mismo entre los equipos que estaban llegando. Hacía un día espléndido y quería disfrutarlo un poco, antes de adentrarme en la incertidumbre de una ruta que según muchos, no existía.

—¿Cuánto hay hasta Huaquillas?

—Setenta kilómetros, pero saliendo ahoritica va llegando al medio día... Si es que llega.

Y risas de los paisanos. Uno de ellos me preguntaba el precio del Zephyr y me pareció absurdo negociarlo.

—Allá enterrado o mar adentro no valdrá ni medio sucre.

Y otra vez las risas. Cuando prendí el carro volvieron a reírse, parece que al enfriarse se había aflojado más aún el múltiple y el ruido era ensordecedor. Admito que yo también me reí un poco, pero mi risa no era para complacerlos o acompañarlos en el juego, mi risa era nerviosa, era una risa con nudo en la garganta, una risa-llanto. Cuando entré en los pantanos con piedras afiladas en su interior me dije que no era tanto, ya estaba acostumbrado a vadear esos obstáculos, iba contando cada metro cuando el cuentakilómetros marcaba

uno nuevo, era como una fiesta, hasta que de pronto veo dos camionetas Toyota detenidas. ¿Y esto? ¿Qué harán detenidos en el medio del camino estos vehículos? Apagué el motor y me bajé a averiguar. Delante de las camionetas pasaba un río de unos treinta metros de ancho. No parecía muy profundo pero sentí un escalofrío. De imbecil pregunté por el puente. Los parroquianos rieron y señalaron hacia nuestra derecha, hacia donde por primera vez en mi recorrido veía el mar. Allá estaba el puente, patas arriba a unos doscientos metros de la costa. Cerca del puente se veían los techos de algunos vehículos que no habían tenido la suerte de cruzar. Un grupo de muchachos llegó corriendo por el río, flanquearon a la primera camioneta y el conductor encendió el motor, uno de los chamos corría por el río y la camioneta lo seguía de cerca, haciendo esos fue acercándose a la otra orilla, por momentos parecía que el agua iba a entrar por las ventanillas, pero la camioneta reaparecía rugiendo y salpicando agua a raudales. Cuando llegó a tierra firme, el conductor de la segunda camioneta sacó unos billetes de su cartera y esperó a los muchachos. Ellos llegaron corriendo como en un juego encantador. Los cuatro más fuertes iban a los lados, uno detrás y por último, el que iba mostrando el camino, es decir el río, pero en sus partes más bajas. Me empezó a doler la cabeza, esta camioneta demoraba más, se clavaba en el lecho del río y los muchachos arriesgando sus vidas, la sacaban y dale y dale y el motor roncaba y los muchachos gritaban, todo como en un juego. Un grupo de jóvenes llegó en un *jeep*, a ver el espectáculo, tomaban sol en la capota y algunos se mojaban los pies en la orilla. Yo saqué del maletero varias cosas porque veía que las camionetas tendían a hundirse de atrás, ellos llevaban la caja vacía, pero mi maletero iba lleno de cosas y algunas no podían mojarse, el teclado y el televisor de Agustina, sobre todo. Llegaron los muchachos corriendo y me dijeron que abriese la capota, le hicieron un

trabajo al distribuidor, forrándolo con plásticos y amarrando todo fuertemente para que el agua no le llegara, uno dijo una frase que todavía hoy me alivia:

—¡Miren qué alto tiene el distribuidor este auto!

Efectivamente el Zephyr tiene el distribuidor arriba, pero nunca lo había visto como un mérito tan grande.

—¿Cuánto cobran?

—¿Apagado o encendido?

Encendido cuesta menos porque el trabajo de ellos es menor y aparte de eso, jamás hubiera entrado a esas aguas con el motor apagado y yo metido adentro. Por el equivalente de cuatro dólares me flanquearon y arrancamos. Entré al agua con terror y el muchacho que corría delante de mí era flaquito y varias veces trastabilló, pensé que si caía al agua yo lo aplastaría, aquí era él o yo, tal vez por esquivarlo entraba en una corriente que me arrastrara hacia el Pacífico. ¡No señor! ¡Matar o morir! Pero el carajito corría como endemoniado, tal vez porque sabía cómo era la cosa. En un momento sentí que me hundía, pero ahí estaban los titanes a mi alrededor y otra vez el crujir de las piedritas bajo las ruedas y el agua golpeando los guardafangos hasta que el nivel del agua bajó y ya eran charcos insignificantes y ya estábamos casi del otro lado y ya... Mi adrenalina pedía más agua, más río. Bajé del auto con las piernas temblando, pero con una gran satisfacción, los chamos se reían de mí y uno de ellos se regresó cuando me vio abriendo la capota, para sacar el envoltorio de plástico y me gritó:

—¡No lo saque, don! Mire que ahicito nomás hay otro río.

Yo lo miré con una mezcla de nostalgia y horror, agradecido por un lado por la molestia de volver y advertirme, pero angustiado por lo que efectivamente deduje, recién empezaba.

No alcancé a ubicarme bien en el asiento, cuando vi el trasero de la camionetita Toyota, esperando en la orilla de un nuevo río. A un costado, un pilote destruido de lo que fue un

puede, los otros pilotos se veían allá, adentro, en el mar. La carretera en efecto no existía, por momentos se veían como estalactitas de tierra, y arriba en el lomo, un trozo de asfalto, y ese asfalto estaba como a tres metros de altura, es decir que estaba viajando por el socavón que había dejado el deslave. Allá, a tres metros de altura, estuvo la carretera alguna vez.

Al llegar a Huaquillas la conflictividad entre vecinos aumentaba. Los ecuatorianos hablaban pestes de los peruanos, les ponían pseudónimos despectivos y me apostaban que del otro lado de la línea me encontraría con puros animales. Era mediodía, el camino hacia Tumbes mantenía o acentuaba las dificultades. Treinta kilómetros de drama y angustia extrema. Tumbes era una ciudad fantasma, yo la había caminado con mi primo y en aquellos años le había dedicado un poema por lo gracioso de las muchachas, piropeándonos desde los balcones, los grandes árboles, la tranquilidad de un pueblo amable. Ahora era el caos, todas las calles anegadas, la gente ayudándose con el transporte de cajas, bultos, muebles desven- cijados, gallinas, calles intransitables, en fin, un desastre. Seguí hacia Talara por una vía que me pronosticaba lo peor, pero varias veces me detuvieron para pedirme papeles u observar cualquier cosa en la que pudiera faltar, para obtener alguna coima. Las bolsitas se estaban acabando, entre las coimas, los peajes y los honorarios de los que te ayudaban a atravesar el río, fluía el dinero, mucho más rápido de lo esperado. Talara estaba a ciento ochenta kilómetros de Tumbes, siempre siguiendo la costa, siempre sorteando baches, piedras, ciénagas, ríos, lodazales y pantanos. Cerca ya de Talara había un río mortífero, una corriente desmesurada, los pobladores habían construido un puente con mecates, sogas, correas, tablones, troncos y tronquitos. La plataforma era muy angosta y viajaba al ras del agua, aunque el peso del carro hacía que se hundiera hasta un nivel de preocupación, estaba hecha para que entrara

casi exactamente el ancho del carro y para que los carros no cayeran de lado al río. Multitudes lo iban sujetando de ambos lados durante todo el trayecto. El puentecito oscilaba y esto generaba murmullos. Algunos de temor por la posibilidad de que el carro se les viniera encima y otros para tranquilizarse entre ellos o al conductor. Hacia el final, un muchacho hacía señas parecidas a las que hacen los empleados de los aeropuertos cuando una nave entra a su andén, con los brazos hacia arriba o hacia un costado o hacia el otro, agregando gesticulaciones que hacían pensar que alguna de las ruedas estaría ya en el mero borde. Claro, al trabajar más gente, este paso era más caro, pero no hay más alternativa que pagar lo que sea, ya que la otra opción sería dar la vuelta por Brasil entrando por el Marañón y saliendo por el delta del Amazonas... más o menos. Desde Talara y hasta Piura siguió un vía crucis de más de ciento veinte kilómetros. Ya no cuidaba tanto el carro, me había acostumbrado a las caídas y a los golpes, al extremo de no importarme, incluso a disfrutarlos un poco, pensaba en lo aburrido de una carretera perfectamente asfaltada, con sus hombrillos y banquetas, pintada y con todas sus señales de advertencia, información y peligro. Esto era el milagro, la inmensidad de un continente glorioso sufrido cada instante. Llegué a Piura a las once de la noche, también esta ciudad había sufrido los embates de El Niño, sin embargo había algunas calles donde se veía el asfalto y donde se dejaba intuir que la pesadilla había terminado o estaba cerca de culminar. Había gastado mucho dinero y no quise pagar hotel aquella noche, llevé el carro hasta una estación de servicios, revisé agua y aceites, limpié un poco el filtro de aire y sin probar bocado me quedé dormido en el auto.

Saltando barrancos, colgando de cuerdas y tratando de salir de lugares que se derrumbaban, pasé toda la noche. Las pesadillas se sucedían a ritmo acelerado y el corazón latía tan

fuerte que me parecía escuchar sus latidos. No lo podía creer pero, ¡ya estaba en Piura! El tramo que me detuvo durante meses en Venezuela por su peligrosidad ya había quedado atrás. Cuarenta, o tal vez cincuenta ríos, había sorteado con éxito, los pronósticos de los vecinos de Machala se habían caído, el Zephyr seguiría su viaje.

Caminé por la costanera y al fin pude saciar mi deseo postergado, una señora vendía pescado frito, no era pescado de río como el que comía el muchacho de la gasolinera, pero mejor aún, un carite de agua salada, dorado o jurel, no sé, un inmenso pescado frito que devoré agregándole limón y ensuciándome las manos y la barba, hasta dejar solo el espinazo. Caminé por la playa, bebí cerveza y café, y con mucha ansiedad volví al carro que me esperaba presto para seguir raudo, rumbo al sur del Sur.

Viernes, 12 de agosto

Salí de Piura casi con lágrimas de emoción al ver que la carretera asfaltada no se transformaba en caídas de fango, pedregullo y bateas de tierra y roca, no. Aparentemente, la pesadilla había terminado. El sol de la mañana levantaba como una bruma, que daba una atmósfera onírica a las inmensas plantaciones de caña de azúcar. El mar se veía tranquilo y le reflejaba luminosidad a la costa por donde transitaba. Viajaba a buena velocidad, como tratando de recuperar el tiempo perdido en los pantanales. Un hombre vestido con ruana y sombrero me hizo señas y detuvo el carro. Me dijo que viajaba hacia Trujillo y subió. Lo que me había parecido un campesino resultó ser un hombre de brillante instrucción. Era profesor de Historia en la Universidad de Trujillo y había venido a trabajar unos días en sus tierritas, unas cuantas hectáreas donde tenía caña y entre otras cosas, remolachas, zanahorias, rabanitos.

—La caña se ha dado buena este año. Hay mucha agua en el subsuelo y eso la pone jugosa y dulce. ¿A dónde va?

—Voy a Córdoba, Argentina, a visitar a mi hija Agustina, tiene seis añitos.

—¿Y siempre viaja a esta velocidad?

—No, aprovecho ahora el buen estado de la vía, usted sabe que hacia el norte...

—Sí, lo sé, pero viaja a esta velocidad porque usted está un poco nervioso.

—No creo, en realidad estoy de lo más tranquilo. Nervioso estuve ayer y anteayer, viajando por...

—¿Ve aquellos cañaverales? Deténgase un momento en ellos.

Detuve el carro, cruzamos la ruta y nos internamos en un cañaveral. Don Ciro se abrió paso con mucha facilidad y yo lo seguía, con sus manos cortó una caña que a su vez picó en trozos más pequeños y los abrió con sus uñas para poderla mascar, me entregó la caña y me senté a masticarla. Él siguió cortando trozos y se sentó conmigo, y mientras masticábamos me empezó a hablar de la historia del gran pueblo inca. Comimos y siguió cortando cañas y trozándolas, yo le dije que parara, que ya no daba más y me dijo:

—¡Para que le laves a Agustina!

Volvimos al carro con los manojos de caña de azúcar que don Ciro había cortado con sus propias manos. Yo intenté cortar algunas pero me fue imposible, la caña se doblaba y aunque le diera vueltas y más vueltas no se cortaba. El hombre conocía muy bien el material que tenía en sus manos y el vegetal le obedecía. Pusimos los tallos en el piso de los asientos traseros.

—En estas tierras desembarcaron los españoles al mando de Pizarro, y nuestra historia de fratricidios comienza con los hermanos Atahualpa y Huáscar, hijos ambos del inca Huayna Cápac, quien antes de morir, al igual que el viejo Lear, de Shakespeare, dividió el territorio.

—Tengo entendido que lo hicieron en Tumbes.

Afirmó don Ciro y acotó que la desgracia comenzó en Cajamarca, donde el inca nunca debió recibir a Pizarro como a un amigo, casi sin escoltas.

—Mire el velocímetro, vamos a ochenta kilómetros por hora y antes de mascar la caña, marcaba ciento veinte... Yo no

le pedí que bajara la marcha, pero usted lo ve, estaba un poco nervioso, y la caña lo sedó.

—La buena conversación también hace su efecto, don Ciro, siga pues.

—El reino de Quito, es decir, toda la zona norte, le correspondió a Atahualpa, que era hijo de la reina quiteña Cacha y a Huáscar el resto del imperio. Al comienzo convivieron, pero pronto hubo conflictos y las fuerzas estaban parejas. Atahualpa se alió a los españoles y eso inclinó la balanza a su favor. Él confió en Pizarro, lo creyó su aliado de verdad, pero el español lo hizo prisionero y le prometió la libertad a cambio de enormes riquezas en oro, que luego de inmensos sacrificios de todo su pueblo, se entregaron y cruzaron el océano, para nunca regresar. Pero en lugar de cumplir su palabra de liberar al inca, lo ahorcó en su celda con cargos de poligamia y desacato al rey de España.

Entramos a Chiclayo por una avenida ancha y llena de talleres mecánicos, teníamos dónde elegir, para ajustar el múltiple y comer algo.

—¿Tiene mucha hambre? Puedo telefonar desde aquí a mi casa para que nos vayan preparando algo, estamos solo tres horitas de Trujillo.

—¿Tres horas viajando a ochenta o a ciento veinte?

—Viajando a ochenta, pues.

—Llame entonces.

Un rato después bajábamos a Trujillo, señorial ciudad del norte, por una carretera preciosa, la historia de los incas, por momentos tenía visos de actualidad.

—Tal vez la traición, don Ciro, la traición nos haya vuelto un pueblo pobre, en una tierra tan rica, no tiene más que ver hacia los lados, tanta tierra fértil, minerales, agua en cantidades y un pueblo olvidado, que sobrevive a expensas de sus

supuestos líderes. Son los que traicionan a sus pueblos, los responsables de tanta miseria.

—Por eso en mi casa no hay ni habrá televisor, en esa caja se encuentran todos los valores cambiados. A mí me gusta ver a los nietos jugando en el patio, peleando, corriendo, saltando, pero no me gusta verlos sentados frente a ese aparato con los ojitos como desorbitados.

Otra vez le daba la razón a don Ciro. Entramos a Trujillo cerca de las cuatro de la tarde. Él vivía en una hermosa casona, muy aristocrática y linajuda. La mesa estaba servida para dos personas. Su esposa luego de saludar se retiró y nuestra conversa siguió mientras comíamos manjares. Se habían dispuesto en la mesa bandejas con pollo, chuletas de cochino, bistec de carne, papas sancochadas, arroz y un sinfín de delicias más. Don Ciro servía las dos copas y enseguida tomaba la suya, pero no volvía a servirse mientras yo no terminara la mía, pero al momento de dar el último sorbo ya estaban llenas nuevamente. Al terminar la botella hizo sonar la campanita y su mujer llegó con otra, que traía de su bodega, y así pasaron tres o cuatro.

—Le agradezco mucho, don Ciro, pero debo seguir viaje.

—Ni se le ocurra. Ya tiene su cuarto preparado y esta noche vendrán unos amigos que quieren conocerlo.

—Le repito que le estoy muy agradecido, pero ya mismo estoy agarrando carretera.

Don Ciro me dio su número telefónico y su dirección anotadas en un papelito, nos dimos un sentido abrazo y subí al Zephyr. Como a las ocho de la noche estaba pasando Chimbote, todavía me daba vueltas en la cabeza el exquisito vino y en las tripas las delicias gastronómicas trujillanas. Quería dormir, pero también quería avanzar. Calculaba llegar a Lima como a las dos de la mañana. Nunca me había dado

sueño manejando, pero hoy tenía sueño y aunque no temía dormirme manejando, pensaba que, mucho me merecía, después de días de estrés, un descanso con varias horas de buen dormir y con la barriga llena. En el pueblo de Casma busqué un hotelito que me gustara pero no lo encontré y seguí camino. A eso de las diez de la noche pasé por Huaso, casi resignado a no ver nada donde alojarme, pero para mi sorpresa, ya casi saliendo del pueblo, había al lado de la carretera, un cartelito de hotel en una linda casa con galería de entrada y al lado un portón, lo que suponía un estacionamiento para el carro. Dejé el auto bien cerrado. El precio era bueno. Le sonreí al agua en la ducha, había sido un buen día. Había avanzado más de setecientos kilómetros, había comido bien y el carro no había sufrido maltratos. No tenía hambre pero fui a sentarme a leer algún periódico limeño en la salita de entrada. Estuve un rato hojeando revistas de la farándula y me pareció perfecto, el efecto que esas revistas hacían en mí, me bajaba un sopor tremendo, los párpados me pesaban, eso era lo que quería. Dejé las publicaciones y al levantarme vi en una mesa a una muchacha que parecía estar llorando. Movía los hombros y se tomaba la cabeza, su cabello largo caía cubriendo sus manos y su rostro. Estaba sentada en una de las mesitas del comedor, al lado de una ventana que daba a la ruta y un poco más allá, el mar, oloroso, ruidoso, encantador.

Me senté a su lado y le pregunté qué le pasaba. Me miró callada, se quitó una lágrima mostrándome su hermoso rostro de india. Me contó su drama, que era el drama de tantas muchachas de esta parte del mundo. El novio de la madre, quien vivía con ellas, la acosaba constantemente, era un hombre fuerte y violento, y la había amenazado. Ella prefería no contarle a su madre lo que le ocurría, no le creería y tampoco quería ocasionarle una angustia. Violeta estaba decidida a no volver a su casa. Pasó la tarde esperando el autobús a Lima y con un

pie en el estribo se arrepintió, cruzó la ruta y entró al hotelito. Se decía cobarde y lloraba por no haberse mantenido en su decisión de viajar. De algo estaba segura, no volvería a su casa.

Compramos una botella de agua mineral y entramos al cuarto.

—No vayas a pensar que soy una puta.

Violeta se dirigió a la ventana y apoyó la cabeza en el cuadro, mirando el mar. Yo me recosté sin dejar de observarla, en silencio. No era sencilla su decisión, llegar a Lima implicaba quedarse, alejarse tal vez para siempre de su madre. Buscar trabajo, reorganizar todo. Me miró e inició un movimiento lento, se quitó algunas ropas y lanzándose a la cama, me abrazó. Así, enlazados, estuvimos hablando largo rato, le conté sobre mi viaje y sugirió acompañarme. Le hablé de don Ciro, de los muchachos que corren el río arriesgando sus vidas por monedas, del “Pelado” Jaimes escupiendo fuego rojo, del páramo de Berlín y los derrumbes, de Yixelina ofreciendo amor y conservas.

—Si me vas a besar hazlo ya, porque me estoy durmiendo, papito.

—Mañana te llevo hasta Lima y de ahí sigo solo.

—Quítate toda la ropa, después hablamos de eso.

Sábado, 13 de agosto

En el cafetín esperé a Violeta para desayunar haciendo alarde de paciencia pues, de no ser por ella, estaría desayunando ya en Pativilca o más allá. Llegó y se sentó frente a mí con una sonrisa a la muchacha que trajo el desayuno, una rubia alta que parecía una valquiria, le tomó las manos y le dijo un piropo. La muchacha le devolvió la sonrisa, regresando a la barra con la bandeja vacía y sus minifaldas ajustadas.

—Tengo una amiga en El Callao, que puede alojarnos por unos días.

—Violeta, voy a dejarte en Lima y sigo viaje, solo.

—¿Y es que ya no te significo nada?

—Tienes el significado que tienes. ¿Qué quieres que te traiga de Córdoba? Cuando pase de regreso te buscaré en El Callao o aquí.

—Tráeme una piedra, una piedra bonita. Eso, búscame una piedra bonita y me la traes.

Ya en el estribo del Zephyr, Violeta se arrepintió y decidió no viajar. Corrió al hotelito a refugiarse en la mesa del comedor, junto a la ventana que daba al mar. Le di unas monedas al chiquillo del hotel que lavaba los carros y salí hacia Lima. Desde la ventana, Violeta me miraba con los ojos llorosos.

Tenía dudas sobre si entrar o no a Lima, quería ver a los Aramayo, titiriteros del teatro La Cabañita, que viven en Miraflores, pero eso significaba una pérdida grande de tiempo,

prefería llamarlos por teléfono, saludarlos y seguir rueda abajo. Trescientos kilómetros me separaban de la capital peruana. No dejaba de pensar en Agustina, llevaba conmigo una foto que miraba a cada rato, ella estaba paradita, agarrada a uno de los mangos de una carretilla. En la foto tenía poquito más de un año, siempre con la cabecita inclinada. Algún día dibujaré su rostro inclinado, como un Modigliani sureño. Su madre, la Flaca, me dejó por una carta que llegó a Macuto. Vivíamos en el edificio El Profesor, a una cuadra de la playa. En esa época yo viajaba mucho con los títeres, habíamos creado el teatro Los Cuatro Vientos, con el gran amigo Roberto Fois y recorríamos Venezuela constantemente realizando talleres y ciclos de funciones para niños y para adultos. En el 78 yo tenía veinticinco años y toda la irresponsabilidad del mundo, y claro, una maturinesa enamorada me escribió una carta y la envió en sobre rosado y perfumado, narrando con detalles nuestras noches de pasión en el Orinoco, averiguó mi dirección en las oficinas del Pedagógico, donde ella trabajaba y la envió. En ese entonces yo andaba por Maracaibo y a mi regreso a Caracas, la familia estaba convulsionada por la bronca de la Flaca, que amenazaba con matarme. Mi primo Pablo Antonio estaba atormentado y me recriminaba el comportamiento. Con su acento chileno intacto me decía:

—¡Pero, primo! Usted ya no puede hacer esas cosas, *po*. No *seai* leso, *wen*. La Flaca está rabiosa, *po*. ¿O es que no *sabís* hacer bien las cosas, *wen*?

Acepté los regaños y partí rumbo al Litoral Central. Llegué a Macuto asumiendo y aceptando la culpa y allí todo era un drama. Ella ya había pensado en todo, viajaría a Córdoba con la niña y viviría un tiempo en mi casita de la avenida Patria, terminaría los estudios que abandonamos juntos en la escuela de artes Figueroa Alcorta y buscaría un empleo en el colegio donde siempre estudiamos, en el Garzón Agulla. Tal

vez se sorprendió cuando vio que yo colaboraba con el proyecto en lugar de oponerme, pero la iniciativa no tenía retorno. Agustina me dolía, era mi niña amada, pero jamás hubiera disputado su tenencia. Todavía pienso que esas dos mujeres se necesitaban y que separarlas hubiera sido inhumano. Cuando las visité unos meses más tarde, la Agu ya tenía dos años y medio y eran dos amigas entrañables, compartían los trabajos, conversaban y se entendían a las mil maravillas. Tal vez aquella carta adelantó lo que de cualquier manera hubiera ocurrido, la Flaca fue mi novia desde muy jovencitos y aunque nos dimos muchos recreos, esa relación adolescente debió terminar en la adolescencia. Lo que justifica sobradamente esa experiencia es la Agu, sí, ella le da validez a ese error de juventud.

La carretera seguía silenciosa y recta, siempre bordeando la costa de un océano desmesurado en tamaño y carácter como el Pacífico. Cerca del mediodía paré a mojar me los pies en la playa, había un grupo de gente bañándose y eso me animó. Saqué el carro de la vía, me arremangué los pantalones y caminé un rato por la arena blanca. Se veían a lo lejos los buques que dejaban o que entraban al puerto de El Callao. Un grupo de personas estaba lavando pingüinos y ayudé en la tarea. Una mujer muy flaca y de pómulos salientes tenía una batea con agua jabonosa y con mucha energía restregaba las plumas de las aves, los niños entre risas los enjuagaban en una piscinita que habían hecho en la arena y se peleaban por llevarlos nuevamente al agua.

—¡Mira, muchacho sonso! ¡Que vas a matar a ese animal, bobolongo!

—¡Yo llevo el otro! —gritó entonces, uno de los niños.

—¡Mire joven, traiga ese, que parece casi muerto!

Me incorporó en la faena. Llegué hasta donde un bulto oscuro, era arrastrado por las olas, lo tomé, pero recibí un fuerte picotón.

—¡Bicho de mierda!

—¡No les tenga miedo!

Gritó una niña y vino a enseñarme cómo había que agarrarlo, lo tomó y me lo pasó. A ella no la picoteaba, pero a mí me brincaba con energía y me lanzaba ataques. Yo sentía sus plumas pegajosas y veía toda su piel manchada de petróleo. La mujer se reía porque en lo que le pasó al animal se tranquilizó y dejó que lo lavaran. Los niños trajeron otros y me puse a lavarlos con unas esponjas grandes llenas de jabón.

—Son las petroleras, que no tienen cuidado, siempre pasan manchas de petróleo hacia allá.

—Y estos bichos parecieran saber que aquí los van a ayudar.

—Todos los años es lo mismo.

Unos muchachos traían varios ejemplares bañaditos del negro bitumen, lavé unos cuantos y enrumbé hacia el carro.

—Venga más tarde y nos ayuda con las redes.

—Sigo viaje. Hasta pronto.

Algunos niños me acompañaron de la mano y regresaron al trabajo distrayéndose en un bote enterrado, jugando y chapoteando mientras buscaban más pingüinos enchumbados.

Pasé Lima sin detenerme. Llamé a los Aramayo desde Chincha Alta, les conté sobre mi viaje, les dije que los visitaría de regreso y les di la fecha aproximada para que me colocaran alguna función de títeres, por si empezaba a escasear el dinero.

Tomé una sopa marinera con trozos de pescado, tubérculos variados y almejas. Cien kilómetros más allá está Pisco y un poco más allá se llega al oasis de Ica, la capital mundial de la aceituna, no sé si por las cantidades producidas, pero sí por su exquisitez. En Ica descansé, coloqué el Zephyr a la vera del camino y cerré los ojos cansados por el resplandor fuerte del desierto. Pero en Ica casi no se ve el sol, los olivares son tan inmensos que generan un microclima, un aire fresco entraba

al vehículo y enseguida llegaron niños vendiendo aceitunas en bolsitas de papel, compré dos bolsitas y conversé un momento con ellos. Una mujer se acercó al carro y me pidió que le diera un empujón, hasta antesito de llegar a Nazca. Se sentó a mi lado y arrancamos. Ella venía apesadumbrada, lloriqueaba y se secaba las lágrimas, pero no decía nada y no lo hizo hasta que le pregunté.

—Mi marido está muy malito. Hace un tiempo se le puso muy feo un dedo del pie, el médico le dijo que debía cortárselo, pero él no quiso, pues ahora es que toda la pierna está mala y me dicen que ni aún cortándosela pueden asegurar que sane y ahí lo tengo, todo el día echado y rezongando y yo con el alma partida, que ya ni lágrimas me quedan porque sé que se me irá.

El drama de la mujer contrastaba con el camino extraordinariamente hermoso. La vía pasaba por túneles de rocas que en forma de acantilados llegaban al mar, subíamos y bajábamos serpenteando en una geografía caprichosa y exuberante. Traté de darle ánimos con argumentos que no sé si llegaban a esa alma atribulada. Ella me dijo:

—En aquellos caseríos me quedo yo.

Yo no había visto el caserío y si ella no me lo dice jamás hubiera pensado que allí vivía gente, del lado derecho de la ruta, es decir del lado del mar, había como un zanjón profundo y abajo unas tolderías cuya tela era del mismo color de la arena, no recuerdo si era tela o alguna fibra vegetal, pero el camuflaje era perfecto. La mujer se bajó y yo también lo hice, me recosté en el carro a tomar un poco de fresco de ese atardecer costeño, viendo como la doña se mezclaba en ese mar de chozas y desaparecía entre ellas. Por aquí están los dibujos. Por aquí cerca los incas se pusieron a hacer dibujos gigantescos en la tierra. Inmensos animales realizados con fino pulso en terrenos descomunales. Muchos atribuyen esta hazaña a seres extraterrestres, pero no. Es la mano creadora y poderosa de nuestros

antepasados, que con propósitos espirituales realizaron impen-sablemente las obras de arte más extraordinarias que conozca la humanidad. Estos dibujos se equiparan a los tótems de la isla de Pascua y a las pirámides egipcias, mexicanas o guatemaltecas, al Machu Pichu y a la Piedra del Sol Azteca, nada de esto fue realizado por gente de otros planetas, es la mano del hombre laborioso y creativo de esta y de todas partes y épocas del mundo. Pero es más fácil y mejor decir que fueron extraños y esa es, otra vez, la deuda que tenemos con nosotros, investigar y enseñar nuestra historia, porque la europea es solo una parte de la historia, pero la nuestra debe desentrañarse y mostrarse con orgullo. Da risa el solo imaginar que seres superiores llegaron de otras galaxias para dibujar animales en la tierra. Es verdad que la obra se ve desde muy alto, pero yo supongo que ofrendaban su trabajo a los dioses o a la luna encantadora.

Llegué a Nazca buscando un hotelito y lo encontré ense-guida. Esa noche soñé con aves milenarias y monos trepadores que subían a un universo de naturaleza cósmica, dibujando líneas infinitas en el espacio sideral.

Domingo, 14 de agosto

Salí a primera hora del hotelito para desayunar en la ruta. Pensé que antes de Chala, que está a casi doscientos kilómetros, encontraría el lugar ideal. El carrito se desenvolvía a la perfección. En las estaciones de servicio controlaba los fluidos y todo estaba en su lugar adecuado. Pues nada encontré en el camino y se me hizo largo hasta Chala, cuarenta leguas de una ruta que tenía buena fama, pero mejores huecos. Tenía poco dinero en la billetera, por lo que saqué del bolsillo secreto cien dólares para cambiarlos en lo que pudiera; me recriminé no haberlo hecho en Lima, esa fue una falla de cálculo.

Comí arroz, con un bife y ensalada, un bife preparado a la cacerola, que sabía rico, pero que estaba un poco durón, durón, el plato era pequeño y la ración no muy generosa. El café tal vez un poco dulce, pero rico. Llené el tanque porque me dijeron que hasta Camaná no habría bombas en el camino. La ruta seguía con problemas, por lo menos cien kilómetros más con baches y cortes en el suelo que me hacían detener la marcha, con lo que perdía promedio y después, para recuperar el tiempo perdido, aceleraba, pero me acordaba del viejo Ciro y ahí mismito bajaba la velocidad.

—Usted está nervioso, mijo.

Y me lo demostró. El cartel decía: “Camaná 150”, y debí haber entrado en otro municipio o departamento, porque el camino cambió, y suerte que fue para bien, el asfalto nuevito,

todo señalizado y en regla. Como a las cuatro de la tarde llegué a Camaná, entré a una buena bomba gasolinera y después de llenar el tanque, recordé que debería pagar con cien dólares.

—¡Ah, no! Aquí estamos en Perú y no en Estados Unidos, aquí usted me paga con moneda nacional o yo no sé qué hará.

El hombre vociferaba pero yo estaba tranquilo pues no era posible sacar el combustible del automóvil y yo tenía de los verdes en la mano. Un hombre de unos cuarenta y cinco años, de bigotes pequeños, alto y fornido, se acercó a donde discutíamos y le dijo al empleado:

—¡Mira bien lo que dices, sinvergüenza! ¿Es que no ves cómo la imagen de nuestro país se destruye con personas como tú? ¿Eres incapaz de entender que este muchacho está en una situación especial? ¿Tu cabeza atormentada no te permite actuar como un ser racional en lugar de hacerlo como un salvaje?

Luego de esto se dirigió a mí y me preguntó a cuánto estaba el dólar, le dije que a doscientos setenta soles, pero que le recibiría a doscientos cincuenta cada dólar, entonces dijo así:

—¡Trescientos por dólar te voy a dar!

Cambiamos el dinero y pagué la deuda con el compungido bombero, quien todavía recibía improperios de este señor que lo perseguía dándole un concierto de normas morales y actitudes nobles.

—¿Hacia dónde va usted, amigo? —me preguntó agitado.

—Voy hacia el sur y pienso llegar hasta Moquegua, y en el mejor de los casos a Tacna, para cruzar frontera mañana temprano.

—Pues vamos, voy en la misma dirección y es bueno ir en filas por la neblina. Yo llego hasta Tacna, voy a visitar a mi padre.

Salimos de la bomba y tomó la delantera a buena velocidad, pero lo pasé para detenerlo.

—¿Qué te parece si dejas tu carro y viajamos en este? Así vamos charlando.

Fuimos a su casa. Linda y en un barrio residencial. Su mujer estaba encantada de verlo nuevamente, ya lo hacía en carretera. Mientras Manolo guardaba su carro en el garaje, su mujer se acercó y me dijo temerosa:

—Señor, no le vaya a prestar el automóvil.

—Nunca lo hago.

—Que él no maneje.

En ese momento apareció Manolo y su esposa disimuló y lo despidió con un beso. Subimos al vehículo y ¡a Nasca!

Empezamos hablando de las personas que no saben tratar al extranjero. Él se mostraba como ejemplo a seguir y yo no podía ponerlo en duda por la experiencia que acababa de tener. Seguimos hablando sobre mi viaje y manifestó que él había viajado mucho en Perú y que la carretera de la costa la conocía toda y que pronto iba a viajar a Machu Pichu por Puno. De pronto se puso un poco nervioso y me preguntó si podía dejarlo manejar a él, me dijo así:

—Tú manejas bien, Daniel, es decir, ni bien ni mal, más o menos, entre más o menos y bien, pero te falta... fuerza... Ese motor da mucho más... de lo que tú... le pides.

Le mentí que nunca había prestado el vehículo mientras viajaba y que no pensaba hacerlo.

—¡Pero debes estar cansado!

—En lo más mínimo. Manejando descanso, me siento bien. No te hagas problemas.

Pero el diálogo se había cortado, después de un considerable silencio, de pronto preguntó:

—¿Más adelante me lo prestarás? Quiero... manejar un Zephyr... siempre quise... manejar uno.

—Quítate esa idea, Manolo. No te lo voy a prestar.

Parecía un niño regañado, se incrustó en el asiento y por un momento creí que estaba puchereando. Cuando íbamos llegando al cruce con el camino que sube a Arequipa pasamos por un pueblito hermoso y Manolo exclamó:

—¿Tienes hambre? En este pueblo preparan el famoso sudado de calamares de río, son los mejores. Siempre que vengo por aquí, me detengo por una cazuela de ese manjar.

Yo había desayunado bien, pero ya eran como las cinco y media de la tarde y en realidad tenía apetito, así que acepté. Estacioné al lado de un restaurantito con fachada de piedra laja gris, con grandes ventanales y entramos. Manolo se sentó. Efectivamente lo conocían y lo atendían como a rey. Empezaron a traer cantidad de comidas y bebidas.

—Tú no te hagas problemas con el consumo porque yo invito. Pide todo lo que quieras.

Comimos y bebimos opíparamente, hacíamos bromas y nos reíamos como dos niños. Cuando salimos ya oscurecía. Manolo fue hacia el asiento del acompañante, pero arrojándole las llaves le grité.

—¡Maneja tú, Manolo! Y a la mierda, me arriesgué. Sí, la mujer me lo había advertido pero este era muy buen tipo y yo no iba a dejarlo con las ganas de manejar un Zephyr. Ya era tarde.

Manolo pareció iluminarse. Radiante subió al comando del carrito y efectivamente, él tenía razón, yo a ese carro no le exigía nada, ¡nada! No alcancé a sentarme cuando ya estaba quemando cauchos con el pique de arranque. Vi con horror que aceleraba indiscriminadamente y que empezaba a bajar la bruma. Supuse que dentro de la neblina reduciría la velocidad, pero no, todo lo contrario. Manolo se había transfigurado y ahora no hablaba, no conversaba, el camino hacia Moquegua subía en peligrosas curvas que Manolo conocía como la palma

de su mano. Pasaba camiones y cualquier obstáculo a velocidad de muerte sin importar si era curva, recta, subida o bajada. Las ruedas chirriaban, agarré un trozo de caña para que masticara, pero mis uñas no tenían la destreza de las de don Ciro. Ni uñas ni dientes lograron el propósito. La neblina aumentaba al punto que se veía hacia delante un máximo de quince metros, pero Manolo aceleraba sin cesar en un ritmo alucinante y frenético donde yo ya me había encomendado al cielo. Empezó a lloviznar, pero esto tampoco hizo que Manolo disminuyera el ritmo alocado de viaje. Hicimos unos cuatrocientos kilómetros en menos de cuatro horas. Llegamos a Tacna como a las diez de la noche. Manolo volvía a ser una persona.

—Mi padre vive cerca de la salida a Arica. Está cerca y te conviene pasar ahora, los guardias que están a la noche son mejores que los carabineros que llegan en la mañana y la pernocta en Chile es más económica que aquí, aunque si quieres dormir en casa, si necesitas dinero...

—No, gracias, Manolo. Prefiero seguir hasta Arica.

Yo me decía que la experiencia había sido extenuante, pero si yo hubiera venido manejando estaríamos, sin duda, a la mitad del camino. He ganado tiempo y he conocido a Manolo, un tipo muy especial. Llené el tanque y compré cuatro bidones de quince litros los cuales también llené de combustible.

Manejando con gran tranquilidad llegué al puesto fronterizo de Arica. Los pacos te tratan con mucha rigidez. Sacaron todo lo que traía que fuese de origen vegetal y suplicándoles me dejaron pasar algunos trozos de caña de azúcar. Fumigaron el carrito por los cuatro costados y revisaron largamente los papeles míos y del vehículo. Pero tenía cómo ablandarlos.

—Yo soy mitad argentino y mitad chileno.

—Aquí en el pasaporte dice que eres argentino solamente, *po*.

—Es que mi madre es chilena, es la hija del gran poeta Pablo de Rokha.

—¿Tu madre es la hija de don Pablo de Rokha? ¿Y cómo lo *podís* probar, *wen*? ¡Oye! ¡Este cabro es nieto del escritor Pablo de Rokha, *pu wen*!

—Pregúntale los nombres de algunos de sus libros, *pu wen*.

Les nombré *Los gemidos*, el poema *U*, el *Canto del macho anciano*, la *Epopéya de la comidas y las bebidas de Chile*, *El amigo Piedra*, la *Interpretación dialéctica de América*... Me ofrecieron café, hacía frío, me explicaron que el paso hacia Salta estaba cerrado por el hielo y que para pasar a Argentina necesitaría llegar a Santiago y atravesar la cordillera por el paso de Portillo, pero que...

—Ese carro gasta mucha nafta, *po*... y la nafta está hartoo cara, *po*.

Arica es hermosa, sus calles son muy limpias e iluminadas, el centro muy bien organizado, con galerías comerciales, paseos y bares, con mesitas muy encantadoras en las amplias aceras. La gente hermosamente vestida.

Estaba feliz de haber llegado a la tierra de mi madre, que había conocido de niño cuando visitábamos a mi abuelo. Pero esa noche también vinieron las pesadillas, chocaba contra camiones, me desbarrancaba, el motor estallaba en mil pedazos... y todo por el efecto... Manolo.

Lunes, 15 de agosto

Caminando por la espléndida ciudad me iba dando cuenta de mi drama. Sacaba cuentas y cuentas calculando el gasto que debería hacer en nafta. El recorrido hasta Santiago era de dos mil kilómetros y por cada tanque, debía pagar algo más de cincuenta dólares y contando la provisión de gasolina que tenía, necesitaría unos cinco tanques para hacer el recorrido, más o menos la misma cantidad de dinero que había gastado desde La Guaira hasta la linda Arica. Poner el carro en el tren y llevarlo, como carga, hasta Santiago, salía más económico, pero debía esperar cinco días, ya que recién el viernes salía el tren a Santiago. Saqué el dinero del bolsillo secreto, cambié el dinero peruano sobrante y ciento cincuenta dólares, almorcé temprano y partí rumbo a Antofagasta. Al salir de la ciudad vi que el suelo estaba cuarteado y pensé que se le estaba haciendo un trabajo para el cultivo, pero no podía ser tan grande el trabajo, me di cuenta de que, con la falta de agua la tierra se abre y se cuarteas creando una visión fantasmagórica. Es como ver a un niño con sed, abriendo la boca hacia el cielo, suplicando una gota de agua... que nunca llega. La ruta era espléndida y sin una sola curva, sin árboles a los costados ni a los alrededores, solo tierra cuarteada y el triángulo gris, que es la carretera, con el vértice en el horizonte, resplandeciente y brumoso. Los carteles con las distancias están dispuestos cada

dos kilómetros rigurosamente ¡y se hacen eternos! Manolo me había contado, mientras comíamos camarones de río en su tinta, que en una oportunidad viajó hasta Antofagasta y que me iba a ocurrir que en esta ruta, llevaría, sin poder evitarlo, la velocidad hasta los ciento setenta kilómetros por hora ¡mínimo!, y yo le afirmaba, como se les dice sí a los locos, pues mientras me decía esto, soñaba con manejar un Zephyr y en este momento les otorgaba crédito a sus palabras, ¿para qué discutirle? Pero el territorio le dio la razón. Esas rectas infinitas hacen que uno no mire los indicadores y solamente escuche el ruido del motor. La máquina empieza a producir un sonido como de abeja y ese zumbido se incrusta en algún lugar del cerebro. Cuando se sale del sopor y se mira el velocímetro, bajamos la velocidad, la que al llegar a ciento veinte genera un ruido que pareciera equivalente a estar detenido; tratamos de mantenerlo allí, pero poco a poco va regresando el zumbido y el sol y la arena que por momentos invade la ruta, tienen forma de panal y uno es abeja y vuela buscando el polen, pistilos de colores. ¡Cómo cuesta pasar del kilómetro dos mil, al mil setecientos cuarenta y ocho! Y en ese punto es que está Iquique, un hermoso puerto donde me di cuenta de que al igual que Arica, lucía fina y señorial. Pareciera que todas las ciudades chilenas tienen un encanto muy especial, una fina sensibilidad en su organización y arquitectura. Aquí nació el poeta Mahfúd Massís, hombre asombroso, y diré de él lo que una vez él escribió de mí: es el amigo que todos quisieran tener. Mahfúd era un conversador entusiasta, buen oyente y genial narrador de historias, afecto a la prestidigitación y extraordinario poeta, comprometido con la causa Palestina y con la causa del hombre oprimido, habitante de cualquier lugar del mundo. Pasábamos noches enteras conversando, haciendo magia o jugando naipes, tenía un humor envidiable y

un arraigado optimismo, ante cualquier situación o planteo. Él fue agregado cultural en Caracas, del gobierno de Allende, y después del golpe criminal se quedó en Caracas con la familia, su esposa, mi tía Lukó, ama de casa y pintora, mis primos Dalal y Pablo Antonio, trabajadores incansables.

El desierto es agotador, te va minando, te quema la retina. Las gasolineras están dispuestas cada trescientos kilómetros y si se te pasa una, puedes quedar varado, sin combustible y sin nada humano cerca. Toda la provisión peruana se gastó y ya cargué combustible del caro, los billetes vuelan y mi cabeza vuela con el sol machacante, hiriente. Allá en La Guaira, semanas antes de iniciar mi viaje, salí a buscar ciertas cosas que consideré que podría necesitar para el carro: mangueras del radiador, cables de la distribución, un flotador del carburador, filtros de aire y de gasolina, bujías y otras cosillas. Cuando el dueño de la casa de repuestos supo que pretendía hacer este viaje comentó:

—¡Pero, vale! ¿Cómo vas a hacer ese viaje si tu carrito es desechable?

Me haré el firme propósito de visitarlo cuando regrese, para mostrarle el tríptico con las entradas y salidas de todos los países visitados.

El camino se dividía: a la izquierda Calama, a la derecha Tocopilla; preferí la costa. Tocopilla es otra hermosura que pasé raudo, quería salir del desierto, tenía en el estómago el desayuno-almuerzo de Arica, pero seguí al sur, me proponía descansar en Antofagasta o incluso seguir, pero es que más allá no había nada. Llegué a Antofagasta como a las nueve de la noche. Entré a una bomba y cargué y revisé todo. Un muchacho se me acercó y me preguntó si quería pasar un rato agradable con ellos. Me señaló hacia su vehículo donde dos muchachitas muy bellas me miraban y se sonreían.

—Les gustaste a las cabras, *wen*.

Le expliqué que venía de viaje, que estaba muy cansado, que no quería arruinarles la noche, que no sabía si iba a seguir viaje o si me quedaría en alguna hostería, le agradecí el ofrecimiento... con gran dolor.

—Tú te lo pierdes, *wen*.

El muchacho subió a su BMW cabrió y salió picando cauchos de la bomba. Yo volví a la calle, buscando un lugar donde bañarme y dormir y no lo encontraba, di unas vueltas y ahí estaba la carretera esperándome y el cartel: “Santiago 1593” seduciéndome. Tomé la carretera y ya casi dejando Antofagasta veo un letrerito iluminado, de una casa pequeña que podía indicar que allí alquilaban habitación. Bajé a preguntar, golpeé la puerta y se abrió una ventanita.

—Señora, ¿aquí alquilan habitación?

—¿Qué le pasa, mijito?!

—Le estoy preguntando...

Abrió la puerta y me agarró la cara con las dos manos.

—¿Qué le pasa? Venga, venga, por supuesto que le voy a preparar una cama, *po*. Y también una sopita caliente, ¡míreme esa cara! Cuénteme qué le ha pasao, *po*.

—Nada, es que vengo viajando...

—Guardé el automóvil aquí, venga.

Yo quería saber el costo de la noche, pero más que respuestas, la señora me daba órdenes y yo la dejaba hacer.

Dejé el vehículo a resguardo con la certeza de que había llegado al lugar que necesitaba. Doña Carmen me hacía preguntas y yo le contestaba. Sus dos hijas venían a curiosar y volvían a la cocina, donde preparaban comida. Largo rato estuve contándole las peripecias del viaje, el susto con Manolo y con los precios del combustible. Le pregunté qué preparaban de comer y me dijo que no me preocupara por eso, que la tina ya estaba lista. Me desnudé y me acosté en el agua caliente que las muchachas habían preparado. Después de enjabonarme

y disfrutar de esa delicia me estaba quedando dormido en la tina. Hace algunos minutos no hubiera imaginado que estaría allí, sumergido en el agua caliente y allí mismo tres mujeres gloriosas buscando la forma de atenderme. Golpearon la puerta con el grito:

—¡Venga *pu*, mijito, que la mesa está servida!

Estas tres mujeres habían preparado una comida estupenda. La mesa estaba puesta al mejor estilo anglosajón, con varios tenedores, varias cucharas y varios cuchillos, de diferentes tamaños, ellas me iban explicando cómo usarlos y encontraban de muy mal gusto que yo me equivocara. También estaba la copa para el vino, la del agua y la del jugo. Terminé la sopa y una de las hijas retiró el plato correspondiente con su respectivo cubierto, mientras la otra me servía más vino y me indicaba los utensilios para comer el guiso de carne con papas y chauchas hirviendo y la ración de acelgas. El postre era un conjunto de varias tortas dulces bañadas con almíbar. No acepté café pero sí un licorcito de almendras. Y la conversación se reiniciaba luego del paréntesis mientras yo comía y ellas proveían. Las hijas de doña Carmen habían entrado en confianza y la timidez inicial se había disipado. Me rodearon y preguntaron detalles de mi vida y de mis proyectos futuros. Todo lo que les decía lo encontraban interesantísimo y mis bromas estúpidas, comiquísimas, y reían a carcajadas. Yo reía con ellas y por momentos parecía ocurrente, ingenioso y hasta agudo. Me sentía como si las hubiera conocido y amado desde años atrás. Trajeron los álbumes con fotos familiares, hacían bromas mostrando aquellas fotos donde aparecían en trajes de baño, mostrando sus bellos cuerpos juveniles, hasta que apareció doña Carmen explicándoles que, aunque mi rostro estaba un poco mejor que cuando abrió la puerta y me vio, aún se notaba mi cansancio, por lo que ¡a dormir todos!

—¿Por qué se asustó tanto cuando me vio, Carmen?

—Vi al mismísimo Jesús resucitado, mijito. Vi el martirio reflejado en esa mirada suplicante. Ahora vaya y acuéstese que ya la cama está lista, *po*.

Agradecido llegué a mi dormitorio, sintiendo el frío de la noche del desierto. El continente se achicaba hacia el sur como un cucurucho de helado, y Chile parecía la fresa derramada que nos moja los dedos y nos hace lamerla y amarla. La almohada era suave y fría y vi los ojos de Agustina agarrando la carretilla, dos océanos con sus ballenas y sus rocas besando a la luna. Dormí un poco más de lo acostumbrado, tal vez por el efecto del buen vino y la comida que todavía saboreaba. Tratando de no molestar, pasé al baño en puntas de pie y vi que las muchachas ya habían preparado el desayuno y me esperaban ansiosas.

Doña Carmen me tenía una sorpresa, un paquete con cuatro botellas bien amarradas, del rico vino que había degustado en la cena. Pregunté cuánto debía, causando la ofensa de mis anfitrionas. Les di mi teléfono en La Guaira y la dirección y prometieron escribir.

—¡Dígame cómo me llamo!

—Carmen.

—¿Se le va a olvidar, mijito lindo?

Prometí recordarlas siempre a las tres. Me acompañaron hasta el Zephyr y me despidieron con besos, abrazos y algunas lágrimas.

¿Tendrá nuestra Latinoamérica en su futuro a los hombres que revivan el espíritu de Bolívar, de Simón Rodríguez, de San Martín, José Martí, el Che?... No sé si vendrán pero, ¡este es mi pueblo!, pensé mientras viajaba.

Las rivalidades en las fronteras son parte de la estrategia imperial de separarnos, de que sigamos como tontos insultándonos cuando nuestro deber es respetarnos y protegernos, sintiendo orgullo y admiración de pertenecer a una cultura maravillosa de paz y laboriosidad.

Martes, 16 de agosto

Hasta Copiapó hay casi seiscientos kilómetros de una recta furiosa que, sin mirar a los costados, se dirige al sur; pero si miráramos a los costados, tendríamos siempre el mar a la derecha y a la izquierda la imponente cadena andina. Llegar a Copiapó es la jornada lógica, aconsejable, recomendable, pero mi locura por ver a Agustina aumentaba con cada metro recorrido, y mi deseo siempre era seguir más y más allá. Me acercaba a Santiago y recordaba los viajes que en los veranos hicimos con la familia para ver al Tata. El Tata era un hombre grande, o al menos así lo guardé en mi memoria, hablaba con voz de trueno y me decía:

—Dígame, compañero, ¿cuánto dinero tiene ahorrado?

Yo tenía seis años y después volvimos a mis nueve, recién cumplidos.

—No tengo nada, abuelo.

Nunca mis padres me dieron dinero por darme. Si necesitaba algo lo buscaban, pero darme dinero por el simple hecho de entregármelo era una novedad. Entonces arremetía contra mi padre, que reaccionaba riéndose.

—¡Mire, caballero! ¡Este pobre niño está en la ruina!

Y me daba un fajo de billetes que supongo no sería mucho pero me alcanzaba para ir al cine, al kiosco y comprar revistas, dulces, helados, mote con huesillo y siempre tenía billetes. Mi

primo Julito me pedía para cigarrillos y le daba, incluso, con la mejor intención le dije a mi abuelo:

—Tata, el chico Tagle está en la ruina, me pide para cigarrillos.

Pero en lugar de darle dinero lo corrieron por el patio para que explicara.

En las noches se realizaban, en el zaguán posterior, es decir en la galería que daba al patio trasero, grandes comilonas en una mesa gigantesca de madera de arrayán, que es un árbol inmenso y duro como la piedra, y decían que las patas de esa mesa tenían cimientos que se prolongaban tierra adentro. Siendo Santiago zona sísmica, si se producía un terremoto, la orden era correr y arrojarse todos bajo la mesa.

Mi familia cordobesa, mis tíos chilenos Carlos, Pablo y José, mis tías Juana Inés y Lukó, con sus respectivos esposos, don Julio Tagle y el poeta Mahfúd Massís, amigos pintores y poetas, todos tenían lugar en la mesa. Mi Tata se sentaba en una cabecera, la que estaba cerca de un baño y opuesta a la cocina, desde ahí daba las órdenes, que sus empleados y empleadas cumplían sin chistar y al instante. Yo odiaba la comida chilena, ahora me encanta, pero de niño la encontraba detestable: frijoladas, sopaipillas, cochayuyos, lentejas con pimienta picante, garbanzos con patas de puerco, ensaladas de cebolla y la cebolla hasta en los postres, y después de las comidas llegaban las frutas, brutales sandías, que en Venezuela llaman patillas, inmensos melones, duraznos exquisitos, ciruelas y damascos, esa parte sí la disfrutaba. Después del postre seguía corriendo el vino. Una y otra botella, y al vino chileno no hay que hacerle mucha propaganda porque sus méritos son conocidos en el mundo entero. Se conversaba y finalmente mi abuelo decía sus poemas. Lo conocían, y por eso lo escuchaban en el más respetuoso silencio. Yo nunca lo vi, pero me cuentan

que muchos de los comensales, incluso mi abuelo, se relajaban en las sobremesas al punto de amanecer dormidos recostados en la gran mesa, donde desayunaban y se empezaban a ir a sus respectivas casas.

Cargué gasolina en Taltal con la idea de almorzar en Chañaral, es decir que me fijaba la modesta distancia de cuatrocientos kilómetros para la mañana.

Mi abuelo se dio un tiro en la boca, recostado en su cama en el año 1968. Tendría unos setenta y cinco años y, sintiéndose enfermo, no quiso ser una carga para nadie. Tampoco tenía los remordimientos que podría sentir un espíritu religioso, al suponer que va en contra de los designios supremos, ya que siempre fue ateo. Pero por escéptico que fuese, en algún recodo de su ser debió estremecerse con la idea de que, una vez muerto, podría reencontrarse con su amor, Winett, mi abuela, la poetisa y compañera de lucha que había dejado de existir años atrás a causa de un cáncer. Él escribió un libro en China, invitado por su gobierno, y de regreso, el Partido Comunista de Chile lo invitó a un acto multitudinario y el viejo Pablo de Rokha habló maravillas de la revolución cultural de Mao Tse-Tung. Los chinófilos que lo escucharon a su vez lo invitaron a un acto de su partido y el Tata habló horas sobre las grandes virtudes del proceso soviético. Los chinófilos se lo callaron, pero al terminar un grupo se acercó y le dijeron:

—Se equivocó, don Pablo, se equivocó.

A lo que mi abuelo respondió:

—¡No me equivoqué, mierda! Mientras chinos y rusos estén en diatribas y peleas estériles, estarán traicionando a los proletarios de todos los pueblos del mundo.

Cuando ofrecía conferencias en Argentina, en épocas en que la policía ratona andaba detrás de pistas para ver quién era zurdo y meterle la mano, el viejo de Rokha, empezaba sus charlas de este modo:

—Para que no haya suspicacias o malentendidos, ¡anoten los policías!, diré de una buena vez que soy comunista, estalinista, trotskista, leninista y maoísta. Ahora vamos a hablar de las aberraciones del sistema capitalista y su efecto en el desarrollo de nuestro continente...

O cualquier otro tema. Esto desorientaba a los espías del gobierno que estaban acostumbrados a entresacar datos sutilmente de los discursos para hacer su diagnóstico de persecución y muerte.

En Chañaral, la gasolinera que está a la entrada de la ciudad tiene un restaurantito muy bien puesto, que por el costo de un litro de nafta, te sirven comida hasta hartarte. Comí cazuelas, es decir, sopas de verduras y de mariscos, tomé refresco con dolor, aunque en la mesa había una jarra de excelente vino tinto, pero no quería somnolencias posteriores y no tenía a mi lado a un Manolo que en pocos minutos resolviera la cosa.

Era pasadito el mediodía y Copiapó estaba a dos horas de viaje, a lo sumo estaría llegando allá como a las cuatro, y ese momento del día es bueno para viajar. No iba a quedarme allí, seguiría por lo menos hasta La Serena, es decir, trescientos cincuenta kilómetros más cerca de Santiago. Iría a la casa de mi tía Juanita Inés, de niño le decía: la Joao. Ella es la madre de mis dos primas más bellas, Sonia y Patricia. Verónica es linda e interesante pero estas eran dos auténticas hermosuras. Sonia rubia y la Pato de cabello negro, ambas de piel blanca, de altura similar y con un aire aristocrático intimidante. Lukó vive en Venezuela, Pepe anda con Patricia viviendo en distintos sitios de Europa, y Pablo y Carlos también pusieron fin a sus vidas. Sí, voy a molestar a mi tía Juana Inés, me quedaré en su casa.

Pasando Copiapó veo venir a un caminante, iba hacia el norte, llevaba un cartel a manera de poncho, que se leía por delante y por detrás y decía algo así como: “Voy por el camino que me muestra el Señor y acepto la ayuda que usted pueda

darme”, frené el carro y le grité si quería caña de azúcar, pero su paso no se modificó, siguió como obseso a paso casi militar. Grité de nuevo, pero el peregrino no pareció oírme. Seguí viaje y me atormentó ver todo lo que había caminado ese loco, seguramente vendría de Vallenar o de más abajo, tal vez de Santiago, ¡a ochocientos kilómetros de aquí! Tal vez el desierto lo había enloquecido ya. El sol te va ensordeciendo y encegueciendo, para finalmente hacerte perder el juicio y quedar a expensas del aire y la tierra salvaje, donde te consume el calor en el día y la noche te mata con grados bajo cero. Pasé Vallenar y llegué a La Serena como a las diez de la noche. Frente al malecón que da al puerto, cené en un bodegón muy atractivo. Pedí cazuela porque me había parecido muy rica y me trajeron una auténtica tinaja de barro llena de riquísima sopa en un caldo rojizo por los ajíes y los erizos, los locos y mejillones; no pude evitar el vino, porque esa comida lo exige y pensé que si me daba mucho sueño me quedaba a dormir en las afueras y mañana tranquilito pasaba por Santiago saludando a la familia. Pero fue mala estrategia. Saliendo no encontré hospedaje, seguí a sabiendas que Los Vilos estaba a trescientos cincuenta kilómetros de vía oscilante, el desierto cambiaba su forma y se transformaba en valles. Valles que yo imaginaba por la forma del camino pero nada veía ya a mi alrededor. Tal vez el vino y los mariscos me hicieron un efecto alucinógeno, porque de pronto veía luces que no existían, oía ruidos que no tenían ninguna explicación. Había curvas que no sé si las transité o si las soñé, de pronto en una serie de curvas escuché unos gritos descomunales y alcancé a ver dos o tres vehículos volcados y sus tripulantes ensangrentados y frené, pero al frenar las imágenes perdían fuerza y desaparecían para reaparecer, escuchaba el llanto de mujeres y niños pero no podía ser, estaba solo, en una carretera vacía y desolada. Nunca me había pasado eso, de dudar de mí al extremo de

detener la marcha para ver si lo que veo existe o si es producto de mi imaginación. Tal vez fue el desierto que había trastocado mis sentidos y lógico es esperar que el efecto cese fuera de él. Bajé el ritmo del auto siguiendo los consejos del sabio Ciro de Trujillo, encendí la radio y milagrosamente, digo esto porque en intentos anteriores había oído ruidos y más ruidos, repito, milagrosamente escuché claramente la voz del cantante español Julio Iglesias, nada más y nada menos que con una canción que me vinculaba directamente con mi Agustina: “De niña a mujer”. Fue cosa de encender la radio y escuchar su voz diciéndome que podía encontrarme en Córdoba, con alguien a quien le iba a costar reconocerme, porque hacía mucho que no me veía, porque tenía la barba y el cabello muy largos y ella tal vez, podría asustarse, porque su madre pudo haberle hablado mal de su padre. No sé, me dejé llevar por la canción y ese elemento mágico operó profundamente en mí. Se disiparon los temores, volví a la calma, estaba en mi Zephyr lleno de gasolina y yo llevaba el volante y nada me podía alterar porque entre mi carro y yo no había secretos ni dudas. La imagen de Agustina, su foto, su sonrisa cuando me viera llegar, dejaron de lado las voces extrañas y fantasmales que ya no volvieron, había curvas donde tenían que estar y si venía una recta la aceptaba como tal y si había que doblar, pues doblaba y ya, sin oponer resistencias ni rechazos.

“La quería yo tanto que al partir de mi lado ya sabía que la iba a perder... y es que el tiempo la estaba cambiando, de niña a mujer...”, nunca me gustó Julio Iglesias, lo juro, pero esta noche me tocó el alma.

Debía tener cuidado al entrar a Santiago. Había toque de queda y a partir de las siete de la tarde el transitar por la ciudad estaba prohibido. Yo pensaba sacar provecho de esa situación, iría directo hasta algún paco para pedirle que una patrulla me acompañara, debido a la disposición militar, hasta la dirección

de mi tía. Mataba dos pájaros de un tiro, quedaba bien con la queda y llegaba al lugar indicado. Pasaron Los Vilos, La Calera y finalmente Santiago. Sí, Santiago a las tres y media de la mañana. Golpeé la puerta del departamento y ella se asomó por la mirilla y se asustó al ver la patrulla, pensó que la vendrían a secuestrar o qué sé yo. No me reconoció pero me identifiqué y todo fue de perlas. Los funcionarios saludaron y se fueron con la satisfacción del deber cumplido y nosotros dos a conversar, mientras Juanita preparaba una cama para mí. No quise comer ni beber ni bañarme. Al acostarme vi la ventana, la misma ventana de atrás por donde salíamos con mi primo, el Chico Julito Tagle, a lanzarnos unos canastos. No sé qué le veíamos a ese juego, pero durante horas él me lanzaba el canasto a mí y yo lo agarraba en el aire y se lo lanzaba a él, ahí estaba la ventana, en el mismo lugar.

Miércoles, 17 de agosto

Mientras desayunábamos, la Juanita se reía narrando el susto que había pasado con mi llegada. Comíamos marraquetas con mantequilla, huevos fritos y varios quesos que sacó de la heladera, y me regañó cuando vio que le pasaba el pan al plato ya vacío.

—Eso no se hace aquí, Danielito. Se ve muy feo.

—Pues mi madre, tu hermana, me enseñó así y seguiré haciendo la gracia hasta que me muera.

De niño, yo limpiaba frenéticamente el plato para evitarle a mi madre tener que lavarlo. De verdad creía que ella se evitaría ese trabajo y me quedó la costumbre. Ya nunca podré dejar algo de comida en el plato. Mi padre argumentaba también que la comida despreciada es la que alguien está dejando de comer, y que un comunista... bla, bla, bla. En fin, limpio el plato con el pan.

—He telefoneado a la Silvia, a la Marilú, a Julio Tagle, se mueren por verte.

—¿Y vendrán ya mismo?

—No *pu*, vendrán para el almuerzo.

—Lo lamento en el alma, tía, pero voy saliendo hacia la frontera en este mismo instante.

—Chucha que eres cabro leso, *pu*. Ya los invité y te traen hartas cosas.

—Guárdamelas. Cuando pase de regreso... si es que paso, me las das.

Debido al costo de la nafta, ya hacía cálculos de volver a La Guaira por Bolivia o por la selva brasilera. Besé a mi tía y salí disfrutando de la belleza de Santiago, sus parques y avenidas, sus bulevares y callecitas encantadoras. Inmediatamente estaba subiendo la gran montaña: Los Andes, que en el sur se elevan magníficamente.

Habiendo recorrido unos setenta kilómetros me detiene una barrera, me bajo para ver qué significaba aquello y el carabinero me explica que no había paso y que posiblemente no se podría subir en varios días. Yo no terminaba de entender, no podía ser que, después de semejante esfuerzo, un trozo de hielo se interpusiera entre Agustina y su viejo. Salí de la garita desconsolado y me senté en la capota del carro a digerir la información. A los minutos llegó un auto argentino, un Torino blanco, como los que usaba la cana asesina, con dos muchachos. Me acerqué a ellos.

—Hola, dice el paco que no hay paso arriba, que no puede dejar subir a nadie.

—Nosotros tenemos cadenas, no hay problemas.

Se referían a las cadenas que se colocan en las ruedas de tracción para no resbalar en el hielo.

—Díganselo. Si ustedes pasan, yo voy detrás.

Entraron a la casilla y discutieron un rato. Salieron resignados, pero al igual que yo no abandonaron el sitio.

—Dice que hay una pared de hielo que no se puede sortear.

—¿Eso es ginebra?

—¿Querés un trago?

—Dame.

—Che, ¿y si le damos ginebra al poli? Debe estar muerto de frío.

—Probemos.

Levantando la botella le grité al carabinero:

—¿Gusta un traguito?

Se sonrió el funcionario y entró a buscar un vasito. Los muchachos se reían con la estrategia. Empezó la conversa sobre cualquier cosa mientras el paco bebía y bebía esa cañita. Ya lo tuteábamos y le hacíamos bromas y el señor ríe que ríe y toma que toma. Después de varias tentativas y medio borracho, nos dijo:

—Suban y háganse mierda, *po*. Yo los espero aquí, *wenes*, ¡ya los voy a ver bajando, *pus*, *wones*!

Wen es la síntesis de la palabra güevón, es una decantación casi perfecta del sonido de la palabra, lograda a través de muchos años de pronunciación exhaustiva. El Torino iba adelante ya que los muchachos decían que el motor había sido adaptado para el frío y que su rendimiento mejoraba al bajar la temperatura, unas mangueras especiales aprovechaban los gases de yo no sé dónde y lo transformaban en energía y no sé cuántas boludeces más. Yo los seguía a una distancia prudencial, aunque en realidad no veía el motivo para el temor del vigilante, ya que la subida era fuerte, pero nada que no pudiera hacer el motor seis en línea de mi Zephyr. Después de una hora subiendo, empezamos a ver montones de nieve a los costados de la vía y un poco más adelante la nieve lo cubría todo, excepto la línea por donde subían los carros. La montaña descomunal abría cañadones que dejaban ver los picos nevados alejándose hasta el infinito. Por aquí anduvo San Martín y su ejército a caballo, ¡carajo!, empujando cañones y ganado entre la nieve, sorteando la montaña marrón y gris con vetas negras y rojas del hierro y los metales que la conforman, la montaña dura y fría. Los Andes verdes y floreados corresponden al trópico, aquí el paisaje es desmesurado, árido y brutal, brutalmente hermoso, imponente, glorioso. Se empinaba la subida y

los cauchos empezaban a resbalar en el hielo, que estaba por todas partes. De pronto y al salir de una curva creí ver el fin del mundo, el caminito se transformaba en una explanada como de veinte metros de ancho, como un gran patio de hielo y al fondo, a unos setenta metros, una inmensa pared de hielo que bloqueaba totalmente el paso. Había dos o tres empleados de tránsito, vestidos con anoraks, zapatos con clavos y pasamontañas que nos recriminaron con gritos el haber subido. Nos dijeron que mantuviéramos encendidos los motores y que ni se nos ocurriera frenar. Yo no había escuchado bien y al pisar los frenos vi aterrado cómo el auto bajaba resbalando hacia un abismo insondable. Uno de ellos corría a mi lado dándome indicaciones y controlé, con los nervios de punta, la situación. Y así estuvimos un rato que se hizo infinito, no sé, tal vez una hora, hora y media. Estábamos atrapados en una trampa mortal. Uno de los muchachos del Torino llegó resbalándose, me dio un sánduche de milanesa y volvió al toro, no sin caer antes un par de veces. Yo no sabía qué forma tomaría esto, era obvio que por allí no pasaría nadie, la pared de hielo tendría unos seis o siete metros de altura, pero ocurrió. Primero llegó un sonido sordo como de centella en la tormenta y el hielo que se empieza a quebrar, los trozos de hielo pasaban con violencia entre nosotros, los funcionarios nos tranquilizaban con señas, mientras trepaban la ladera a nuestra izquierda. El ruido aumentaba y al fin una máquina con pala mecánica apareció entre los trozos de hielo que después de golpearlos caían al vacío. El maquinista no esperaba vernos, tal vez si hubiera sabido que estábamos allí, habría trabajado con mayor cuidado, pero la máquina estaba frente a nosotros y no dejaba de ser una alegría. Hizo marcha atrás y volvió con la pala arrastrando escombros de hielo regados por el suelo y los empujó casi hasta tocarnos. El paco tenía razón, nuestras vidas peligraban y estábamos interrumpiendo el trabajo de esta gente. Varias

veces fue y vino la inmensa máquina rodando con orugas monstruosas y finalmente los funcionarios subieron y desaparecieron todos, sin darnos indicación alguna. No sabíamos si meternos por la trocha que había abierto la trascabadora, nos mirábamos sin saber qué hacer y cuando intentamos acercarnos, apareció un autobús moderno, de dos pisos, detrás de él, un camión y otro, y vehículos livianos y más autobuses y camiones, fue pasando ante nosotros una caravana como de veinte minutos. Cuando se hizo la quietud y el silencio, los muchachos del Torino se animaron y entraron en el sendero de hielo, nieve y tierra. Al rato llegamos a la aduana chilena, yo esperaba una reprimenda por haber engatusado al carabnero, pero al contrario, siendo los únicos transitando en ese momento, con rapidez sellaron nuestros papeles y salimos a la nieve a buscar dónde alojarnos, hubiéramos seguido, pero el túnel estaba cerrado. En el tremendo hotel Portillo cobraban trescientos dólares la noche, lo cual resultaría económico para los turistas suizos, alemanes y norteamericanos, ya que el importe incluía clases de esquí, baños calientes con masajes y un sinfín de maravillas, pero para nosotros, para mí al menos, resultaba un costo absolutamente de ficción. Frente al inmenso hotel, había una hostería de tres pisos pero que se veía solamente el último, ya que las dos primeras plantas habían sido cubiertas por la nieve. Entramos resbalando, bajando por un túnel de hielo, hecho con palas. Aquí las cosas estaban a nuestro nivel, por dos dólares nos daban cama en literas, y por tres se incluía una cena, ¿qué opciones podía haber? Llevamos los carros a un tremendo galpón donde duermen las máquinas y allí sacamos el agua de los motores, colocando en su lugar, líquido anticongelante. Pensé que mi Zephyr no necesitaría eso, pero los argentinos, que sabían mucho de todo esto ya que hacían siempre el viaje recomendaban hacerlo porque si no..., mil bobadas. Compré el líquido y lo pusimos. Nos fuimos al

refugio a comer y luego a hacer unos trucos, mientras corrían los mates, los chistes y las chanzas. Al rato estaba cansado, quería estar solo. Saludé a todos y me retiré a la habitación compartida. Creo que el viaje me había hecho más huraño de lo que soy. Sabía que estaba con gente muy buena, pero no veía el momento de reconcentrarme con mis propósitos, con mis mapas, con mis dibujos y anotaciones de viaje donde voy registrando aquellas cosas que considero importantes, contando el dinero y calculando hasta dónde llegará, trazando metas y viendo lo ya recorrido. Después de todo eso y tratando de conseguir el sueñito, escuché todavía un rato las risas y los gritos típicos del juego.

—¡Real envido, tengo!

—¡Falta un vidrio, compañero! ¡Falta envido!

—¡Paso y truco, che!

—¡Quiero y retruco!

—¡Mierda que estás cargado, negro!

—¡No te asustés que te estoy mintiendo, cagón!

—¡Quiero vale cuatro!

—¡Tenés el macho, hijo de puta!

—¡Agarrá, dale, gritón!

Corrí la cortina de la ventana que estaba al lado de mi litera o cucheta y vi la masa blanca. Yo estaba en el primer piso, es decir, enterrado en la nieve, cerré la cortinita por aquello de la claustrofobia. Cada camita tenía como quince colchas, apenas podía levantarlas con todas mis fuerzas. Estaba calculado así y si retirabas algunas por comodidad, sentías cómo el cuerpo se iba enfriando hasta congelarse. Me dormí feliz, sabiendo que al otro día estaría con mi Agustina, en Córdoba, mi ciudad.

Jueves, 18 de agosto

Desayunamos en el refugio y fuimos al galpón a buscar los autos. Les quitamos el líquido anticongelante a los motores y en su lugar pusimos agua hirviendo. El Zephyr encendió al instante, como siempre, pero el Torino con todo y sus sistemas especiales para el frío, no quería arrancar. Lo empujábamos para allá y para acá y nada. Amarramos el toro a mi carrito y de tanto intentarlo al fin y después de una media hora larga, prendió. Cruzamos el túnel de Las Cuevas y llegamos a la aduana argentina. Unos meses antes, los militares argentinos eran intratables, pero parece que la guerra de Las Malvinas los había tranquilizado. Ya hacía mucho habían perdido la guerra social y la económica. Habiendo perdido militarmente ya no servían para nada y lo sabían. Los funcionarios parecían azafatas de tan gentiles. Les dije que iba a Córdoba para estar un par de semanas y regresaba a Venezuela, entonces me explicaron:

—Si te sellamos la entrada en las hojas visibles, tendrás que ir hasta Buenos Aires para renovar el pasaporte, esa es la nueva norma. Vamos a sellarte detrás de la última página por si necesitas mostrar el ingreso, pero si sales por tierra, muestra tu cédula y te evitas ir hasta la Capital Federal.

Me sirvieron mates con criollitos, que hacía años que no comía, sellaron el tríptico del carro y bajamos hacia Mendoza

con la idea de ir hasta la casa de los muchachos, que prepararían un asado bien potente y mucho vinito de Tunuyán. Con un dólar compraba seis litros de nafta. En Venezuela compraba veinte, pero comparada con el precio de la chilena, era un regalo. Cuando llegamos a la casa de los mendocinos ya estaba adelantado el fuego, nos esperaban con costillares, vacío, morcillas y chorizo, vino don Valentín y pan casero. Festejamos a lo grande la travesía. Vinieron los mates y las despedidas. Agarré por La Paz y San Luis. El camino era muy bueno y la gente sumamente respetuosa de las normas de tránsito. Yo había salido de Argentina teniendo veintidós años y aquí había viajado mucho, pero siempre en tren o en ómnibus o a dedo, pero nunca manejando yo, y recordaba en las reuniones sociales a los hombres que siempre se jactaban de llevar sus coches a doscientos treinta o doscientos cincuenta kilómetros por hora, tenía ese recuerdo y entré a las rutas argentinas con esa preocupación, pero evidentemente era un mito. En general los vehículos llevan promedios muy sensatos de entre ochenta y noventa kilómetros por hora. Viajando yo a ciento veinte, pasaba a todo el mundo y recordaba que en Venezuela viajando a esa velocidad, te pasa hasta el que reparte la leche. Allá sí se corre, y no veo esto como una virtud, pero es así. Aquí se habla mucho más de lo que se hace y allá se habla menos y se hace más. En tres horas y media llegué a San Luis, preferí seguir por debajo de la Sierra de Comechingones, es decir, por Villa Mercedes, donde empezó la lluvia. En esta época de mediados de agosto se mete siempre una tormenta que viene de la Patagonia y le dicen el Santa Rosa; pues yo me agarré el Santa Rosa completo y así como en Chile tenía el océano siempre a mi derecha y la montaña a mi izquierda, aquí tenía para todos lados, izquierda y derecha, grandes extensiones de tierra cultivada, que ahora las nubes, el viento y los relámpagos estremecían. Es ley que a los lados de la ruta haya alambradas,

y las hay, pero la gente aprovecha todo y desde la alambrada hasta el camino también está sembrado. Durante todo el trayecto se ven constantemente los silos, los tractores trabajando la tierra, el ganado y los camiones que van y vienen. No importa la hora ni la inclemencia del clima, se trabaja siempre. Como a las ocho, retrasado por la lluvia y ya oscuro, llegué a Villa Mercedes. Pregunté por la salida hacia Río Cuarto y de ahí hacia el norte pasé por Villa María, de donde es mi tía Raquel, luego Oliva, Río Segundo y finalmente y a las doce de la noche casi en punto, entré a Córdoba. Me dejé llevar por la ciudad, me pareció inaudito preguntar direcciones en mi propio pueblo y dejé que el auto transitara tranquilo las autopistas con la certeza de que pronto sabría por dónde entrar. Después de un buen rato dando vueltas y vueltas, no tuve más remedio, me detuve a preguntar. ¡Cómo había cambiado Córdoba en estos años! Ya orientado, fui volando.

Detuve el carro frente a la casa de los Martínez, es decir, los padres de la Flaca. Había aumentado la lluvia y hacía un frío espantoso. No había comido nada desde el asado del mediodía, pero no tenía hambre. Dentro de la casa se veía una lucecita encendida pero me daba mucho miedo molestar. No sabía si la niña, mi Agustina, me reconocería o si la Flaca al verme me cerraría la puerta en la cara, ella nunca fue muy predecible, podía correr y colgarse de mi cuello con un abrazo o insultarme y pedirme que me vaya. Si hacía esto último, me iría a la casa del Quique o a la del Boboto o a la del tío Héctor, y mañana iniciaría las acciones para estar junto a mi niña. Escuchaba Radio Universidad y esperaba, tal vez, que cediera un poco la lluvia que caía con furia, pero nada. No estaba molesto por la situación, disfrutaba el momento rehaciendo las vicisitudes del viaje y mirando a mi lado la meta final.

Si me gritan, que me griten. Si me sacan a empujones, que lo hagan. Yo voy a golpear ahora la puerta.

Bajé del carro y corrí hasta el porche de la casita de la calle Asunción en el barrio Júnior, a media cuadra de Larrea. Me pegué a la puerta para escuchar algún sonido y en efecto, oí conversaciones que vendrían del televisor. Golpeé la puerta y al momento abrió la Porota, la madre de la Flaca. Yo tenía la barba larguísima y un gorro pasamontaña, es decir que mi cara casi no se veía. La Porota se asustó un poco al verme, pero en seguida supo quién era. Al fondo, casi al lado de la puerta que va hacia la cocina, estaba Agustina. Cuando se abrió la puerta, la niña me miró y dio un solo grito, dijo:

—¡Papá!

Y corrí hacia mí para abrazarme y así estuvimos, yo de rodillas y ella ahí, abrazándome, besándonos. La Porota dijo:

—¡Pero bueno, che, entrá de una vez que hace frío!

Ya estaba todo dicho. Era bienvenido. La Flaca no estaba, había salido con unos amigos, de peñas. Sabía que yo podía llegar en cualquier momento, pero eso no significaba que me estuviera esperando.

—¿Y dónde vas a dormir, che loco?

Me dijo la Porota, como abriendo la posibilidad de hacer campamento en la casa. Don Martínez salió a saludar y volvió a la cama.

—No sé.

—En el cuarto que era de la abuela, allá en el fondo, la Alicia tiene su taller y en el bañito que está al lado hay una colchoneta. Arreglate ahí el dormitorio, che, mirá que yo estoy cansada, ¡estas no son horas de llegar, eh! Agustina, ahí hay unas sábanas y unas cobijas.

Agustina corrió a buscar las cosas y juntos fuimos al fondo a arreglar mi bulín. Guardé el vehículo en el garaje y empecé a sacar los regalos para la niña, en fin, todo. La habitación del fondo es independiente del resto de la casa, puede entrarse por la cochera. Allí estaba el mesón que yo mismo había diseñado

y realizado con hierros cuadrados y el tablón de arriba que el “Pancho” Di Mauro me había dado. Estaban los cuadros que toda la vida colgaron en mi casa, los dibujos de Saavedra, los óleos de Gogna, los dibujos del negro Ponce, las maderas pintadas de Campitelli, los dibujos chinos de caballos, otros con bailarines de la ópera de Pekín, retratos de mi madre, las máscaras y otros trabajos míos de la escuelita de artes, ¡los libros! Cajas y cajas y muchos de ellos sueltos y apilados en el bañito, algunos húmedos, inservibles y otros irremediabilmente dañados. La Flaca hizo lo que pudo. Cuando se vendió la casa pudo haberse desentendido de todas esas cosas de nuestra familia, pero se tomó el trabajo de llevarlas a la casa de sus padres. Yo llevaría a Venezuela muchas de estas cosas y las demás, irían yendo después.

Con Agustina armamos el teclado y lo conectamos con su respectivo regulador de voltaje, sonaba espléndido. Le había llevado también un televisorcito pequeño, portátil, que también tenía reproductor de casete, radio y no sé qué más. Se puso a tocar el pianito, dibujaba y conversábamos sin parar, me contaba de sus amigos, me dijo que me había ido guardando dibujos en una carpetita y me los entregó. Había algunos muy lindos, entre ellos uno de Batman y Robin corriendo, que mostraba gran dinamismo. La Flaca llegó como a las tres de la mañana, vio el carro en la cochera y se vino directo al taller. Había tomado vino, por lo que venía suave. Ya estaba terminando en la escuelita de artes y tenía muchos proyectos. Estaba iniciando un noviazgo con un muchacho boliviano que varios años atrás había pertenecido al grupo Puca Huara, muchachos que llegaban de Bolivia a estudiar en la universidad de Córdoba y hacían muy buena música. Compañeros de Canto Popular, un movimiento de jóvenes músicos que surgió en Córdoba y a nuestras reuniones venían músicos de Rosario y de Buenos Aires, incluso León Gieco, que ya era famoso en

esa época. El mismo que en una de sus muchas, hermosas canciones, nos dice “solo le pido a Dios que la guerra no me sea indiferente”, y volviendo a los bolivianos, algunos de ellos, camaradas del Partido Comunista, militando desde la célula de escritores en la editorial Sol Urbano.

Me puso al tanto de la vida y obra de mis amigos, del Cachilo, del Mono Chiri, de mis primos Quique, Boboto y la Gordi. Fuimos a ver el auto, se sentó al volante y preguntó:

—¿Cuántos kilómetros hiciste hasta acá?

—Un poco más de diez mil.

El Zephyr sucio y aun transpirando el cansancio, tenía un aire noble y se veía bien. Era de color ladrillo.

—¿No me llevás a dar una vuelta?

—¿A dónde vamos a ir a esta hora?

—¿A cuál peña querés ir?

Había olvidado la característica de la noche cordobesa, que sin discriminar el día de la semana que fuese, estaba activa siempre.

—Mañana vamos a alguna peña. Ahora demos unas vueltas por el centro y me vas explicando la ciudad, que ya no la reconozco. Mirá, ya casi no llueve.

Agustina dormía en la colchoneta, abrazada al pianito. Salimos.

19 al 27 de agosto

Dormí toda la mañana del viernes, como desde mucho tiempo no hacía. Si hubiera tomado la decisión de llevar el carro en tren hasta Santiago, hoy a la tarde estaría saliendo de Arica. Viajar en el auto fue más caro, pero mucho más rápido y efectivo. Ahora tenía que reponer dinero para el regreso. Yo había calculado cuatrocientos dólares para la ida y otro tanto para la vuelta, pero gasté quinientos cincuenta viniendo. Me quedaban doscientos cincuenta y para el regreso necesitaría quinientos como mínimo. Había que buscar unos trescientos dólares como fuese. Agustina estaba en la piscinita jugando con agua y la Porota le decía a la Flaca:

—¡Ay, Alicia, decile a esa niña que entre! Mirá el frío que hace y esa loca jugando con agua. ¡Es igualita al padre de loca esa chica, che!

—Agu... ¿vamos a jugar con el piano? ¡Vení, Agu! Bueno, dejala que ya le va a dar frío.

Le pedí a la Agustina que me acompañara a la casa de mis tíos. Quería verlos y averiguar si había carta de Venezuela.

—Decile a tu mamá que te cambie, mirá, estás toda mojada.

Tenía las manos heladas y las mangas del pulóver estaban empapadas. Había arrojado muchos juguetes al agua de la piscinita.

Las calles que de muchacho tantas veces había caminado, ahora las hacía en el auto, parecía otra ciudad. Anduvimos por la Colón, subimos por General Paz hacia el parque Sarmiento, visitamos los museos. Volvimos por Olmos y 24 de Septiembre, agarramos por la avenida Patria, que ahora se llama avenida de los Libertadores. Estacioné frente a la casita de los tíos y enseguida se llenó de vecinos y amigos saludando, preguntando, mirando y elogiando el carro.

—¡Che, qué bárbaro! Se ve que te va bien en Venezuela, ¿eh? ¿Te estás llenando de guita, che?

—Nada de eso. Este no es un auto caro allá, es económico, pero tiene un motorazo seis cilindros.

—¿A ver, che?

Y le abrían la capota para curiosear. Les conté a mis tíos las aventuras del viaje, les entregué unas cositas que les llevaba de regalo y les dejé la inquietud sobre mi necesidad económica para el regreso. Había una carta de Estrella tranquilizándome sobre la salud del cabezón. No había tenido sino una crisis leve. Algunos proyectos habían sido aprobados para arrancar en el período de clases, en los primeros días de octubre, di un respiro. Cómo me gustaría estar con Estrella y con Agustina juntas... pero qué lejos están una de otra. Supongo que lo mejor es amar, que la persona que te tiene lejos, sepa que la amas con toda el alma, entonces lo digo, lo digo una y otra vez aunque... esas palabras nunca se entienden bien si no van acompañadas por hechos que les den sentido. Pero igual hay que decirlo. Al lado de la casa de mis tíos está la que fue nuestra casita, donde me crié y donde vivimos con Agustina, durante su primer añito. El mono Chiri se había casado con la Graciela y tenían un varoncito un poquito menor que la Agu. Nos subimos al auto y nos fuimos al centro de diversiones del parque Sarmiento. La Agu se moría de miedo en la estrella, o sea en la rueda gigante, pero gritaba feliz. Los

niños comieron helados, algodón de azúcar, golosinas y refrescos. La Flaca dijo:

—Basta ya de malcriarla, cuando te vayas va a pensar que soy una bruja que no la saca a ningún lado.

No le hice caso porque esos días eran absolutamente para mí y nadie iba a cambiar eso. Caminamos por el parque y el Mono sacó la viola. ¡Qué bien toca la guitarra el Chiri! Qué fácil que resulta cantar cuando el que te acompaña lo hace tan bien. Pues cantamos todo nuestro antiguo repertorio. Sin el flaco John, que estaba viviendo en Entre Ríos, pero felices cantando con mi niña, en mi ciudad, con amigos entrañables. Entonamos las viejas canciones de Sui Géneris, de León Gieco, de Almendra, Arco Iris, Pescado Rabioso y algunas propias. Graciela cebaba mate.

De regreso pasamos por una casita vieja que no había cambiado en absoluto con los años. Detuve el carro y le dije a la Agus:

—Mirá esa casita. Ahí llevaba yo el periódico *Nuestra Palabra*, todos los meses en la bicicleta de mi hermana. Mi viejo militaba en el PC, pero él estaba siempre de viaje, y cuando don García llegaba a mi casa con el manojito de periódicos, quien los repartía era yo, y entre la lista estaba el señor que vivía ahí, Hernández, tenía una herrería y una radio con onda corta, donde escuchaba las noticias del mundo entero.

Esa noche fuimos a la peña del Chito Ceballo. Nos ubicamos en una mesa cerca del escenario y pedimos vino y empanadas cordobesas, es decir, rellenas con un estofado de carne que muy difícilmente se puedan comer sin chorrearse entero. Ricas y jugosas empanadas. Al pasar la hora de los artistas, los espontáneos suben a la tarima y como todo el mundo conocía al Mono, tenían rato jodiendo para que subamos. Cantamos hasta podrirnos y allá es así, si cantás, tenés vino y empanada gratis hasta reventar. Agustina dormía a lo largo de tres sillas.

De ahí nos fuimos a la peña El Alero, cerca del Cerro de las Rosas, y la cosa se repitió, y de ahí no sé dónde. Llegamos a casa en la madrugada para volver a dormir toda la mañana.

El “Tano” Serra me recomendaba inflar los cauchos más de lo normal, decía que con poco que aumentara la circunferencia, habría un gran ahorro de combustible. Zabalita preguntó si tenía algo que vender. Le dije que no, pero la Flaca dijo que yo traía un mameluco nuevo, casi sin uso, que podía costar fácilmente cien dólares. Circulaban los mates y los vasos con vino chileno provisto por doña Carmen, se jugaba al tute cabrero y se buscaban soluciones a mi déficit económico. Me dice el tío Héctor:

—Negro, ¿qué día te vas de vuelta?

—El martes 6 del mes próximo. Parto a la madrugada.

—¿Y no te harías una función en la salita de Tucumán ese mismo día a la tarde?

—Desde luego.

—Dejame ver, les puedo pedir cien dólares a las tucumanas.

La Flaca habló para hacer una función a borderó en la salita que está en la plaza de los artesanos y vendió el mameluco. Resucité algunos títeres muy viejos que estaban en la casa de los Martínez y mi tío me dio unos que me faltaban, entre ellos un diablo hermoso.

Ya estaba tranquilo, con el dinero recogido más las funciones colocadas en Córdoba, Tucumán y Lima, en el teatrillo de los Aramayo, llamado La Cabañita, tendría suficiente para llegar a La Guaira.

Esa noche fuimos a cenar a la casa de Efraín Saavedra, hermano de Luis, gran dibujante y profesor mío en la escuelita Figueroa Alcorta. Me lo había encontrado al Saavedrita en la calle y nos invitó a cenar empanadas hechas al horno. La temperatura del horno estuvo lista cuando arrojó un manojito de

papeles hacia adentro y al piso cayeron hechas ceniza, entonces entraron las bandejas llenas de empanadas. En la cocina, la Keli hacía las ensaladas. Mientras esperábamos, brindamos con buen vino y lo acompañamos con quesito, aceitunas y berenjenas escabechadas.

—Mirá, negro, aquí la cosa se puso muy fea... y muchos tuvimos que decir cosas que no hubiéramos querido decir... ¿Me entendés? Había que sobrevivir.

Y la sobremesa se hizo dolorosa. Por eso me fui de este país, Efraín, por no aguantar persecuciones y el horror de ver cómo el ejército se ensañó contra su propio pueblo. Todos los días caían amigos, Burnichón, Basán, la esposa de Forti, Abad, la Iudicello y tantos otros.

La guerra sucia consistió en combatir no a la guerrilla, sino a la familia de los guerrilleros, es decir, a un pueblo indefenso y desprevenido. Estar en la agenda telefónica de alguien que tuviese un amigo en la guerrilla era un pasaporte al más allá. La policía y el ejército, activos las veinticuatro horas del día, secuestrando, torturando y dando muerte a cientos y cientos de seres que creyeron la utopía latinoamericana de un mundo mejor a través del socialismo, a través de un orden más equitativo y justo. Toda esa hermosura de gente fue a parar al fondo del mar, con cemento en las piernas o enterrados en fosas comunes o como Burnichón, arrojado a un aljibe y allí dinamitado, pero abrazando y cubriendo con su cuerpo de hombre fuerte y buen bebedor del mejor vino, a su hijo para protegerlo de la explosión. Por eso lloro contigo y te comprendo, Efraín.

El viernes salimos tempranito a las sierras. Era pleno invierno, pero quería mostrarle a la Agu el lugar donde su padre quería esparcir sus cenizas. En este río pasé momentos maravillosos en mi juventud y quiero que en estas mismas aguas, sea donde mis cenizas se reencuentren con la tierra. Una gente había dejado las cenizas de un asado y tomé un poco y las

fuimos arrojando, yo en broma, pero la Agus empezó a lloriquear y entonces me dejé de vainas y sacamos de los bolsos los sándwiches de milanesa, el refresco y el vino, y caminamos por el agua entre las grandes rocas de Cabalango. Cuando volvíamos por la autopista, Agustina me preguntó por mis padres.

—Che, papá, ¿vos de quién sos hijo, eh?

—El Lalo y la Lala también viven en Venezuela, en Caracas, pero ahora están en Europa, tuvieron problemas y allá están, tratando de rehacer el amor, es difícil, pero ambos lo están intentando.

Esta y tantas preguntas que me hacía mi hija me demostraban que ella me necesitaba, que tenía interrogantes esenciales. Le hablaba de cada una de las personas importantes en mi vida y su curiosidad era inmensa. Saber que tenía un hermanito le encantaba, un hermanito de dos años, que saltando de banco en banco de la plaza del barrio La Capilla de Catia La Mar, se abrió la boca de un golpe contra el cemento y la Agus soñaba con curarlo y mimarlo como si fuera una muñeca.

—¿Y vos te vas a volver a Venezuela o te vas a quedar acá, eh?

28 de agosto al 5 de septiembre

Volviendo de Cabalango sentí que el auto saltaba demasiado en los baches y pensé que estarían agotados los amortiguadores, dejando el peso sobre los espirales de la suspensión. Fuimos con Agustina a recorrer talleres pidiendo el mejor presupuesto, hasta que llegamos, en Alta Córdoba, al taller de un antiguo compañero de la secundaria, el flaco Gambacorta. Él no los cambiaría, sacaría los amortiguadores para abrirlos, cargarlos con aceite y los volvería a cerrar con soldadura. Dejamos el carro y caminamos rumbo al centro de la ciudad. Pasando por la catedral compré un par de colgantes con piedras nacionales, uno para Estrella y el otro para Violeta, de Huaso. En una esquina de Rivadavia, en un barcito bien coqueto, veo un rostro conocido, nos acercamos con Agu y no lo podía creer. Allí estaban todos, los del círculo de escritores, el puma Daniel Curado, el flaco Jorge Felipa, Jorge Torriglia, el gordo Roberto Maldonado Costa, instintivamente busqué a la oveja Juan Enrique Solá, pero él no estaba. Nos dimos un abrazo emocionado. ¡Cuántas noches pasamos pegando afiches en el *jeep* destartado! ¡Cuántas veces nos leímos poemas insufribles! Pero con el estoicismo del militante sacrificado y generoso. A la mujer de Torriglia le decíamos Ternura y ella también aportaba su trabajo en la construcción de una poética de la revolución. Maldonado Costa se acompañaba bien con la viola, por lo que les ponía música a sus poemas, tenía esa ventaja

sobre el resto. El Puma había publicado algunos poemas con los escritores consagrados de la docta, como Salsano y Víctor Hugo Lellín y eso le daba jerarquía, el flaco Felipa era un laborante incansable, anotaba cualquier imagen que se le viniera a la cabeza, en su libretita y cuando encontraba una frase con buen sonido, te la repetía una y otra vez, con acento casi de tango. El que no estaba, Juan Enrique, la oveja, reivindicaba un apellido que la familia quería tapar, por su origen negro, Solá, se apellidaba Bongiovanni, pero él insistió en llamarse Solá. Juntos hicimos una exposición con dibujos míos y sus poemas, en la Facultad de Economía de la Universidad de Córdoba, invitados por el amigo, Galo Luvecce.

Con los muchachos hablamos un buen rato y de paso almorzamos en el lugar, milanesas con papas fritas, que suena glorioso y lo es, pero es uno de los platos más económicos aquí en el sur. Me preguntaron sobre Venezuela y yo a ellos sobre tantos amigos comunes del partido y de Sol Urbano. La nena se cansó de la reunión y como ella era la que mandaba, salimos caminando rumbo a la 24 de Septiembre. Tenía sueño o cansancio o ambas cosas, por lo que la cargué a cococho hasta la casa. En el taller de la Flaca siguió durmiendo. Ayudé a la Flaca, con unas xilografías que tenía que presentar. Ella hizo un rostro de perfil y yo una mujer desnuda, sentada en el suelo, mirándome. La Porota trajo *La Voz*, la lanzó a la mesa y dijo:

—Ahí tenés un compatriota tuyo, che, un loco venezolano, se va a presentar esta noche, al frente de la catedral. Mirá la cara de loco que tiene.

—¿A ver, Porota?

Era Manuel Jaramillo, el Juglar de Venezuela, en realidad se pintaba la cara de un modo muy particular y posaba con mucha jactancia para la foto.

—Levantá a la negrita que salimos ya, mirá que tenemos que ir en ómnibus.

Yo conozco a Manuel, debe estar invitado por algún festival, pero es seguro que no ha calculado el frío de Córdoba en esta época. No lloviznaba ni venteaba, cosas comunes entre agosto y septiembre, la noche estaba fría pero liviana, y el aire muy limpio dejaba ver el hermoso cielo estrellado mostrando imponente la cruz del sur. Frente a la catedral, Manuel hizo el gran círculo con los asistentes, se sentó en el centro y empezó a maquillarse, hizo reír a la gente con sus ocurrencias con el monociclo, luego pasaron los niños presentes, Agustina entre ellos y jugaron a hacer la inmensa culebra, sujetaron globos de colores con cintas de papel de seda, las cuales fueron lanzadas al aire al unísono, para ver embelesados cómo subía aquella carpa improvisada al cielo cordobés, como una gigantesca anémona cósmica. El Juglar contó un cuento sobre los niños que vuelan con sus barriletes y dio por terminada su jornada. Fue muy aplaudido y alegre, vino a cargar a Agustina para saludar con ella en brazos al público que ya se levantaba para retirarse. Nos abrazamos con el querido amigo, pero no pudimos llevarlo a tomar cerveza porque los organizadores de la gira tenían sus minutos contados.

—Daniel, tengo algo que criticarte: cuando tú estás de viaje, Estrella desaparece. ¡Eso es injusto!

Manuel corrió a la camioneta que lo esperaba y al llegar a ella sacó por la ventanilla una inmensa bandera de mil colores y se fue gritando.

—¡Esta es la bandera latinoamericana! ¡La bandera de la alegría!

Bajamos caminando, bordeando el río Primero, pasamos por donde hubo una vez un circuito de kartings. Recuerdo que chocamos con el mono Chiri en una curva antes de llegar a la meta, los dos quedamos fuera de carrera y algo golpeados.

—Pasado mañana te vas... ¿Te acordás cuando nos fuimos juntos a Venezuela, a finales del 77?

—Claro, ¿no hace tanto, no? La nena tenía diez meses...

Ese año, lo habíamos pasado entero en Córdoba. Ese año murió mi abuelo, el “Pancho” Di Mauro, en el asilo, la enfermera-novia llamó a mi tío Héctor y tempranito fuimos allá. El viejo tenía una profunda expresión de felicidad. Ella debió estar acariciándolo cuando dejó el mundo. Mi tío y la Teresa, su última mujer, con quien tuvo un niño, vendieron la casa del Pancho y la Teresa se fue con el Rubencito a Mendoza, desde entonces no sabemos nada de él. Con algo del dinero de la venta de la casa, le mandamos a hacer una placa de mármol y la colocamos en su tumba. A finales de ese 77 me llevé a la Isolina a Venezuela. Recuerdo a mi abuela como a una de las personas más excepcionales que haya conocido, poseedora de una moral inflexible, de una creatividad maravillosa, de un humor extraordinario y de una claridad ideológica que ya muchos revolucionarios quisieran para sí. Cuando fuimos a la policía federal para retirar su pasaporte, que ya antes habíamos tramitado, la aleccioné debidamente, le dije que se portara bien, que ese era un lugar extremadamente peligroso, que se limitara a firmar y a retirar el documento, ¡y nada más! Subimos por Ituzaingó y a dos cuadras de la sede policial ya había barricadas y gendarmes apostados con fusiles y ametralladoras de todos los calibres. Entramos por un portón blindado pesadísimo. En la ventanilla el funcionario fue muy escueto, pidió el papelito con la cita y el número de trámite y al instante trajo el pasaporte. Ya todo estaba en su lugar, pero la Isolina no se aguantó, se había estado conteniendo y de golpe lanzó toda su furia contra esa casta funesta que oprimió con violencia salvaje y les gritó:

—¡Asesinos!

—Abuela, acordate de lo que convinimos.

Ella lloraba de rabia y yo nada podía hacer para cambiar aquello, guardé rápido el pasaporte y la abuela siguió:

—¡Son todos unos asesinos! ¡Se están masacrando ustedes mismos a nombre de la bestia del Norte! ¡Traidores!

Ya más tranquila dejó que la abrazara y salimos. Vi de reojo a los guardias que se tragaron los gritos, imperturbables. Pudieron habernos matado, torturado, desaparecido, pero tal vez los sorprendió la energía que brotaba de aquella mujer excepcional y respetaron esa dignidad indoblegable. Mi abuela, la flaca Isolina, se había dado el gustazo de insultar a la bestia en su propia casa. Me temblaban un poco las piernas, apenas vi un taxi nos subimos y respiré profundo.

Agustina pidió helado y se lo compramos. La Flaca le dijo:

—Andá despidiéndote de estas malcriadeces, ¿eh? Pasado mañana se va tu viejo y se te acaban los mimos.

—Si mañana te dan el auto, papi, yo te acompaño.

Ese lunes fue de asesoramientos frenéticos. Hablé con amigos que supieran del estado de las vías, con los funcionarios del automóvil club. Todos coincidían en que el camino de Bolivia que va por la montaña estaba intransitable. Toda la vía desde Villazón hasta Oruro bloqueada, sellada por el hielo. No quedaba otra, había que aventurarse por la selva para salir a Santa Cruz de la Sierra. La Flaca me trajo unas direcciones de amigos de su novio, de Santa Cruz, de Cochabamba y La Paz.

—Por cualquier cosa, llámalos, ellos te conocen, ¿no te acordás del “Lucho” Fernández? El rubio alto que estubo de novio con tu prima, con la Mónica y de Gonzalo, le dicen el Gringo, ese que llevaste al Sol Urbano, porque te mostró unos poemas, tengo una foto donde estás abrazado con él, tomá, llevásela. Acá está también el teléfono de Pepa, la prima de Carloncho.

Me dio las direcciones y los teléfonos. Tenía cuatrocientos dólares en el bolsillo secreto, cien me darían las tucumanas después de la función y dinero para llegar hasta la frontera, calculando una noche de hotel en Tucumán. Estábamos

abrazados los tres. Agustina sabía que en la mañana ya no estaría y un poco nerviosa me preguntaba cosas del camino, no entendía bien las distancias, quería que viniese más seguido a verla. Se durmió mientras la besaba y le pasaba los dedos por el cabello.

—¿Te acordás, Flaca, cuando te presté el libro de Erskine Caldwell, *Gretta* y te dije que así se llamaría nuestra hija?

—Qué pesado que fuiste, ni siquiera nos conocíamos.

—Pero cuando me devolviste el libro me dijiste que te parecía bien.

—Me refería al libro, no a tener una hija con vos. ¿Pusiste las revistas de tu abuelo? ¿Las revistas *Multitud*? Mirá que tu vieja las puede querer.

—Sí las puse. Y ya dejá de pensar en eso, no cabe ni un alfiler en el maletero.

—Dirás en el baúl.

—En el maletero, en Venezuela se dice maletero y ya estoy un poco allá.

—Bueno, ahora dormite que mañana te despierto a las cinco, ¿dijiste a las cinco, no?

Noté que le temblaba la voz y la vi secándose unas lágrimas. Sí, lloraba, me mojó la boca al besarme.



Arriba izquierda: Laura de Rokha, madre de Daniel, Córdoba, 1972.

Arriba derecha: Daniel y Estrella, Macuto, 1980.

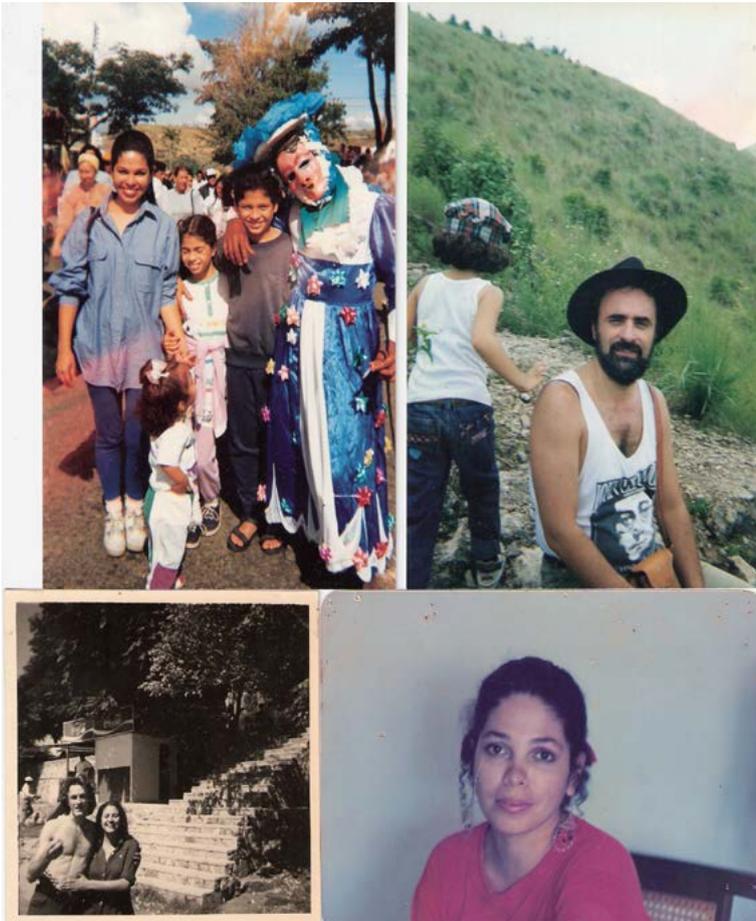
Abajo: con pantalones largos Estrella, La Guaira, 1971.



Arriba izquierda: Eduardo Di Mauro con las integrantes del grupo El Duende, Tucumán, 1971. Arriba derecha: Estrella en La Guaira, 1978. Abajo: tres paisajes de Bolivia.



Mauro Alejandro, Catia La Mar, 1983.



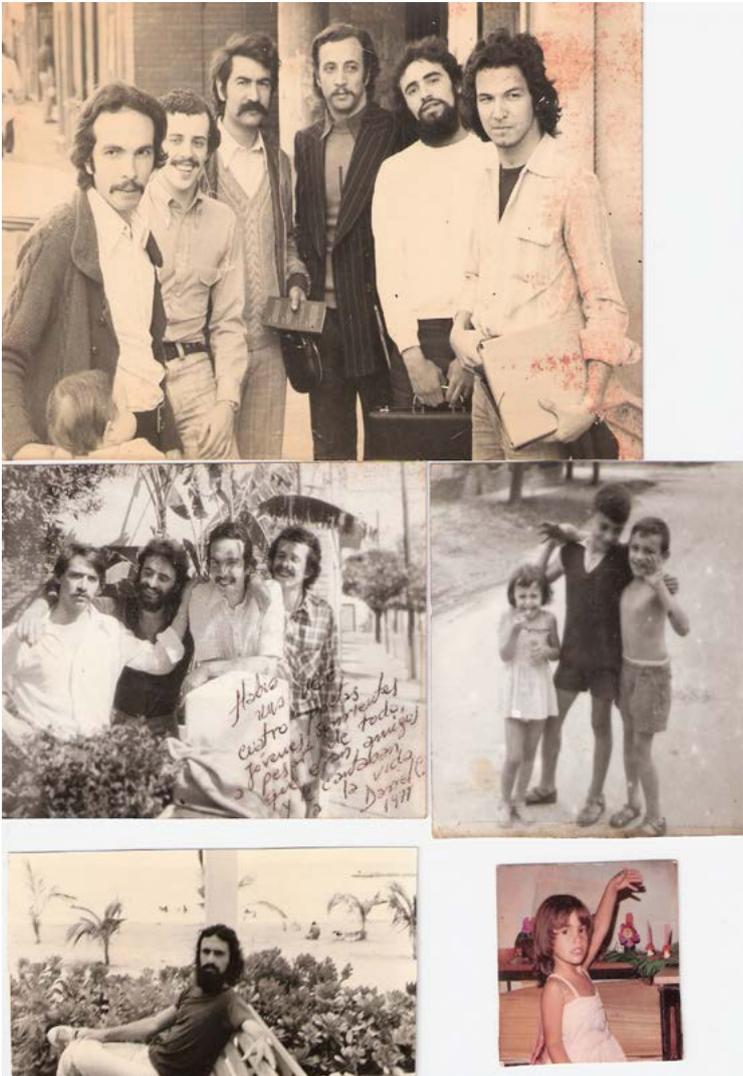
Arriba izquierda: Estrella, Mariana, Fabiana y Mauro Alejandro con un bailar de Zaragozas de Sanare, 1987. **Arriba derecha:** Daniel en Valencia, 1985. **Abajo izquierda:** el flaco John y Liliana, Cabalango, 1971. **Abajo derecha:** Estrella, Valencia, 1990.



Arriba izquierda: Tío Pepe, Santiago de Chile, 1961. Arriba derecha: Eduardo y Laurita. Abajo izquierda: Estrella en La Guaira, 1983. Abajo centro: Hermanos Ana y Daniel, Comodoro Rivadavia, 1958. Abajo derecha: Daniel con Mauro Alejandro, Macuto, 1980.



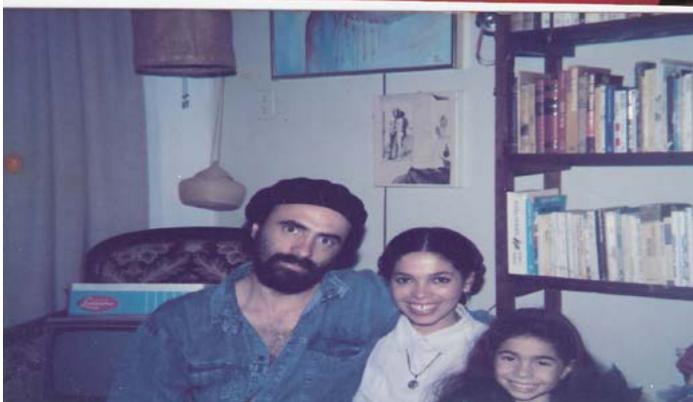
Arriba izquierda: Estrella en Playa Colorada, 1979. **Arriba derecha:** Daniel en Macuto, 1979. **Medio izquierda:** Pablo Spadari en Catia La Mar, 1983. **Medio centro:** Florcita, Córdoba, 1972. **Medio derecha:** arriba Roberto y abajo Daniel, Macuto, 1978. **Abajo izquierda:** Estrella en La Guaira, 1983. **Abajo derecha:** Daniel con Greta, Córdoba, 1977.



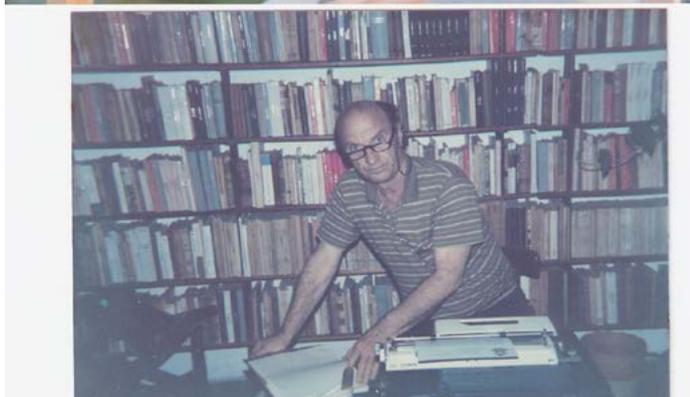
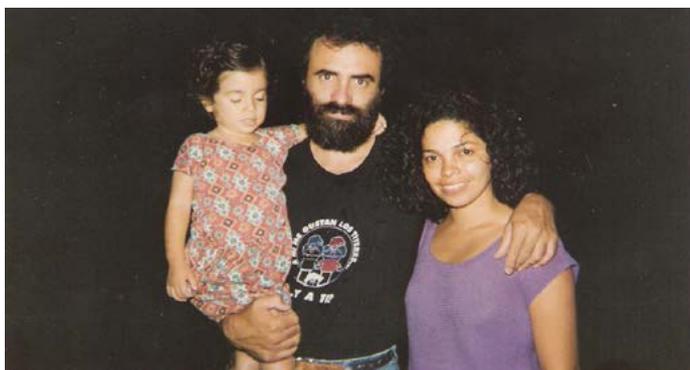
Arriba: camaradas escritores del grupo literario Sol Ediciones, Córdoba, 1977. Medio derecha: primos Mónica, Pablito y Daniel al medio. Medio izquierda: camaradas del Sol Ediciones. Abajo izquierda: Daniel, Boca de Uchire, 1979. Abajo derecha: Greta en Córdoba, 1981.



Arriba izquierda: Ana, Córdoba, 1986. **Arriba derecha:** tío Carlos "Pelado" Jaimes en Córdoba, 1968. **Centro:** Greta en Córdoba, 1980. **Abajo:** Estrella y Daniel en Playa Colorada, 1979.



Arriba: Alicia, Daniel, Pablo, Laura, Daniel del Pratto, Lidia, negro Lara y Tomy en Córdoba, 1971. **Medio:** primos Quique y Daniel en Córdoba, 1983. **Abajo:** Daniel, Estrella y Fabiana en Valencia, 1990.



Arriba: Mariana, Daniel y Estrella en Chuspa 1993. Medio: Greta en Córdoba 2003. Abajo: tío Héctor en Córdoba 1993.



Arriba: Quique, Héctor, Rodolfo y Daniel en Córdoba, 2006.
Medio: Patricia y Laura en Santiago de Chile, 1995.
Abajo: abuela Isolina y Daniel en Valparaíso, 1961



Arriba: Estrella en Caracas, 1990. Abajo: Flor, Mónica y Carlos en Quito, 1983.



Arriba izquierda: arriba Daniel en Valera, 1986. Abajo: Daniel y Cachilo en Cabalango, 1963. Arriba derecha: Daniel, sobrino Maximilien, Luciano, Rodolfo y otros. Abajo: Quique, Carlos y Ricardo en Caracas, 1975.



Arriba y abajo: Greta (en la crónica Agustina) en Córdoba, 1981.



Daniel en Froilán (Zephyr, auto de la crónica), 1983.



Javier Villafañe, Laura de Rokha y Daniel Di Mauro, 1976.



Laura, Eduardo, Daniel y Ana.

Segunda parte

Martes, 6 de septiembre de 1983

Poco antes de las cinco de la mañana la Flaca vino a despertarme. Me preparé para el viaje, ahora hacia el norte. Todavía estaba oscuro, Agustina dormía, le llené la cara de besos. Hacía frío, la abrigué. Con la Flaca estuvimos un rato abrazados, le dije que me gustaba cómo estaba formando el carácter de la niña, que me entendiera si me retrasaba en los envíos de dinero, le deseé suerte con su pareja y salí a la ciudad. Córdoba estaba hermosa, yo paseaba por sus calles solitarias buscando la salida hacia Ojo de Agua. La carretera en muy buen estado y mi carro eran un buen equipo de viaje. Otra vez en la vía, con la cabeza dándole vueltas y vueltas a pensamientos que iban de lo abstracto hasta los detalles insignificantes. No niego que me seducía este repentino apartarme de todo, dejar atrás las ciudades y sus vicios, embotellamientos, violencia, corrupción, burocracias, luchas por el poder, juegos de influencias, acomodados, adulancias y todo ese mar de seres envilecidos por la supervivencia. La carretera es limpia, ella te muestra la maravilla de la existencia, arenas, pantanos, ríos, campos arados, pastizales, arboledas, cielo azul, tormenta, todo limpio, todo puro y la gente que la transita, gente sencilla, los pueblerinos con sus machetes en la mano, por si encuentran buena leña o como defensa, las muchachas que corretean jugando entre ellas, con las feromonas agitadas y en ebullición, las ancianas que regresan, luego de largas caminatas, trayendo bolsas con

semillas de molle, albahacas, menta, poleo, berro, espinacas y tantas cosas, que la tierra le brinda a quienes la conocen, a quienes saben dónde están las vertientes, los manantiales, a quienes saben de las variedades de árboles, arbustos, líquenes, insectos, aves. Se vinculan con la naturaleza en un eterno acto de respeto y relación productiva. Son las aglomeraciones las que nos hacen ir perdiendo las cualidades esenciales, y al hacinamiento parecemos destinados en Latinoamérica. Nuestros países con sus capitales superpobladas y luego estos paraísos de agua y tierra, deshabitados y abandonados a su soledad. Los ladrones, los bandidos, vendieron nuestras patrias y dejaron a sus pueblos a la deriva y las multitudes van migrando a las ciudades, en busca del sustento. Ya llegará el día, en que desarrollemos nuestras comunicaciones, hagamos productivos nuestros campos, explotemos nuestras riquezas de petróleo, estaño, cobre, aluminio, hierro, pero no para exportarlos como materia bruta, sino procesándolos y utilizándolos en nuestras industrias. Pero da risa y dolor ver a nuestros gobernantes presumiéndole al Fondo Monetario Internacional, al Banco Mundial o al Interamericano de Crédito, como ratas insaciables, buscando dinero a cambio de lo que sea y a pesar de eso, volviendo con las manos vacías y una larga lista de órdenes que cumplir con la promesa de efectivo.

La Flaca me preparó unos sánguches de milanesa, y como a las nueve de la mañana me detuve pasando Ojo de Agua, ya encaminado hacia Santiago del Estero, para comerme dos de ellos con café caliente. Santiago está como a cuatrocientos kilómetros de Córdoba. El Zephyr viene devorando la ruta y los amortiguadores repotenciados aumentan la comodidad, la seguridad del auto en el camino y la economía, porque preservan los neumáticos, ya que estos se golpean menos en los baches. Compré mucha agua mineral y mantuve mi buen promedio. Al mediodía desde Santiago, telefoneé a las tucumanas y me

confirmaron que me esperaban, que la función era a las cuatro de la tarde en la salita estable del teatro El Duende.

A las dos y media estaba entrando a San Miguel de Tucumán y me fui directo al teatro donde las muchachas ya habían armado el teatrillo. Yo viajaba con títeres pero sin repertorio, ya que esto de hacer funciones en el camino fue una necesidad y no algo planificado.

Cuando mi padre volvió de su viaje por Europa en el año 60, inició un trabajo profundo en esta ciudad para instalar aquí la primera sala estable del país. Toda la familia se vino a Tucumán en el año 61 y nos trajimos a la Isolina, mi abuela, con nosotros. Yo tenía siete años y el segundo grado lo cursé en San Miguel. A la mañana, tempranito, íbamos con mi hermana a la escuela, y a la tarde, después de hacer las tareas, nos trasladábamos al teatro de títeres que quedaba en un inmenso colegio de cuatro pisos, San Francisco. Todo el último piso estaba destinado a los títeres. Los salones daban a un gran patio central y en los salones se distribuían, la dirección, un taller de producción, un aula que se usaba como taller de creatividad para los alumnos de esa misma escuela, la sala de espectáculos, construida totalmente de forma artesanal, donde los reflectores, estaban hechos con latas de dulce de durazno, las lámparas, los cortinados, adornos, todo realizado con las manos de Alba, Blanca y María Teresa, claro, con la ayuda de Carlitos. Se trabajó intensamente y los resultados ratificaron que el camino, era el correcto. Durante muchos años en que los festivales que se organizaban en Argentina fueron competitivos, la Escuela de Tucumán obtuvo casi todos los premios. Todavía trabajan y esperan a mi padre, que más que director, es su guía espiritual.

Con Ana nos sentábamos a ver los ensayos que muchas veces se hacían eternos. Recuerdo que trabajaban algunas obras de Chejov, teatralizaban con los guiñoles los poemas

del *Romancero Gitano* de Lorca, casos mímicos, diálogos, escritos por Roberto Espina o Alejandro Jodorowsky. A veces me acodaba en la baranda a mirar el patio, ya vacío y oscuro, del inmenso colegio o me sentaba en las mesas del taller a dibujar. Siempre tuve la impresión de que las maestras de la escuela del títere de Tucumán, organizaban todo a la perfección, claro, con la ayuda del motor llamado Carlitos Vaca, fotógrafo, artista plástico, hombre tremendamente ingenioso y de refinadísimo gusto.

Pues así resultó la función, cada detalle había sido considerado. El teatrillo armado y a las cuatro en punto de la tarde, los niños entrando para ver el espectáculo. Hice *Las aventuras de Juan Grillo*, que es una adaptación que realizó mi padre para títeres, basada en el cuento de Enrique Wérnike, *Las aventuras de Hans Grillo*. Después de la función fuimos a comer riquísimo, a la casa de los Vaca, aunque Carlitos y Alba cenaban solamente puchero de verduritas bien cocidas y sin sal. Bueno, cenamos tempranito porque yo seguía viaje. Alba me dijo:

—Tenemos todos los materiales que tu padre me ha pedido para la puesta en escena de *El baile de Teodorico*.

—Albita, ¿cuándo te pidió mi viejo esos materiales?

—Hace unos años.

—¿En qué año exactamente?

—Ya te digo, Danielito. Fue en octubre... del 75.

—¡Hace ya ocho años! Y vos todavía lo estás esperando...

—Tu padre nunca nos ha fallado y si me decís que no viene, ya me echo a llorar.

—Bueno, dejémoslo así. Pero empiecen ustedes a montar el texto.

—Yo lo conozco muy bien y sé qué quiere hacer, pero prefiero esperarlo. Tenemos todo listo para empezar a trabajar en lo que llegue.

Carlitos inyectó un pensamiento:

—Yo le he dicho ya que podríamos empezar el trabajo.

—Vamos a esperar a Eduardo ¡nuestro director!

Carlitos frunció la boca y levantó las cejas en señal de resignación y gestualizó dándome a entender que sería imposible cambiar esa decisión.

Me insistieron en que me quedara a dormir. Solo acepté la invitación a darme una ducha. El bañito parecía una salita de titeres, lleno de adornos y detalles de organización que estremecían, pero la ducha, por ser ellos tan bajitos, resultaba incómoda, pues estaba diseñada para la hermosa pareja, Alba, Carlitos y para la mamá de Alba que es más bajita que ellos. Tuve que arrodillarme para lavarme la cabeza en la ducha. Como había sido convenido me pagaron con dólares en billetes pequeños, para ir cambiándolos en Bolivia.

Ya a las ocho de la noche estaba enrumbado hacia Rosario de la Frontera. Tucumán ha desarrollado combustible a base de alcohol de caña de azúcar y desde el momento en que uno entra a esa provincia, empieza a sentir el aroma etílico, que al principio sorprende y molesta, pero finalmente uno se va acostumbrando. Cuando entré a tierras salteñas, extrañaba ese olorcito a caña brava que tiene medio borrachos a todos los tucumanos. Seguí hasta Metán, donde encontré, a la vera del camino, un hotelito que me pareció acogedor, y con poca plata me instalé en un lindo y bien equipado cuartito y lo más importante, con cochera.

Hice cálculos económicos, puse los cuatro billetes de cien dólares en el bolsillito secreto, los cien dólares en billetes de cinco, en el bolsillo para monedas del pantalón y en el bolsillo derecho, el dinero argentino.

Fui al comedor, donde había varios grupos de personas, entre ellas camioneros que tienen un conocimiento exacto de las condiciones del camino. En la barra le pregunté a uno en voz alta, por el estado de la ruta hacia La Paz, haciendo énfasis

en que viajaba a Venezuela. Este hombre mostró interés y a los pocos minutos tenía un nutrido auditorio donde todos opinaban. Varios hablaron:

—Hasta La Quiaca se llega bien, pero desde Villazón en adelante el camino está bloqueado.

—Sí, tiene cerrado ya como veinte días.

—Andate por Pocitos, pibe, yo sé de algunos *jeeps* que se han aventurado por esos caminos.

—No te vayás a ir por la montaña, hijo, tiempo perdido. Vas a tener que volver a Tartagal.

—Otra posibilidad es pasar a Chile, por Las Cuevas.

—Sí, debe cruzar por el sur. El paso por Salta también está cerrado. Este año el invierno fue frío, muy frío, mijo.

Agradecido y ya sin dudas, me fui a descansar, con la certeza de que nuestros países están hechos a espaldas de sus fronteras. Claro, en las líneas divisorias se producen economías activas, con gente que lleva unos productos y vuelve con otros, pero son iniciativas en pequeña escala, no es el interés de cada país, activar ese intercambio, dinamizarlo, estimularlo, facilitararlo, mejorar las vías. Resulta mejor importar de Estados Unidos o de Europa, lo que probablemente tiene nuestro vecino. Compramos de allá y nos interesa venderles a ellos, que nos llenan de gravámenes, por tener una industria y una experiencia comercial más antigua y agresiva.

Estoy seguro, debemos fortalecer nuestros vínculos para crecer como continente soberano. Los que miren al Norte para encontrar los modelos de desarrollo, estarán viendo espejismos, los mismos que vieron Huáscar y Atahualpa, creyendo encontrar en Pizarro un ejemplo de honestidad y honradez.

Miércoles, 7 de septiembre

Eran las cinco de la mañana, apostado en el portón de la cochera, un viejo vendía café y sándwiches de miga. Le compré varios cafecitos, que fue poniendo en una botella vacía de agua mineral y ahí mismo agarré carretera hacia la encrucijada, como quien va a General Güemes y en el camino fui comiendo los sándwiches de milanesa, que todavía quedaban en el paquete de papel madera. Como a las seis y media de la mañana, pasaba por el punto donde un camino, el de la izquierda, iba a La Quiaca y a la derecha, por Pocitos... Pues allá voy, a la incertidumbre de los caminos selváticos que llevan a Santa Cruz de la Sierra. A media mañana transitaba la ciudad de General San Martín. Paré a cargar combustible, para no hacerlo ya hasta el lado boliviano, pues desde allí hasta la frontera tenía un recorrido de unos trescientos cincuenta kilómetros de buen camino, es decir, casi un tanque completo y no quería recorrer territorio boliviano con nafta argentina porque aquella es más barata y de mejor calidad. El muchacho que atendía la gasolinera leía el diario y se reía con sencillez, con la noticia donde el Fondo Monetario Internacional enumeraba las condiciones para aprobar un nuevo préstamo:

—Acá está, hambre y más hambre. Y todo este robo terminaremos pagándolo nosotros. Ellos se endeudan y los beneficios no se ven, ¡pero eso sí, nosotros somos los que pagamos!

¿Cómo? Pues con hambre y más hambre. ¿Te lleno los bidones?

—No, así está bien.

Da gusto ver cómo el pueblo detecta su problema pero no pierde el humor. ¿Cuáles eran las condiciones para la ayuda? Las mismas de siempre: abrir los mercados, eliminar obstáculos para el ingreso de sus productos, reducir el gasto público, estimular la inversión, garantizarles a los capitales foráneos la posibilidad de explotar al trabajador sin las mínimas prerrogativas, privatizar todo, comunicaciones, transporte, servicios de gas, agua, energía, es decir, todo, todo... Y el hombre a su debido silencio. Y nuestros genios de la economía les hacen el juego fácil con teorías sobre aquello de que el Estado no es un buen administrador. Lo repiten una y mil veces y dejan al pueblo a expensas de los grandes capitales, salvajes, inhumanos y voraces. Solito Fidel, allá en el Caribe, nos enseña todos los días, lo que es la dignidad y la solidaridad, solos frente al mundo, él y su pueblo, son un canto de esperanza, no solo para nuestro continente, sino para el mundo, que mira impotente cómo las grandes transnacionales se reparten el planeta comprando continentes como si fueran adornos para el patio de sus casas, como si fuéramos todos mercadería.

—¿Cuánto hay hasta Tabacal?

—Unos doscientos kilómetros. Yendo suave se lleva las tres horas, vas llegando a mediodía.

Compré más agua y seguí viaje, me comí el último sanguichito de milanesa con la idea de almorzar en Bolivia. Tengo el teléfono de unos amigos, Aldo y Felisa Saavedra, que viven en Tartagal, pero la frontera está cerca y mi ansiedad va en aumento.

Como a las cuatro de la tarde llego a Pocitos, con el tanque casi vacío, paso el lado argentino con la cédula y la libreta de

enrolamiento, tal como me habían dicho en la frontera con Chile, en Las Cuevas. Del tríptico sacaron la página correspondiente, vinieron el saludo y las advertencias de que los caminos bolivianos son peligrosos en extremo, que ni se me ocurra viajar de noche, que busque alojamiento en Pocitos y que mañana bla, bla, bla. Salí rugiendo al lado boliviano, ahora sí, con el pasaporte y todo lo demás, ellos me dirían la verdadera situación del camino. Sellaron los documentos y el oficial salió conmigo a ver el vehículo en el cual yo viajaba.

—¿Y esa es su movilidad, amigo?

—Sí, es mi carro.

—¿Y usted ha viajado antes con él por aquí?

—No, nunca antes.

—Ya lo suponía.

Entró riendo y comentando que yo no llegaría a ninguna parte en ese auto. Me senté con ellos y les expliqué que ya no había posibilidad de regresar, que estaba haciendo un viaje así y asá y que la única alternativa para mí era entrar a esa carretera y salir por La Paz hacia Puno.

Entre burlas y chanzas buscaron mapas, hicieron croquis, explicaron que debía seguir siempre los cruces a la derecha, que si no, te vas a Sucre y allá te empantanas, que no había carteles ni letreros ni nada. En fin, después de convidarme un matecito de coca, salí al pueblo, Yacuiba, había una estación de trenes muy linda y un camino hermoso. Eran ya como las cinco y media de la tarde y empujé al Zephyr por el camino, bello y majestuoso con árboles a ambos lados. El problema fue que el camino tenía exactamente dos kilómetros, después de los cuales se entraba abruptamente a un sendero de tierra que, primero me hizo pensar que se trataba de un tramo en reparación de la vía, pero terminé aceptando que ese y no otro, era el camino hacia la capital industrial de Bolivia, la pujante

Santa Cruz de la Sierra, hacia las ruinas de Samaipata, fortaleza de los incas, ante el empuje de las tribus de la selva boliviana y brasilera.

Recordaba casi con nostalgia los caminos del norte peruano, en los que fuera del paso de los ríos, el camino terroso tenía forma aplanada. Aquí la huella se complicaba con acercamientos incomprensibles hacia las laderas de los cerros, donde el auto iba inclinado a punto de caerse de costado, de pronto hondas huellas de fango y piedras, donde trataba de transitar por las partes altas de la senda, pero cayendo sin piedad en las zanjas. La empacadura del múltiple, que es el punto donde los gases del motor se van hacia atrás por el tubo de escape, el mismo que había ajustado en Quito y en el norte peruano, a los pocos minutos ya se había desajustado y el motor rugía salvajemente. Mi cabeza era un caos, el temor se unía a la necesidad de superar las adversidades, se unía también a mi suposición de que esto era una situación pasajera. En ese trance miraba hacia fuera y veía la trocha por donde iba, me costaba entender el paisaje ríscoso, salvaje y rebelde por el que años atrás anduvo el “Che” Guevara organizando la guerrilla, aquí se podía intuir la fuerza y la potencia de una naturaleza indoblegable.

En Yacuiba no quisieron venderme más de treinta litros de nafta, y eso porque supliqué. El tope de venta a los vehículos con placas extranjeras son veinte litros, ya que muchos argentinos vienen a llenar sus tanques beneficiándose del precio y calidad del combustible, pero ante esta situación no tenía claro qué forma tendrían las gasolineras por aquí, ya que me costaba imaginarme una en este terreno, que más que para automóviles parecía ser transitado por tractores o burros y mulas. Me daba terror ver cómo bajaba la aguja del tanque y no saber dónde reaprovisionar. Anocheció y el camino empeoraba, seguía la huella entre enfebrecido y alarmado. No veía la salida a la situación, sino por el contrario, su agravamiento.

Pasaron horas sorteando charcas y pantanos gredosos, ya no tenía entorno, ahora estaba sumergido en la oscuridad y solo veía la huella delante de mí, las zanjas de barro y pedregullo. El carro saltaba y caía golpeando el tanque, y ya me imaginaba el tubito subiendo tanque adentro y yo postrado ahora en la selva, y aquí no vendrían Jorge y Gerardo a socorrerme, aquí sería alimento de vaya a saber qué bestias de esta espesura, de esta jungla singular e indomable. De pronto creí ver una luz y detuve el auto, el motor roncaba como afónico y quebraba el silencio del entorno. Por momentos parecía que la había soñado, pero reaparecía con fuerza. Sí, no hay duda, una luz entre los ramajes, entre los árboles y a la distancia, una luz que palpitaba, que oscilaba, que desaparecía y volvía a brillar. Cuando la tuve cerca, apagué el carro, bajé, anduve unos pasos y grité, un grito que tal vez quiso proyectarse virilmente, pero que salió casi como un bramido ululante.

—¡Eeeyyy! ¿Hay alguien?

La oscuridad era tal, que casi no veía el auto a pocos metros. Volví a gritar y se oyó un ruido, como de una puerta de madera crujiendo. Se veía la silueta de un hombre con un machete en la mano, que bajaba el sendero hacia donde estaba yo.

—Buenas noches, ¿se le ofrece algo?

El hombre estaba extrañado de aquella visión, tenía un rostro amigable y eso me devolvió la confianza.

—Voy camino a Santa Cruz, vía Camiri... ¿Voy bien?

—Venga, amigo, venga a tomar una sopa y le explico.

Llegamos al ranchito, en pocos minutos su mujer puso la mesa en la galeriíta fuera del rancho, la luz que yo veía era un farol que colgaba de un palo puesto a manera de columna que sujetaba el alero. El hombre me explicó que era camionero, que se estaba tomando unos días de descanso, que conocía muy bien todos estos senderos y que, en efecto, iba bien, a unas dos

horas de viaje encontraría el pueblo Villa Montes, donde podía pasar el resto de la noche.

—Entrando al pueblo verás una casa grande, con una tranquera de maderas, lo abres y entras. Ahí las mujeres cuidan la movilidad y tú podrás descansar. Claro, si ellas te dejan hacerlo. Ja, ja, ja.

Me vendió veinte litros de nafta y mandó a la mujer a buscar otro bidón a la casa de unos vecinos. Bajamos hasta el carro, colocamos el combustible y después de un apretón de manos, seguí viaje, el tortuoso rastro hacia el norte. Pasadas las diez de la noche llegué a Villa Montes. El prostíbulo se erguía imponente a mi derecha, las luces brillaban dentro. Cuando abrí el cerrojo para empujar el portón, ya había un par de muchachas en la puerta abierta esperándome con risitas. Entré el carro, vi que había recorrido ciento veinte kilómetros desde la frontera. Ciento veinte kilómetros que me exigieron cinco horas de viaje, observé que había transitado, promediando, los veinticuatro kilómetros por hora. Lo cerré, me acerqué a ellas y les pregunté si allí estaba seguro. No hubo respuestas, solo risas. Cuando les pregunté sobre el costo de la noche, una de ellas me empujó hacia adentro. La otra cerró con llave, siempre riendo.

Jueves, 8 de septiembre

Todavía de noche abrí el portón. El motor sonaba como una gigantesca matraca, las muchachas reían y arrojaban besos despidiéndose. Al vestirme imaginé horrorizado que las chicas me habían robado mientras dormía, pero allí estaba todo, el dinero en el pantalón, el bolsillito secreto, los colgantes, todo.

Boyube estaba a ciento cincuenta kilómetros y si el promedio es de veinticuatro kilómetros por hora, estaría llegando como a las diez de la mañana. Villa Montes había quedado atrás, el camino empeoraba, y para mi sorpresa, un cartelito improvisado anunciaba un desvío y tenía dibujada una flechita hacia la derecha. Seguí la flecha, había una especie de sendero que de pronto desapareció y quedé en la noche. En medio de la nada me interné por donde supuse podría ser la vereda, con la nefasta suerte de entrar lentamente a un pantano profundo donde el carro empezó a hundirse, y con movimientos desencajados, y como pude, apagué el motor y abandoné el auto saltando por la ventanilla y cayendo al lodo. Salí del pantano, embarrado hasta casi la entrepierna, subí una lomita y desde allí, sentado y desolado, contemplaba el contorno del trasero del Zephyr y la parte delantera hundida hasta los faros. La silueta era cada vez más nítida debido a que amanecía y la claridad me mostraba mejor la situación. Empecé a caminar por los alrededores, llegué hasta el cartelito y seguí la flecha nuevamente. No había dudas, hacia el otro lado del camino había una quebrada con un arroyo

abajo. Volví al carro empantanado, entré a él trepando el maletero para ensuciarme menos. Lo encendí, pero era imposible, las ruedas traseras giraban en el lodo y se enterraban cada vez más. Salí, esta vez por el techo, y escuché un motor. Al momento se acercó un viejo con su *jeep*.

—¡Buenos días!

—¡Buenos y santos, señor! *Qui mi li* ha pasa'ó. *Ista* movilidad *nues* pa' estas tierras, pues.

Amarramos los carros con una soga gruesa que portaba el señor. Subí nuevamente para ponerlo en neutro y salió haciendo un chasquido. Seguí al viejo por donde debí transitar temprano, hasta que retornamos al sendero. Nos despedimos y el viejo se fue alejando en su movilidad.

Unos pocos kilómetros más allá, una colla hacía señas pidiendo aventón. Paré y subió. Una señora gorda, muy robusta, se sentó taciturna en el asiento del acompañante. Yo le hablaba y ella afirmaba o negaba con gestos rápidos.

—Por aquí mataron al “Che” Guevara, exactamente en el pueblito de Higueras. ¿Usted conoce Higueras?

Mueve la cabeza afirmativamente.

—¿Y por casualidad, usted sabe cuánto falta para llegar a Boyuibe?

Mueve la cabeza negativamente.

—Salí de Villa Montes hace ya como cuatro horas, pero perdí una hora en el desvío, yo calculo que estamos como a una media hora de Boyuibe.

La miro y hace un gesto neutro, como que no entendía lo que yo decía o que no le importaba la cuestión. De cualquier modo, yo me sentía más seguro con ella, si había que empujar el carro en un pantano o cualquier otra cosa, al menos es alguien para compartir el dolor. Al rato llegamos a un control militar, me pidieron los papeles, me hicieron bajar.

—¿Y ella? —pregunté señalando a la señora.

—Ella puede esperar en la movilidad.

Entramos a un salón bastante grande donde, al fondo, me esperaba, detrás de un pequeño escritorio, un oficial del ejército que había analizado los documentos y me dice:

—Para que usted pueda pasar hay que sellar el pasaporte, y el problema es que el sello está bajo llave.

Mandó a un soldado a buscar la llave al pueblo que está a un par de kilómetros solamente. El soldado salió corriendo.

—Disculpe, pero usted está equivocado, el pasaporte es un documento de frontera y como ve, aquí está el sello de Yacuiba.

—¡No *mi* discuta *hi* dicho! A todo el *qui* pasa por aquí se le sella el pasaporte. Son órdenes *supiriores*.

Al rato llegó el soldado con la llave, abrió el cajón y sellaron el pasaporte. Después de sellarlo, vació los datos en su cuaderno. Partimos y ciertamente llegamos de inmediato a Boyuibe. Frente a la plaza, arbolada y muy agradable, había una refresquería, invité a la colla a tomar algo fresco y me dijo con señas que le trajera su refresco al auto. Bajé, allí estaba el militar bebiendo y echando chistes con unos amigos. Volví al Zephyr, sucio y ruidoso, seguimos camino.

—Llévese un kilito de coca, *puis*.

La colla había hablado. Había entrado en confianza y esas palabras tenían un inmenso valor para mí.

—¿Cómo dice? ¿Un kilito de qué?

—Un kilito de coca, *puis*. La vas a necesitar en Oruro, *puis*.

—No, un kilo es mucho. ¿Qué hago con tanta?

—Pero la *vendís*, pues.

La colla se bajó en Ivicuati, muy agradecida. Me dejó el bolso con hojas de coca, hizo reverencias y partió. Seguí viaje solo, rumbo a Camiri que me quedaba a más de cien kilómetros. Pasé por un hermoso pueblito, llamado Ipati, al mediodía, y como a las tres de la tarde estaba entrando a Camiri. El camino rozaba el pueblo y hacia arriba se abría una avenida ancha, de

tierra, pero ancha, que remataba en el camino y justamente allí, había una parada de autobús. Bajé el vidrio del acompañante y pregunté a las personas que esperaban el colectivo:

—¿Alguno de ustedes va hacia Santa Cruz?

Se acercaron tres o cuatro, pero uno de ellos, el más grandote, subió el seguro, aprovechando que el vidrio estaba bajo, abrió la puerta y se sentó. Otro me habló por la ventanilla:

—Yo puedo ayudarlo con el combustible, le doy el costo del pasaje en colectivo.

Miré al grandote como preguntándole si él estaba dispuesto también a apoyar la causa y el tipo me miró serio y negó con el gesto. Ya no habría forma de bajarlo. Bueno, viajaré con él, un tipo rudo tiene sus ventajas también. Pero cuando arranco para seguir viaje, llega corriendo, bajando por la avenida, un gordito vestido de traje y con un maletín, lo espero y me dice:

—Señor, voy hacia Santa Cruz, llevo urgencia.

—Ya subió el señor y atrás no llevo gente.

—Mire, amigo, el taller mecánico que está allí es de mi hermano. Si usted me lleva, le lleno el tanque de nafta, le revisamos la movilidad, cualquier desperfecto que tenga, ¿qué le parece?

Volví a mirar al grandote y le dije que bajara, a lo que se negó moviendo la cabeza y frunciendo el ceño. Puse a andar el carro, subí unos metros la avenida y entré al taller del hermano del gordito, con grandote y todo. Bajé del carro y le pregunté al gordito si podían ajustarle el múltiple, limpiarle el filtro de aire y lo otro era bajar al mastodonte que se había instalado. Pasamos a un comedor y me sirvieron un plato de arroz con cebolla y carne frita que me supo a delicias, tomamos un refresco de esos artificiales que se venden en polvillos y que también encontré delicioso, y café, el infaltable café de cualquier mesa. Ya el grandote no estaba y el carro volvía a su silencio habitual. Salimos con Martín del taller, con el tanque lleno, rumbo a Santa Cruz de la Sierra. El amigo me cuenta:

—Mi padre era muy amigo del Che, yo lo acompañaba cuando lo visitaba en su campamento, tomábamos mate y se reían mucho, el Che era un gran conversador. Mi padre lo admiraba y lo ayudaba. Bueno, ambos se ayudaban. Mientras el Che estuvo en la zona nos fue muy bien, la familia prosperó. Cuando lo mataron, al poco tiempo dieron muerte también a mi padre, nos fueron robando las reses, mis hermanos se quedaron aquí, aunque perdimos casi todas las tierras. Yo preferí irme a vivir a Santa Cruz. Allá tengo mi consultorio odontológico y mi familia. De vez en cuando vengo de visita.

La ruta por momentos mejoraba y al rato volvía a ponerse difícil. Martín resultó un tipo interesante, contaba anécdotas del Che, ¡de nuestro Che! Era un muchacho instruido y su conversación, entretenida.

De pronto me dice:

—La radio está desde temprano con la noticia de un gringo que secuestraron anoche. ¿No escuchó el comentario? Dicen que se sospecha de un par de muchachos, uno de los cuales es argentino y usa barba.

—¡Carajo! No, la verdad es que no he escuchado nada.

Encendí la radio, él buscó en el dial la emisora indicada y al rato, en efecto, empiezan a dar información del asunto del terrateniente secuestrado.

—Algo habrá hecho. Los obreros y campesinos no toman retaliaciones con quienes los emplean, si estos son gente de bien, ¿no te parece, Martín?

Pasamos Monteagudo, Muyupampa. Anocheciendo cruzamos un pequeño río, que es un afluente del río Grande, que viene de la selva y entrada la noche estábamos cruzándolo de nuevo, ya que serpentea cerca del camino. El arroyo es bajito y su cauce muy pedregoso, lo cual es bueno para que no se hundan los cauchos en el lecho. Cuando íbamos a la mitad del río, aparecen como de la nada, tres vehículos del ejército, unos

jeeps Toyota blancos. Nos rodean, se bajan armados, abren las puertas del Zephyr y con furia, nos sacan del auto, arrojándonos al agua. Estábamos cada uno a un lado del carro, a mí me tenían agarrado de la camisa y me cacheteaban preguntándome de dónde venía, a dónde iba, qué hacía allí. Yo no sabía cómo hilvanar mi cuento, por dónde empezar y solo dije:

—Voy a Venezuela. Tengo todos mis papeles en regla.

Supuse que a Martín lo estarían golpeando también. Al rato llegó un viejito con cara de norteamericano, alcancé a verlo entre las linternas y los fusiles que me apuntaban. El viejo se acercó a donde estaba yo en medio del agua y dijo clarito con tono gringo:

—*¡Nou! Esti nou es, esti nou es. Istoy sigurro qui isti nou es.*

Me soltaron y permanecí aún un momento recostado en el agua. Se subieron a sus vehículos blancos y desaparecieron con la misma velocidad con la que nos rodearon. Habían abierto el maletero y varios libros, cuadros, ropa, cartas, mantas, pasaban por el agua a mi lado. Con Martín recogimos, secamos y como pudimos, guardamos las cosas en el maletero, nos reconstruimos un poco la dignidad y seguimos viaje, mojados, abofeteados y maltratados. Ya al rato nos reíamos del suceso, pero aún con bronca. ¡Tenía que ser por culpa de un gringo! Cerca de medianoche el sendero subía a lo que parecía ser la carretera panamericana, asfaltada, lisita, lustrosa.

Doblé a la derecha, rumbo a Santa Cruz y aceleré para recordar el desempeño del Zephyr, cuando de pronto y sin aviso, volábamos, para caer rebotando, en un camino de tierra. Un poco más adelante subimos otra vez a la carretera, pero ahora seguí lentamente hacia la capital industrial, no quería otra sorpresita de esas. Llegamos a la casa de Martín y dormí un par de horas en una colchoneta que se me antojó extraordinariamente cómoda.

Viernes, 9 de septiembre

La mujer de Martín me despertó a las seis de la mañana. Me di un baño, mi ropa estaba llena de barro. Coloqué en bolsas plásticas la ropa sucia para ser lavada en Quito. El desayuno estaba servido. Nos reíamos con Martín y su familia de las cosas que nos habían pasado, pero uno siempre termina agradeciendo que el evento no haya sido peor. Los milicos pudieron haber disparado y después preguntado, como ha ocurrido tantas veces. Lamenté, sobre todo, que se hubiera mojado uno de los dibujos de Luis Saavedra y unas maderas del pintor Campitelli, con un tema de mujeres con togas, portando vasijas y una manta chilena, de lanas crudas rojas, que había sido de mi Tata. Martín había notado, que después del golpe que se dio el carro al caer de la ruta a la tierra, una de las ruedas se había abombado, puesto que el auto quedó dando unos brinquetes raros. Le dije:

—Tal vez ya lo venía haciendo, pero en el camino de tierra no lo notaste.

—Puede ser, pero te aconsejo que antes de salir de la ciudad, veas las ofertas de neumáticos. Los venden en la calle a muy buen precio. Si te accidentas en el camino será peor, pues, mano.

Tenía razón. En la avenida principal que salía hacia Cochabamba, había varios puestos de venta de cauchos y paré en uno para revisar el estado del producto que se ofrecía.

Increíble la imaginación de la gente. No sé con qué sistema le hacen ranuras al caucho ya liso y gastado. Donde termina el surco se ven las telas de la rueda, pero hay lógica, no están engañando a nadie, esas hendiduras son necesarias para el agarre del vehículo y el precio es irrisorio. Compré tres y las puse en el asiento trasero. Cambié la rueda delantera derecha que efectivamente estaba muy golpeada, colocando en su lugar el repuesto que llevaba y en el rin de la inservible, coloqué una de las redibujadas. En una gasolinera llené el tanque y cuatro bidones de quince litros cada uno. Revisé agua, aceites y líquido de frenos, todo bien. Sacamos un par de bujías y estaban como nuevas. Son las diez de la mañana. Compré agua mineral y me fui a la ruta con el firme propósito de llegar ese día a Oruro. La primera meta, Cochabamba, a quinientos kilómetros hacia el oeste, pasando por Samaipata y Montepunco. Al llegar al lugar del golpe de la noche anterior, vi la dimensión de aquello. Era un sector de la ruta que estaba en reparación, el asfalto se cortaba en seco y sin aviso. El tramo afectado era de unos cuatrocientos metros. Desde el asfalto hasta la tierra aplanada había unos cincuenta centímetros y a unos cien metros, una acumulación de escombros y rocas haciendo un montículo, contra el cual pude haber chocado. Subí al pavimento y seguí viaje. Antes de llegar a Samaipata había un puente dañado y fuera de servicio. Un afluente del río Mamoré pasa por allí, de un caudal mayor al que habíamos estado atravesando ayer, pero nada que me asustara, ya había practicado en el norte peruano y estos ríos se mostraban accesibles para mi Zephyr. Muchos vehículos se regresaban. Desde la carretera había que bajar por un sendero de tierra hasta la orilla del río, y allí los muchachos sacaban partido y provecho a la dificultad, igual que por aquellos lejanos parajes. Saqué sencillo para pagar y me lancé a las aguas del río Mamoré, el de la canción “Río

Mamoré, con una morenita, río Mamoré, para poder bailar, río Mamoré, regálame tu hechizo”, río Mamoré, ya te atravesé.

En Montepunco había una alcabala móvil donde pregunté sobre el camino hacia Cochabamba y me dijeron que fuera con cuidado, sobre todo en el Páramo de la Muerte, por los desprendimientos y por la vía, que no estaba muy buena.

—¿Podrá subir esa movilidad? Mire que la subida es empinada.

—Señor, este es un motor doscientos, seis cilindros en línea, ¿entiende? Un motor de *jeep*.

—Bueno, *siñor*, vaya a su *responsabilidad, puis*.

Toda esta es la zona del Chapare, siempre en conflicto por ser productores de coca. Molestan constantemente a los agricultores debido a que con esta planta se hace la cocaína, ¡pero ellos no tienen la culpa! En todo el altiplano se consume la coca, en forma de mate, de té, de hoja masticada. Yo mismo, desde la primera vez que puse un pié en tierras bolivianas, mastico coca cuando el camino sube. Ella evita el apunamiento, el corazón te agradece mantener ese bolo de hojas verdes, que pasa de un lado a otro de la boca y que vamos exprimiendo, para sacar su jugo. En La Paz, Oruro, Villazón, La Quiaca, o cualquier ciudad de montaña, se consigue hoja de coca, la venden las viejas, hermosas, sentadas en las aceras, con sus bolsas de tela de arpillera. Aquí no se puede vivir sin esas hojitas, resulta esencial para estas condiciones atmosféricas, esta es la cultura de la coca, nuestra cultura y eso debe respetarse, comprenderse, no es culpa de los bolivianos el que los gringos se revienten las neuronas con sus derivados ni que les interese mantener ese negocio, esa es otra historia.

El carrito subía sabroso, por la época del año y por la altitud. Ya empezaba a bajar seriamente la temperatura y esto aumentaría hacia La Paz. Empezaba a pensar en los abrigos

que iban en el maletero, para buscarlos en Oruro, esta misma noche.

En Montepunco se abre el camino hacia el sur, esa vía conduce a Sucre, y Sucre es, por su ubicación, el ombligo de Bolivia, y Bolivia es por su ubicación, el corazón de América del Sur y aquí, en este corazón palpitante y maravilloso que es Bolivia, se llevó a cabo el primer levantamiento en armas, de pueblo americano alguno, contra la corona real. La gente de por aquí es sencilla, generosa y orgullosa de su historia y de su esencia, gente sacrificada y amable, y esta descripción me lleva al oriente venezolano y a la canción del gran cantautor Alí Primera sobre el poeta Cruz Salmerón Acosta que, por estas mismas razones, se inmola por una necesidad de su pueblo, desde la península de Araya, que simboliza su destierro y al mismo tiempo, la musa inspiradora del poeta. La canción dice así: “La canción de Salmerón, el que su vida cambió, por un día de lluvia, porque su pueblo moría de sol”. Alí Primera es un ejemplo vivo de la solidaridad entre los pueblos del mundo, su apoyo incondicional y generoso no se limita a nuestro continente, no hay causa noble que Alí no haya apoyado desde su canción, y con su presencia siempre está allí, en los actos por el pueblo palestino, coreano, vietnamita o de cualquier otra parte del mundo, donde el imperio pretende clavar sus garras de águila enferma.

Reconozco que algunas subidas asustan, pero aquí se nota la mano del Estado. Algunas máquinas trabajan distintos sectores del camino y también se ven camiones transitando.

Como a las siete de la noche estaba entrando a Cochabamba. Aquí vive desde hace varios años el amigo Liber Forti, hombre de teatro de gran importancia en Latinoamérica. Publicó en los años 60 la revista teatral *Nuevos Horizontes* y fue uno de los primeros que tradujo al castellano los experimentos de Konstantín Stanislavski, su trabajo es importante también

a nivel gremial, proveyendo de actividad artística y cultural a los habitantes de las minas de estaño: Catavi, Siglo 20, Santa Fe, Telamayú, Quechisla y muchas otras, en Oruro y todas las ciudades de la cordillera boliviana.

Comí en un restaurante al lado de la carretera, pedí carne a las brasas y a la mesa me trajeron el braserito con trozos de cochino, cordero, pollo, chorizo, morcilla y un corte de carne exquisito que parecía solomo, regado con una jarrita de buen vino paceño y ensaladas de tomate, lechuga, cebolla, zanahoria rallada, palmito y aceitunas verdes. El pan boliviano es el más rico del mundo, sin duda alguna. Las marraquetas no solo son exquisitas, sino que tienen la densidad que uno prefiera; las hay desde duras y fibrosas por dentro, hasta suavécitas que se deshacen en la boca. Yo prefiero las fuertes marraquetas de costra dura, bien horneadas, aunque sufran mis dientes y encías, no me importa, no me pierdo ese deleite.

Llamé por teléfono a Forti, dos de sus hermanos viven en Venezuela, uno es médico, Alfredo, y el otro industrial, Tito. Me insistía en que nos viéramos, quería darme unos materiales para mi padre, quería verme, brindar unas copas. Le agradecí mucho pero insistí en seguir inmediatamente hacia Oruro, ya daban las nueve y tenía hacia allá un periplo de casi doscientos kilómetros. Saqué del maletero unas frazadas, compré en una tiendita un gorro de lana de alpaca y una bufanda y seguí viaje. El frío era salvaje, la vía aquí es buena, pero va inexorablemente subiendo y el aire helado se filtraba por las ventanillas. Yo no podía cerrarlas del todo porque los bidones con gasolina que llevaba en los asientos de atrás, emanaban gases insufribles, había pues, que aguantar el frío. Cerca de Oruro hay un desvío, el lugar se llama Caihuasi, si sigues a la derecha vas hacia La Paz y a la izquierda entras a la ciudad de Oruro y se sigue hacia Machacamarca y Challapata, que es la alta montaña y hacia el Salar de Uyuni, más al sur. En el

desvío hay un pequeño puesto policial y me detuve a conversar con los funcionarios. Después de explicarles mi plan de pasar a Perú, por Desaguadero, Pomata y Puno, me ofrecen té de coca y me dice uno de ellos:

—¿Por aquí se va a Venezuela? ¿Se pasa por Caihuasi?

Y otro más centrado en mis necesidades opinó:

—¿Pero usted piensa quedarse varios días en Oruro?

—No, pienso seguir viaje mañana mismo a primera hora.

—Pues entonces le diré que eso no será posible. A las cuatro de la madrugada cerraremos la carretera hacia La Paz, pues.

—¿Y eso por qué?

—¿Y es que usted no ha oído hablar de la famosa carrera automovilística Oruro-La Paz-Oruro?

—La verdad que no.

—Pues mañana largan a media mañana desde aquí cerquita y la orden es cerrar la vía en la madrugada de hoy, dentro de un rato, nomás, ya no dejamos pasar a nadie.

Cerrarían todo el día la vía. No me quedaba otra opción. Tendría que seguir, me guste o no, viaje hacia La Paz. Todo mi preparativo para descansar y dormir rico en la fría noche orureña se derrumbó en un segundo. Debía recomponerme y aceptar la dificultad.

—Tendré que seguir viaje ahora mismo.

—Buena suerte, y que le vaya bien.

—¿Encuentro estación de servicio cerca?

—Ahí mismito, en Caracollo y en Panduro.

—Adiós y gracias.

Encendí la radio del carro y me dispuse a seguir camino. La vía estaba muy buena, el carro marchaba sereno y por los bafles empezó a sonar una quena, acompañada de zampoñas y sicuris.

Sábado, 10 de septiembre

Llené tanque y bidones en Caracollo. La carrera de mañana tendría el agregado del viento. La noche orureña me mostraba su carácter, el frío aumentaba y se haría más intenso hacia delante. Antes de subir al Zephyr, hice un rolito de hojas de coca y me las zampé a la boca, me envolví en frazadas, dejando paso a los brazos entre los pliegues del tejido. Tenía la cabeza enrollada como con un turbante árabe y amarradas las telas en el mentón, para que no se desarme. Por suerte, el camino estaba en perfectas condiciones. Sabía que podía aguantar perfectamente el sueño, pero sentía que el frío me minaba. La cabeza y el cuerpo estaban tibios, pero se me helaban las manos y las piernas, los pies estaban casi congelados y el camino, en línea casi recta, con leves ondulaciones, subía sin cesar. ¿Cómo no se me ocurrió comprar guantes de lana en Cochabamba? Supongo que vemos la necesidad recién cuando el frío aprieta. Alternaba los brazos para sujetar el volante, colocando entre las ruanas una y otra mano. Cuando una tomaba temperatura, la extendía y guardaba la otra. El viento movía al automóvil exigiéndome a veces, volantar con ambas manos. A las dos y treinta pasaba por Pandero, y a las cinco, Ayo Ayo. Amaneciendo aumentó el frío, calculo que estaría a unos cuatro mil metros de altura, pasé cerca de mi querida La Paz, deseoso de verla, caminarla, vivirla, pero giré a la izquierda, para bordearla por el sur y salir directo hacia Desaguadero.

No podía creer lo barato que me había resultado el paso por Bolivia, estaba a punto de cruzar la frontera y no solo tenía todos los dólares del bolsillo secreto, sino que, de los cien dólares en billetes pequeños que llevaba en el pantalón, quedaba todavía la mitad. El dinero argentino que cambié en la frontera y unos pocos dólares me había costado el paso por esta carretera; si hubiera regresado por Chile, ya estaría en situación preocupante. Amanecía y tenía de compañero el resplandor del hermoso Titicaca, que es el lago más alto del mundo, pero no se vaya a pensar que son aguas tranquilas y mansas, no. Es temperamental y sus aguas juegan con las embarcaciones que las transitan. En el año 75, con mi primo el Quique, cruzamos en balsa desde el lado boliviano hasta Copacabana, era una balsa inmensa, de esas que construyen desde siempre los pueblos aymaras, llamadas marachas. Traslada la buseta donde viajábamos, y en el trayecto oscilaba tanto, que por momentos desaparecía completamente el horizonte para reaparecer cuando estábamos en la cresta. Decía el Quique:

—¡Mierda! ¿Viste esa ola, loco? ¿Serán seguras estas embarcaciones de totora? ¡Ahí viene otra!

Tenía el lago a mi lado, aquí cerca está el Tiahuanaco o Tiahuanacu, donde aún permanece erguida la Puerta del Sol, que fue construida hace dos mil años. En la radio sonaban taquiraris, huayños y danzas aymaras de Los Jairas. Sentí un ruidito extraño, que inicialmente creí que se trataba de un instrumento de percusión, pero a los pocos minutos se agravó, era el caucho trasero izquierdo pinchado. Estacioné el automóvil al lado de la carretera, el viento frío me partía la cara. Pensé que el contratiempo hubiera sido peor de haber ocurrido durante la noche. Empecé a sacar las cosas del maletero para poder acceder al neumático de repuesto, al gato y la llave

de cruz. Iba amontonando las cosas y no podía creer la cantidad de vainas, que cabían en ese baúl. Coloqué piedras en las ruedas para inmovilizar el carro y antes de levantarlo, empecé a aflojar las tuercas. Aflojé la primera y la segunda, pero la tercera estaba dura como una roca, seguí a la cuarta y también la aflojé, volví a la tercera y nada, el viento helado me torturaba, pero nada podía hacer, ese bulón abrazando al tornillo me superaba. Coloqué la llave y me paré en ella. Saltaba y nada, estaba mellando los bordes de la tuerca sin resultado. Un camionero que me vio en ese trance se detuvo y vino a ayudar, inmediatamente paró otro camión y bajaron dos ursos, que se sumaron a la tarea. Uno de un lado y otro del otro lado de la llave y nada. El primer camionero se reía de las tentativas, todo le causaba gracia, pero uno de los ursos tuvo una idea genial. A las tres tuercas que ya estaban flojas, las ajustó con toda su fuerza y recién entonces, sonó la terca tuerca ¡clac! Lo que produjo aplausos. Me ayudaron a colocar el caucho de repuesto, que era uno de los que compré en Santa Cruz, y causó risas en los presentes.

—No te fíes de este neumático. ¡Mira nomás lo viejo que es el pobre! Si de viejito ya nomás debiera reposar, pues. Ja, ja, ja.

—¿Y cuánto *dis* que pagaste por él? Pues ni me lo digas, te estafaron. Ja, ja, ja.

—Estaban muy baratos, compré tres.

—Ja, ja, ja. Esos santacruceños se las ingenian para quitarle el dinero a la gente honrada, pues.

Les brindé hoja de coca, nos despedimos. Guardé en el maletero las cajas con papeles, mantas y demás y seguí viaje con algo de preocupación por los neumáticos cruceños, pero si no hubiera sido por ellos, estaría ahora en situación grave.

Llegando a Desaguadero, arreglé el caucho pinchado y lo volví a poner en su lugar, y el santacruceño, otra vez de repuesto. En el asiento trasero dejé la llave de cruz, el gato y el repuesto, así cabían más cosas en el maletero y sería menos tedioso la próxima vez que hubiese que cambiarlos. Durante la ida al sur, los neumáticos estaban muy bien, pero ya sufrían el esfuerzo y empezaban a manifestar su agotamiento.

Fui a la aduana boliviana para los sellos de rigor y seguí hasta la peruana, para el ingreso formal. Cambié ciento cincuenta dólares en las calles del pueblo y retomé el camino. No había comido nada desde la parrillada en Cochabamba, pero no tenía hambre. Me obligué a comer cerca de las cuatro de la tarde en Pomata, un hermoso pueblito donde me hubiera gustado quedarme de no ser tan temprano. Terminando de almorzar a las cinco, podía llegar tranquilamente a Puno antes de las ocho de la noche y salir tempranito para atravesar durante el día el bravo paso de Los Andes hacia Arequipa. En un cartel, a la entrada de un barcito, se ofrecía: bife de res y papas a la huancaína. Aquí en Perú el costo de la comida era, en general, superior y la calidad similar a la boliviana. Mientras comía, recordaba que con mi primo habíamos usado en Puno unos baños públicos para ducharnos y estaba decidido a buscarlos, recordaba un documental que había visto, donde se comparaba el olor de un elefante en celo con el de un corral con mil quinientas cabras. Parece que una glándula que el elefante tiene entre el ojo y la oreja, se enrojece cuando entra en musí o en celo, y la elefanta puede oler esa aglomeración de testosterona, a cincuenta kilómetros de distancia. Yo tal vez no llegaba al olor de un elefante en musí, pero andaba por las trescientas cincuenta cabras, más o menos. Comí una generosa ración de carne con papas y me trajeron un refresco parecido a los que hacen los gringos, llamado no sé qué cosa cola, el cual

tiene el mismo sabor dulzón y vulgar del refresco norteamericano, pero este no patrocina guerras, bombardeos ni invasiones, por lo cual debería difundirse por todos nuestros países para que lo consuman quienes tienen ese desafortunado vicio, tan perjudicial como el cigarrillo o la droga, produce obesidad, trastornos intestinales y no sé cuántas cosas espantosas.

Agarré la ruta con la mira puesta en Puno, a ciento y algo de kilómetros de un camino serpenteante, pero bueno, entré a la ciudad como a las seis de la tarde y busqué los baños públicos. Entré a un salón grande, con las tuberías en el techo y duchas por todas partes. Una buena cantidad de personas se duchaban mientras hacían vida social, se hablaba de política, de ecología y de infinidad de temas. Yo me jabonaba una y otra vez la cabeza, que al haber estado cubierta con tejido de vicuña, me picaba terriblemente. El agua caliente me sedaba y me dejaba llevar por las conversaciones a mi alrededor, algunos comentarios me causaban gracia, como el de un señor de cierta edad, que contaba cómo trataba a su mujer y daba lecciones de machismo a su amigo; otro contaba cómo había comprado una tierrita y cómo había ido sembrando hortalizas y árboles y que pensaba comprar una vaca lechera, otro le ofrecía gallinas y un puerco a muy buen precio. El desastre y los nervios volvieron cuando alguien dijo algo sobre la vía hacia Arequipa. Intervine:

—Disculpen, ¿cómo dice? ¿Van a cerrar la carretera hacia Arequipa?

—Está nevando mucho allá arriba.

—¿Y cuánto tiempo estará cerrada?

—Vaya a saber. Cuando se congela la nieve, pasa dos y hasta tres semanas cerrado ese camino.

—¿Y si está nevando por qué no lo cierran ya mismo?

—Mientras la nieve está floja se puede pasar.

—Pero mañana amanece hecha hielo, imposible de transitar.

Me vestí medio infartado, veía todo rojo. Fui hasta un puesto policial y me confirmaron la versión. La ruta iba a ser cerrada a media noche, por lo cual, en lugar de disponerme a buscar un alojamiento barato y cómodo, debía encontrar rápidamente un compañero de viaje para la travesía que se acercaba. Me fui a la estación de trenes. Hablé con un guardia, le expliqué mi propósito y él me ayudó preguntando a los pasajeros que esperaban el tren hacia Arequipa, si no preferían hacer el viaje conmigo. La gente me miraba y negaban con la cabeza. Yo me acerqué a varios con la misma suerte, pero de pronto, algo cambió las cosas, el altoparlante anunció que el tren hacia Arequipa estaba retrasado y que no se aseguraba que llegara esa noche debido a la situación de tormenta. Entonces volvieron a mirarme y varios se acercaron a preguntarme en qué condiciones proponía yo el viaje, es decir, cuánto tenían que pagar.

—Yo voy hasta Arequipa y puedo pagarte la mitad del combustible.

—Yo te doy lo mismo que cuesta el pasaje en tren hasta Arequipa, pues.

—Yo voy a Lima. Te lleno el tanque en Arequipa y luego lo lleno en Camaná. Y mira...

Puso sus manos abiertas hacia el frente y siguió diciendo:

—No duermo mientras viajo y mis manos santas iluminan el camino.

No soy de andar creyendo en cosas raras, pero necesitaba un acompañante que no se durmiera. Eso y los dos tanques de nafta me convencieron, llevaba dos días y una noche manejando sin parar y el cansancio podía quebrarme y si el acompañante se dormía al instante, no servía.

—Vamos. Te llevo a ti.

—Oye, si nos llevas a nosotros, no pagarás combustible hasta Lima.

—El asiento trasero va lleno de bidones y neumáticos. Viajo con un solo acompañante. Esperen el tren, que en una de esas llega.

Luisito agarró su bolso y partimos. Al abrir el carro se sentía el olor del combustible y esto era grave, habría que cruzar Los Andes, de noche y con tormenta, con las ventanillas abiertas.

Luisito traía un termo que llenamos con café y compramos suficiente agua mineral para el camino. Esta no habría que enfriarla, a temperatura ambiente estaría cerca de la congelación.

Domingo, 11 de septiembre

El carro subía y subía, pasamos por un poblado donde había una bien iluminada plaza y en ella, un mercadito de collas artesanos, donde compré unos guantes de lana de alpaca y medias largas de vicuña, me las coloqué mientras Luisito apuntaba con los diez dedos de sus manos, hacia la montaña impresionante. La estaba iluminando. Unos collas nos recomendaron que pusiéramos rodajas grandes de cebolla reemplazando el filtro de aire, esto hace que el carburador se oxigene y de ese modo el vehículo no se apuna. Lo hice, coloqué grandes rodajas de hermosa cebolla andina y arrojé el filtro al asiento trasero para reubicarlo en Arequipa. La experiencia en el páramo de Berlín me hizo comprar unas bottellitas de aguardiente. Subíamos. El camino ondulante y caprichoso trepaba la gran montaña. Unas cositas blancas golpeaban el parabrisas y parecían disiparse en el aire, volatilizándose. Sonreí restándole importancia a esa exigua y casi triste nevada. Luisito rezaba, sin dejar de apuntar la carretera con sus manos. Me sentía tranquilo, nevaba, sí, pero no hacía viento, la noche parecía calma, solo interrumpían la quietud completa esas ínfimas partículas de nieve, que ahora se hacían un poco más frecuentes y en lugar de disiparse, se acumulaban jocosamente en las esquinas del vidrio y sobre el limpiaparabrisas. El camino, al igual que en el paso de Las Cuevas, mostraba montículos de nieve cada vez más grandes. En la ruta se

veía la huella por donde transitábamos, todo lo demás estaba lleno de nieve y la nieve cundía y atacaba por arriba y por abajo. Las luces del carro iluminaban ahora muy poco debido a la barrera de copos en el aire. En un momento desapareció la huella en el suelo y todo era blanco. Yo trataba de mantener el vehículo sobre el lomo que se adivinaba en el camino, si me salía del lomo, podría resbalar hacia la cuneta y ahí estaríamos perdidos. El auto iba empujando la nieve con el guardafangos y con la parrilla del radiador. Luisito iluminaba el camino con sus manos y ojos desorbitados y su rezo, era ya como una letanía lastimosa. Muerto de miedo golpeteaba el vidrio con las puntas de los dedos para iluminar mejor, como si su poder disminuyera con el deambular hacia la cima. Las ventanillas semiabiertas hacían de la cabina, una absoluta nevera. Bebíamos el aguardiente y el café. Divisamos un refugio y al acercarnos a él, no sabíamos cómo dejar el automóvil ya que, al salir del lomo, podíamos encunetarnos o caer en una zanja, el suelo no se veía, era una manta blanca con leves ondulaciones. Me decidí sobrepasar el refugio y acercarnos a él en retroceso, y así lo hicimos. Efectivamente, el carrito trastabilló en una zanja y subió hacia la rampa que nos acercaba a la construcción. Corrimos al refugio donde, al igual que en el páramo de Berlín, estaba lleno de gente protegiéndose de la tormenta. Conversamos con el fontanero. Yo tenía ganas de arrojarme al suelo entre esas personas y dormir un rato, nada deseaba más, pero eso no era posible, el agua del motor podía congelarse y reventar la coladura. Cada minuto era importante, había que salir de la montaña, antes del amanecer. Cuando volvimos al Zephyr, la nieve lo había cubierto todo, incluido el parabrisas. La quitamos mojándonos los guantes de lana, arrancamos y después de sumergirnos en la zanja, reaparecimos en la vía, donde la nieve tocaba el chasis. Al instante estaba nuevamente el vidrio tan nevado, que al limpiaparabrisas le

costaba trabajar, oscilaba atormentado en un movimiento pendular cada vez más cerrado y debíamos ayudarlo con nuestras manos. En la cima el camino es menos sinuoso y esto nos permitía mantenernos en el centro de la carretera, avanzando muy lentamente. Como a las cuatro de la mañana, vimos en el medio del camino la parte trasera de un camión. No podía esquivarlo porque caería en la banquina. Me bajé para averiguar lo que pasaba, dejando motor y luces encendidas. Con la nieve casi hasta las rodillas me acerqué a donde estaban los camioneros. Trataban desesperadamente de desatar un nudo en la guaya de acero con la que habían amarrado ambos camiones. El que iba en mi sentido se había encunetado y el que viajaba hacia Puno, lo auxilió, remolcándolo con la guaya, pero el peso del camión había ajustado demasiado el nudo. No recuerdo con exactitud qué sugerí, pero la idea funcionó y en pocos minutos estábamos maniobrando los vehículos para sobrepasarnos unos a otros y seguir camino. Pareciera que ante la adversidad, la creatividad y la imaginación se agudizan, creo que sugerí desarmar la pieza donde estaba hecho el amarre, no recuerdo, lo cierto es que, con las primeras luces del alba, iniciábamos el descenso hacia Arequipa. El camino era un par de surcos de tierra dura, donde en cada uno entraba una rueda. El carro patinaba, pero el carril nos ayudaba a mantenernos en el camino. Veíamos los tremendos precipicios por momentos a nuestra izquierda y al rato se invertía y a la izquierda teníamos la ladera y a nuestra derecha barrancos de profundidad insospechada. Bajar por caminos sinuosos, cuando son resbaladizos, es mucho peor que subirlos, el vehículo carece de agarre y va descendiendo casi por su propio peso. Con el despeñadero a nuestra derecha, vi aparecer una camioneta Toyota que subía a buena velocidad. Salió de una curva y se dirigía de frente a chocarnos. Traté de frenar y era imposible, maniobré para subir al lombote del surco y que el golpe fuese lo

menos violento posible. La camioneta intentaba lo mismo. El carro, que se negaba a obedecer, de pronto y a milímetros de la Toyota, subió el surco y siguió trepando el borde del camino. En milésimas de segundo me había despedido ya de todos los míos, pero allí quedamos, mirando el despeñadero, la fosa infinita que bajaba a lo profundo del abismo, sujetados por una roca que parecía haber sido colocada allí por los poderes sobrenaturales de Luisito. El lado derecho del parachoques golpeó la piedra y quedamos allí, suspendidos, mirando el precipicio. Salimos del auto y trepamos hasta el camino. Desde la vía se veía el trasero del Zephyr, como en los pantanos de Boyuibe. La Toyota se había salido del camino y había chocado contra la ladera de la montaña. El hombre llevaba palas en la caja y con ellas trabajamos para sacar la camioneta y rebajando hielo y piedras detrás de mi carrito. Luego amarramos el Zephyr a la Toyota y, después de un rato trajinando debido a que la camioneta resbalaba a pesar de las cadenas en sus ruedas, logramos subirlo al camino.

Pasado un poco el susto seguimos bajando a diez kilómetros por hora o menos. Un poco más abajo el camino estaba asfaltado y con tranquilidad llegamos como a las nueve de la mañana a Arequipa. Desayunamos temblando, pero no de frío. Nos habíamos salvado milagrosamente de una muerte espantosa barranca abajo. Luisito se jactaba de haber sido el artífice del milagro, él con sus manos, había colocado allí la roca; yo le seguí la corriente, necesitaba un acompañante voluntarioso, optimista y atento, llevaba más de setenta horas despierto, manejando y no pensaba dormir en Arequipa, con esta mañana radiante, no; si Luisito va a Lima, pues hacia allá vamos. Nos quitamos los excesos de abrigo, medias, ponchos, ruanas, guantes, gorros, todo fue a parar al asiento de atrás. Saqué las cebollas y volví a colocar el filtro de aire, este secreto había dado buen resultado. Ya lo sabía, para

recomendarlo a los amigos que viajaran a los páramos de Mucuchíes y Apartaderos, allá en Los Andes venezolanos.

Tomamos carretera de inmediato. El camino bajaba hacia la costa. Llegamos a Camaná cerca del mediodía. Le conté a Luisito la historia con Manolo. Aquí retomaba el camino y mi tormento empezaba a ser lo que pudiera encontrar en el norte peruano hasta Machala en Ecuador. Llenamos tanque, bidones y almorzamos en Chala chupe, es decir sopa de papas, con camarones, en una salsa a base de leche y mucho condimento.

Luisito estudiaba Turismo y era un experto en gastronomía, me explicaba cómo se hacía la salsa base para esa sopa y parecía una ecuación científica. Le dije que nuestro turismo se iba a desarrollar cuando dejemos de mirar un poco hacia fuera y se promocionen nuestros países y sus grandes bellezas. La gente se va a Miami y paga por una noche de hotel, lo mismo que a mí me cuesta ir de La Guaira a Córdoba y desde Córdoba hasta Lima, pasando por toda Bolivia, no hay proporción. Pero mucha gente deja su dinero allá, solo por tomarse una foto con el Pato Donald o con la ratita Minnie.

—La gente prefiere aquello porque está bien organizado, pues. El turismo es una fuente de ingresos muy importante y nuestra misión es desarrollarlo, crear las comodidades para que la gente valore lo que tenemos, pues. A nadie le gusta andar por estos caminos, sin indicaciones y en tan mal estado.

—Y la tecnología, Luisito. Debemos intercambiar la gente y los avances de tecnología y ciencia. En Venezuela se sabe mucho sobre manufactura de productos petroleros y en Argentina sobre cría, secretos del agro y cada uno de nuestros países está obligado a compartir sus avances porque no somos rivales como absurdamente creemos, somos aliados y debemos estar cada vez más unidos. ¿No pensaron así San Martín y Bolívar? Y todos aquellos hombres comprometidos con su

continente. Los europeos saben lo que hacen, ellos son solidarios unos con otros y a pesar de las guerras que ha sufrido, Europa no deja de ser una potencia comercial.

Pasábamos por Nazca, aquí pernocté cuando iba rumbo a Córdobayunoscientocincuentakilómetros más al norte está Ica.

—En Ica paramos un rato, Luisito, ahí nos refrescaremos y descansamos un momento. Supongo que has comido las aceitunas iqueñas...

Pensaba en el recorrido de los últimos días. Había dormido por última vez allá en Santa Cruz unas pocas horas y el sopor del desierto de Nazca se mezclaba con el aguardiente en el cruce andino, con el frío en el altiplano, con el chupe rico y atiborrado de especias, con las teorías esotéricas de Luisito, con los vapores de la gasolina en el asiento trasero. Ya estábamos cerca, llegaríamos a Lima y dormiría en la casa de los Aramayo, haría la función de títeres y seguiría, para ver a la hermosa Violeta, que seguramente lloraba en Huaso, pegada a la ventana mirando la carretera con deseos de huir, de su pueblo, de su madre, de su padrastro, de todo, pero regresaba, para volver a escapar una y otra vez. Luisito me hablaba de algo, ya no iluminaba el camino, no hacía falta, un sol abrasador calentaba la tierra levantando vapores. A lo lejos se intuía el valle, el oasis, el resplandor de un verdor fresco, el aroma de la tierra húmeda, hacía adivinar mujeres hermosas vendiendo aceitunas con sus faldas ajustadas al cuerpo. Ica a las cuatro y media o cinco tal vez, de una tarde sin nubes, gloriosa y polvorienta tarde, de un domingo de septiembre, con los ojos semicerrados mirando casi al ras de los pómulos que parecían dos médanos y Luisito hablando de ciertas recetas andinas y que en Cuzco se preparan con cilantro y mostaza, y las copas de los inmensos olivares ya se divisaban a lo lejos y el olor del comino, mezclado con azafrán en el caldero, antes de la cebolla y el ajo picado fino y la ruta recta, entrando al valle

fresco de Ica y las viejas rezongándoles a las muchachas presumidas ¡que trabajen!, que muevan esas bolsas con manjares.

Entramos a la bomba de gasolina, detrás de los surtidores había unos puestos para estacionar los autos debajo de árboles tupidos de sombra paradisíaca. Pregunté al encargado:

—¿No hay problema si estaciono allí para dormir un rato?

—En absoluto.

Lunes, 12 de septiembre

Luisito llenó el tanque y revisó aceites y aguas, luego pasó el suiche y con la ayuda del empleado empujó el carro hasta un puesto en la sombra. Sacó del asiento de atrás los cauchos y los bidones llenos de nafta, los colocó al lado del carro, cubrió todo con algunas frazadas que amarró con sogas, me estiró las piernas en el asiento delantero, fue a comer un sánguche, volvió y se acostó en el asiento de atrás. Dormí doce horas o tal vez estuve desmayado ese tiempo. Recuerdo que la respuesta afirmativa del encargado de la estación de servicio me distendió, al extremo de perder el conocimiento.

Me desperté sobresaltado a las cinco de la madrugada, todavía oscuro, y desperté a Luisito. Colocamos las cosas en su lugar y agarramos carretera. El Zephyr transitaba la ruta a buen ritmo, la madrugada estaba fresca y tranquila. Empezaban a aparecer los contornos de las cosas, con una iluminación rojiza oscura. Llegando a Pisco, vi a uno o dos kilómetros, la silueta de un hombre que por su andar, parecía un viejo que caminaba con un par de perros, llevaba un bastón en sus manos y tal vez una bolsa terciada al hombro o era su espalda jorobada, no sé. Estando a unos quinientos metros, el viejo cruzó la ruta hacia el lado izquierdo, como acercándose a la playa, con uno de sus perros y en el último instante, cruzó corriendo el otro perro, un cachorrito, supongo, por lo inexperto y juguetón. No pude evitarlo, se sintió un golpe seco que

me hizo pensar que el animal volaría con el impacto, miré por el espejito y no vi ninguna señal, fue como si hubiera desaparecido en el aire, como si se hubiera desintegrado. A Luisito lo despertó el golpe y, sobresaltado, colocó sus manos apuntando al vidrio recriminándose en silencio el haber abandonado su rol de guardián del camino, aupado por poderes sobrenaturales. Le conté lo que había pasado y me preguntó si no quería que él manejara un rato.

—De ninguna manera, hermano, ya una vez cometí ese error y con esa vez me basta y me sobra. Dormí tranquilo que te despierto dentro de un rato en Cañete, donde preparan en la vía unos desayunos de primera.

Luisito se arrellanó en el asiento disponiéndose a dormir, con la consideración de mantener uno de sus brazos extendido hacia delante en forma de foco que todo lo ve. Su mano se mantuvo un buen tiempo alerta, pero poco a poco el sueño la fue venciendo, primero se le fueron cerrando los dedos y luego, toda ella entró a uno de los bolsillos de su chaqueta. Imaginé el interior del bolsillo brillante, totalmente iluminado por el poder de aquel singular acompañante.

El camino se hacía ancho y hacia ambos costados se veían hileras de puestos de comida, ya estábamos en Cañete. Busqué un kiosco que tuviese sillas y mesas cómodas y limpias. Metí el carro con la trompa señalando el tenderete. Bajé del auto y llené una mesa con comida, traje huevos duros, pescado frito, torrijas de acelga, tortilla de papa, natilla, café, jugo de naranja, periódico.

—¡Luis, bajate! Ya llegamos a Cañete y se te enfría el morfi.

Comíamos y leíamos las noticias y de pronto ocurrió algo extraordinario, una jauría de perros vagabundos que deambulaba buscando comida rodeó al Zephyr, uno de ellos trató de meterse por debajo del motor y salió aullando, varios lo imitaban. Frente a nosotros teníamos un coro infernal de perros, que fueron pasando del dolor a la ferocidad. Dejaron los aullidos, los lamentos,

para ladrarnos acusadoramente. Todos los pueblerinos que compartían el desayuno, los proveedores, los empleados, todos, supieron que nuestro vehículo había atropellado a un perro. Me levanté y entre los perros delatores, me agaché a ver debajo del motor. Había manchas de sangre y algunos trozos de carne y piel entre las barras metálicas de la dirección y el compacto.

Cuando volví a la mesa, Luisito comentaba con varios parroquianos lo que había sucedido. Una vieja, tal vez la dueña del local, espantaba a los perros con baldazos de agua y pudimos terminar el desayuno. El primer perro fue el último en desaparecer, le ladraba al Zephyr como con rencor. Desde la mesa, yo miraba la trompa del auto e imaginaba el golpe tremendo que debió recibir el perrito. Miraba también el parachoques en su extremo derecho, un poco torcido y abollado por la roca del páramo. La muerte daba vueltas por la trompa del Zephyr y, con su manto negro y su afilada guadaña, quiso cobrarse unas víctimas y se llevó otra, inocente y cándida.

Entramos a Lima a media mañana. Fuimos directo al parque Japonés, donde nos despedimos con Luisito. Él cruzó la avenida y subió a un autobús, yo estacioné en el teatro La Cabañita. Allí estaban Vicky y Gastón. No habían organizado nada concreto, por no saber con exactitud el día y la hora de mi llegada. Vicky tomó el teléfono para llamar a algunas escuelas. La función tenía que ser para hoy lunes, a más tardar a las tres de la tarde, porque pensaba seguir viaje.

No fue posible, las escuelas pedían la visita al teatro para el martes o el miércoles, pero movilizar a los niños ese mismo día, no era factible. Necesitarían pasar la notificación a los padres por lo del dinero y entonces recién el miércoles aseguraban su participación.

Gastón me trajo cien dólares y me dijo:

—Lo que te íbamos a pagar, te lo prestamos. Cuando puedas, nos lo mandas de regreso.

Nos fuimos a almorzar a su casa. Yo había desayunado muy bien y hubiera seguido camino, pero fuimos hasta Miraflores y degustamos una rica y bien equilibrada comida que incluía ensaladas, frijoles, arroz, pollo y remataba con vino y postre.

A las cuatro de la tarde, había cambiado los cien dólares y ya transitaba la ruta panamericana rumbo a Barranca y Pativilca, a mi izquierda estaba la playa, aquella donde ayudé a los niños a lavar pingüinos y devolverlos al mar. Ahora iba de prisa y la playa estaba desierta, en el bolsillo del saco que llevaba puesto tenía el colgante con piedras cordobesas para Violeta, la de Huaso. Fantaseaba desnudándola y dejándola con el solo abrigo de las piedras en su cuello, cubriéndola de besos en la ducha, amándola y llevándola conmigo hasta Trujillo, donde le presentaría al profesor de Historia de la universidad, don Ciro, para que le diera trabajo; y pasaría esa noche también con ella, quería conocerla mejor, preguntarle detalles de su vida, ver de qué modo podría ayudarla, aconsejándola, dándole seguridades, reafirmandola en sus planes.

Cerca ya de Huaso, algo golpeó el parabrisas, de pronto varias mariposas o algo así, me atacaban, entraron en el carro y tuve que cerrar un poco la ventanilla. ¿Qué animales eran estos? Una nube negra y un suelo crujiente parecían un escenario dantesco. Era una invasión de cucarachas voladoras, las ruedas del carro las hacían explotar y había por miles, millones en todas partes. Metí el auto al estacionamiento del hotel y cubriéndome, corrí hacia adentro. Busqué a Violeta en la mesita, al lado de la ventana, pero no estaba. El muchacho de la recepción me decía que no era la primera vez que invadían las cucarachas, ya un par de veces antes había ocurrido.

—¿No has visto a Violeta?

—¿Qué Violeta?

—Aquella muchacha con la que hice amistad hace poco más de un mes.

—No sé a quién te refieres.

La joven alta y rubia se acercó con sus ajustadas minifaldas, un tobo de agua y varios implementos de limpieza, me reconoció en seguida y me dijo:

—Hace varios días que no la veo, la chiquilla linda.

—¿Se habrá ido a Lima?

—No lo sé. Hace ya más de una semana que no la *hi* visto, pues.

Pedí una habitación y entré a ella con mi maleta pues, por aquí también, todo estaba lleno de cucarachas. Eran las siete, tal vez las ocho. Salí a caminar por el pueblo, salí, sí, a buscar a Violeta.

Estuve un rato dando vueltas por las callecitas vacías. La gente resistía la invasión cerrando puertas y ventanas. Una chifa estaba abierta y entré a tomar una cerveza. El suelo, el mostrador, las paredes, todo estaba minado por aquel poderoso insecto ancestral. Pregunté por Violeta, pero el caballero no la conocía. Había que mantener la boca del vaso tapada con la mano para evitar que entrara en él algún bicho. Una vez, de niño, había vivido algo similar con mi familia. Yendo a vacacionar a Mar del Plata, específicamente a Mar Chiquita, pasamos por un pueblo invadido de insectos gigantes, cascarudos, y mi madre que es muy temerosa de los insectos daba gritos sin cesar, gritos que contagiaban a mi hermana.

Salí de la chifa o tasca y me dirigí, resignado a dormir. Antes de entrar al hotel, crucé la ruta y caminé un poco por la playa, la luna llena iluminaba el pueblito, la mancha oscura en la noche oscilaba subiendo y bajando el lento movimiento de los insectos, hacía pensar que se dirigían hacia el norte, posiblemente atraídas por el olor de las plantaciones de caña, maíz y trigo. Me descalcé y caminé por la playa, asustando a los cangrejos que rápidos, desaparecían en la arena mojada. Sentía mucho cansancio, pero mi deseo de encontrar a Violeta era, evidentemente,

superior. Llegué al hotel, me di un baño de agua y cucarachas, la tina estaba plagada del animal, al paño con el que me secaba, tuve que sacudirlo varias veces y los insectos caían torpemente al suelo. Abrí la cama y todo estaba minado, con la toalla sacudí las sábanas produciendo un revoloteo infernal. Me vestí con pantalones, medias, una chomba o franela manga larga y otra, para cubrirme la cabeza, me arrojé a la cama, entre los insectos, con las manos en los bolsillos. Buscaba ideas aburridas que me produjeran sueño, recordé una nota del periódico de la mañana en Cañete, que señalaba la importancia de Ker, una organización internacional patrocinada por la ONU para trabajar por la pobreza de nuestros países. Eso me daba rabia, pensar que no solo se corrompe a nuestros gobernantes para evitar a toda costa nuestro desarrollo, sino que aquellos fondos que la ONU recoge con la participación de todos los pueblos del mundo, son capturados por organizaciones norteamericanas, que en realidad no ayudan a nadie, pero disponen de una cobertura publicitaria tremenda y la gente piensa, ¡qué buenos son! Miren cómo arrojan comida desde los aviones. Nadie quiere esa ayuda. La ayuda que necesitamos es que se construyan fábricas, silos, líneas férreas, puentes, carreteras, que se les den préstamos a los agricultores, que se construyan teatros, escuelas, hospitales, universidades al servicio de las necesidades del pueblo, incentivos para los pescadores, para los ganaderos, para los artesanos, agricultores, pequeños industriales. Nada que venga de la ONU, en forma de dádiva, de limosna, solamente usando los recursos que genera nuestra tierra, esos recursos que inapelablemente van a parar a los bancos del Norte... Charitas y no sé cuántas organizaciones benefactoras, que se guarden su ayuda. Lo único que puede ayudar a nuestros pueblos, a nuestro tremendamente rico continente, es el desarrollo. Basta ya de enriquecer corruptos. Después de la bronca, me dormí con la imagen del rostro de Violeta llorando en la ventana y saludando con sus manos encantadoras.

Martes, 13 de septiembre

Una especie de alfombra marrón había dejado la invasión. Amplios sectores del patio, de la ruta, de las aceras, mostraban cantidades de cucarachas moribundas, muertas, y otras buscando las fuerzas para seguir al grupo, trepando entre los cadáveres de la especie rastrera, enjambre que tal vez, ya andaría por Huaraz o Cajamarca, diezmado en sus filas, pero con la voracidad sin límites de este insecto tenaz.

Pasé Barranca y en Pativilca, desayuné pan con manteca, untado en café con leche humeante. Me incorporé a la carretera con el cartelito informativo que rezaba: “Casma 174 km”. Ahora miraba hacia el norte y lentamente me acercaba a la zona crítica de pantanos y cruces permanentes de ríos entre Piura y Machala. El Zephyr se comportaba estupendamente, aunque los neumáticos ya estaban lisos y afectados por las exigencias del largo camino y el esfuerzo sostenido. Yendo a ochenta por hora, se movía tembloroso, pero al acelerar, el temblequeo desaparecía, como si el movimiento rápido de las ruedas disimulara los desperfectos y contraviniendo los consejos de don Ciro, por cuya casa pasaría cerca, dentro de apenas unas pocas horas, aumentaba la velocidad para ganar tiempo y comodidad. Pasé Casma a media mañana. Cerca de las doce del mediodía, entrando al pueblo de Chimbote, la carretera se hacía ancha y estaba como rociada de arenillas que traía el fuerte viento del este. Bajé un poco la velocidad para atravesar el poblado y no

había pasado tres cuadras cuando una niña cruzó la avenida corriendo. Me invadió la imagen del perrito de Pisco y luego los canes aulladores. Frené violentamente llevando el volante hacia mi derecha, el Zephyr derrapó colocándose de costado y acercándome a gran velocidad hacia la niña. Mi instinto o tal vez la serenidad que pude mantener en el momento, me impulsó a sacar mi cabeza y brazo izquierdo por la ventanilla y en el instante de golpearla la sujeté con todas mis fuerzas. El carro siguió arrastrándose por el pavimento arenoso, pero ya estaba controlada la situación. Cuando se detuvo el vehículo, llegó un grupo de gente que había estado observando atónita la escena. Risas, bravos y aplausos, y yo seguía aferrando a la pequeña contra la puerta del carro. De no haberla agarrado, tal vez el golpe la hubiera arrojado hacia delante y el vehículo la habría aporreado. Bajé del Zephyr, una mujer me abrazaba y luego regañaba a la niña, un viejo me saludó tendiéndome su mano, conversamos, entramos a un barcito y trajeron bebidas, pizzas, les conté mi periplo para visitar a Agustina. Y grande fue mi sorpresa cuando escucho:

—¡Di Mauro, venga aquí! ¿Acaso no vio que casi atropellan a Cristinita?

—¿Quién se llama Di Mauro?

—Todos esos... Todos esos son Di Mauro, a cual más travieso e inquieto.

—Tráiganlos, yo soy su tío.

Mostré mis documentos y vieron que el apellido era el mismo, corrieron a llamar a la tropa de Di Mauros, que al igual que Cristinita, iban al colegio pateando sus portafolios, correteando y molestándose entre ellos. Llegaron en tropel con algunas de sus madres y luego de las explicaciones ya estábamos en familia. Me contaban que el finado don Antonio, ferretero de oficio, tuvo varias mujeres y que había reconocido

a todos sus hijos; tres con una, cuatro con otra y varias más. Me mostraron fotos del semental italiano y me pedían que me quedara unos días allí, con ellas.

—En casa tengo el árbol genealógico de Antonio, allí veremos si vienen de la misma casta familiar —dijo una de las madres de los chiquillos.

—Mi Antonio era de Agrillento, isla de Sicilia. Tengo varias fotos de la isla en la sala de mi casa.

Otra de las madres de los niños afirmó que ya me consideraban su tío y se me trepaban desde varios flancos. Vi la foto de don Antonio y en realidad no se le parecía mucho a mi abuelo, quien venía de Nápoles, pero entre esta ciudad y la isla de Sicilia debe haber miles de Di Mauro. A los niños les regalé una caja de bocaditos cabsha, que había comprado para el cabezón, y a las mujeres, mi mejor sonrisa. Nos despedimos y otra vez al camino mirando por el espejito retrovisor las manos alzadas, ondulantes, despidiendo al forastero. Salí de Chimbote asustado, comido, bebido y gracias a la providencia, sin lesionados que lamentar. Otra vez me enseñaba don Ciro que, para ganar tiempo, no siempre lo mejor es acelerar. Pasé por Trujillo como a las tres y media y no quise molestarlo. Poco a poco fui dejando atrás la hermosa ciudad universitaria, donde dicen que la expedición que salió de Lima en 1559, al mando de don Pedro de Ursúa, buscando la ciudad de oro, El Dorado, se aprovisionó aquí de muchas cosas, entre ellas, de la viuda doña Inés de Atienza, quien junto a su amante sufrieron luego, los rigores del carácter brutal de Lope de Aguirre.

Habiendo pasado Trujillo y ya cerca de Pacasmayo, un hombre hacía dedo en el camino, se veía fuerte y alto.

—Tengo mi camioneta en Chiclayo, amigo, ¿podría acercarme hasta allá?

—Precisamente voy por Chiclayo y de ahí pienso subir por la costa, por Bayóvar, hacia Piura.

—Por la costa el camino está intransitable y es la misma distancia hasta Piura, incluso más cerca por el cruce que va hacia Chachapoyas.

Jorge subió al carro. Había sido contratado por la empresa rusa que trabajaba en la reconstrucción del camino, que un mes atrás me tuvo al borde del infarto. Agarraría su camioneta en Chiclayo para seguir hacia Chachapoyas.

—Hace exactamente un mes pasé por aquí hacia el sur.

—Pues no sé cómo habrás hecho, porque hemos declarado el camino transitable hace solo un par de semanas.

—Sí, es que cuando pasé era absolutamente intransitable.

—Mira esta obra. Hemos hecho más de trescientos kilómetros de terraplén de piedra y ripio que en varios tramos ya, incluso, está asfaltado, y encontrarás puentes militares y abastecimiento en todo el camino.

Jorge no tenía idea del alivio que me producían esas palabras. Toda la odisea de un mes atrás, la que traía fresca en el recuerdo para rehacerla rumbo al norte, ya podía borrarla de un plumazo, ya me sentía en Quito, con el “Pelado” Jaimes, con la Florcita y mi Moni del alma. Hablamos un poco de política, de los intentos de Velasco Alvarado, por darles un respiro a los pobres del Perú.

—Pero el APRA es un partido brutal, parecido al AD venezolano, nacieron como movimientos populares y rapidito se vendieron al Norte, dicen ser democráticos y son autoritarios y corruptos, pero con la venia de Washington, nadie les recrimina nada.

—Lo mismo ocurrió con Torres en Bolivia, Cámpora en Argentina, Joao Goulart en Brasil, Jaime Roldós en Ecuador, Torrijos en Panamá y Salvador Allende, ese es el ejemplo más patético de hasta dónde puede llegar la rapacidad del

capitalismo, cuando ve afectados los que cree son sus intereses. Cuando el imperio detecta que algún líder tiene ideas nacionalistas y quiere cambiar ciertas estructuras de poder, lo borra, como sea, pero lo borra.

—Quédate unos días en Chachapoyas, Daniel. En la hacienda tengo caballos y podemos salir a cabalgar, a recoger miel de abejas, te llevas a Venezuela unos buenos trozos de panal bien empaquetados. Mira, incluso, podemos ir hasta la naciente del río Marañón.

—Gracias, Jorge, pero no voy a desviarme del camino. Mirá, allá en aquel punto está La Guaira y ahí, en el barrio La Capilla de Catia La Mar, están esperándome Mauro y Estrella. Y para llegar a ese punto me faltan todavía más de seis mil kilómetros. Igual te agradezco la invitación.

En Chiclayo se bajó Jorge. Yo traía un cansancio fuerte. La noche anterior, entre las cucarachas y la ansiedad por ver a Violeta no había descansado bien, pero antes de salir de la ciudad, cambié uno de los cauchos que ya traía las telas afuera y coloqué en su lugar uno de los que compré en Santa Cruz, compré otro caucho usado, un rin y una tripa y puse en el asiento trasero dos ruedas de repuesto en sus respectivos rines, con la presión justa y balanceadas. El ripio es preferible a andar atravesando ríos, pero maltrata los neumáticos... y los riñones.

Salí de Chiclayo con el propósito firme de dormir en un buen hotel en Piura. Recordaba el camino a la ida y no lo podía creer. Todo el estrés se había disipado y pasaban los kilómetros a muy buen promedio. Pensaba en Jorge, en que hubiera sido lindo salir a cabalgar por los piedemonte andinos hasta la naciente del gran Marañón, el que le dio el nombre a la tropa de forajidos españoles, buscando El Dorado, los marañones del tirano Aguirre, quien después de matar a Ursúa y a muchos otros, se erige como cabeza de la importante expedición y burlándose de la empresa de Felipe II

de hallar una ciudad de oro, cambia el rumbo, se autoproclama rebelde, tirano, la ira de Dios y traidor, se va hacia el Caribe, en la isla de Margarita asesina a los gobernantes, pasa a Borburata, donde repite la gracia y continúa con el mismo propósito hacia Valencia, donde los godos ya le habían vaciado la ciudad para impedir el reabastecimiento, sigue entonces hacia Barquisimeto, donde es rodeado por el ejército español y donde es muerto por sus propios hombres, buscando con su cabeza el perdón de la corona. Aguirre usó el lenguaje de la época, el garrote y la espada, pero lo que lo diferencia de sus contemporáneos, es que vociferó sin remilgos sus crímenes y denunció los atropellos de virreyes, gobernadores y clérigos, en tierras de indias, tomó partido por la causa independentista, porque según él decía, amaba estas tierras prodigiosas y dejó al descubierto la esencia cruel de los intereses españoles en esta parte del mundo. Su carta a Felipe II es considerada luego, incluso por Bolívar, uno de los primeros documentos de la causa de la emancipación del continente.

Rompiendo mitos, pasé Olmos a las ocho y treinta de la noche y llegué a Piura cerca de las once, ochocientos cincuenta y ocho kilómetros recorridos aquel productivo martes 13.

Un hotelito barato costaba tres mil soles. Pues creí que me merecía un buen descanso y pagué siete mil quinientos, en el hotel Bolognesi, suma que incluía una cena internacional, así decía el cartelito. Dejé el carro en la cochera, desesperado por un largo baño de agua tibia y una comida succulenta.

Miércoles, 14 de septiembre

La oferta del hotel prometía la cena, pero el desayuno también era cortesía del Bolognesi. Dormí hasta las ocho, cosa rara cuando viajo, desayuné abundantemente y me distendí entre periódicos y la agradable piscina. No quería llegar a la frontera al mediodía, y hasta Aguas Verdes había poco más o menos de trescientos kilómetros, pensé en salir a las diez para estar llegando a los puestos fronterizos entre las dos y las tres de la tarde. La piscina estaba vacía, solo un viejo con un palo que terminaba en una red sacaba las hojas que caían al agua desde los árboles del patio. Un muchacho de la gerencia del hotel llegó con algo de prepotencia y regañó al viejo por demorar tanto.

—¡Mire, Patiño, la hora que es! Ya casi son las nueve y media y usted todavía quitando las hojas del agua. ¡Apúrese, pues, que lo están esperando para los mandados, pues!

Me arrojé al agua como una forma de despedida de Piura, llegué al otro extremo al mejor estilo perrito mezclado con rana, volví flotando de espaldas y salí del agua, ya con la cabeza en los preparativos para seguir viaje. Subí a la habitación, me duché para sacarme el cloro, bajé a entregar las llaves y fui al auto. Al salir del estacionamiento, vi al señor Patiño saliendo del hotel apurado, con una bolsa, seguramente para las verduras y otras compras, y pensaba en los viejos venezolanos, los de la clase media, aquellos que disponen de una jubilación, enfrentados a los achaques de la edad, que son tan incómodos,

que lo que ganan se les va completito en remedios y algo de comida, claro, pero nada más... Pero los viejos pobres... ¡pobres viejos! Son basura, despreciados por una sociedad que no los necesita, igual que en Piura, con un Patiño humillado. Pero si uno lee los mitos, cuentos o los poemas de nuestras etnias que pueblan la cuenca del Orinoco, puede apreciar que el viejo es el que sabe, es el que posee los conocimientos como para guiar espiritualmente a su gente, recomienda, da consejos, es el que autoriza o el que niega, siempre basado en su experiencia y en lo que sus años inspiran. Ahora los pobres viejos están obligados a pasar horas sentados en los patios de sus casas o del asilo, viendo la televisión o tomando aire, los jóvenes no valoran sus conocimientos ni les produce curiosidad lo que su abuelo les pudiera contar. La abuela Isolina nos contaba cosas extraordinarias, conocía la vida y la obra de genios como Quevedo, Vivaldi, Chaplin, Góngora, Ghoëte, y nos contaba las historias de sus vidas, nos recitaba sus poemas y nos tarareaba sus melodías. ¡Qué importante fue la abuela Isolina para todos nosotros! En orden de edad: Ana, Quique, yo, Boboto y Adriana, todos en el gran dormitorio, escuchando a la abuela.

En Talara conocí personalmente los camiones rusos. Antes los había visto en el periódico de Machala, cuando bajaba rumbo al sur y luego, me los había detallado Jorge, pero ahora veía la dimensión monstruosa, de esos camiones que, por delante tenían enormes palas mecánicas que arrojaban volúmenes inmensos de tierra sobre su propia caja. La ruta era un paseo, yo miraba a los costados buscando aquellos ríos donde sudaba sangre al luchar contra sus corrientes y ahora los veía pasar desde la parte alta de gigantescos puentes de metal y me parecían tan insignificantes que no podía asociarlos con aquel recuerdo. Ahora me movía por terraplenes graníticos, y el ripio era como una alfombra sedosa y tersa. Habían realizado

un trabajo titánico en muy poco tiempo. En ese terraplén maravilloso, entre Talara y Zorritos, derrapó el Zephyr y a punto estuve de salirme del camino, el otro caucho había dado ya su resto. Puse en su lugar el chiclayano y aproveché para tomar un momento el fresco que venía de los valles verdes, donde hacia el fondo se adivinaba el contorno de las grandes cumbres y del otro lado el océano, y lo vería por última vez, ya que el camino se desviaba hacia Tumbes y toda la carretera Panamericana, en Colombia, es sobre la montaña. Recién volvería a ver el mar allá en La Guaira. Coloqué en el tanque la gasolina de los bidones ya que me acercaba a Ecuador, donde la nafta cuesta la cuarta parte que en Perú y Colombia. Cambiaría la goma en Tumbes, pero disponía de otro repuesto y eso me tranquilizaba. Busqué en la guantera un casete de música venezolana y elegí uno de Alí Primera. Feliz entré a Tumbes, con la idea que había tenido y escuchando esa hermosa canción “Falconía” que, entre muchas verdades, dice: “Si te sientes falconiano debes de tener razón, que te duela el corazón, cuando ves al pueblo tuyo, desmoronado en su orgullo, mendigando salvación”.

Alí se ha paseado por toda la geografía musical latinoamericana y los ritmos de sus canciones, respetando su estructura, su cadencia y su tonada, ha cantado cuecas chilenas, zambas argentinas, chamarritas uruguayas, huaynos bolivianos, valsecitos peruanos y tantos más. Nuestros pueblos deberían encender la radio y encontrarse con Alí, con los Parra, con la Mecha Sosa, con Chico Buarque, con el Quilapayún, con tantos que le han cantado a la dignidad del continente, el pueblo tiene un auténtico derecho a su cultura, a sus valores; pero los medios de comunicación parecen diseñados para la penetración de la banalidad, para el despojo de todo aquello que nos une.

En la vulcanizadora cambié los cauchos y volví a disponer de dos ruedas de repuesto, ambas cruceñas en el sillón trasero.

Aguas Verdes está a unos veinticinco kilómetros y llegaba bien con el combustible que tenía, cargaría en Huaquillas buena y barata nafta ecuatoriana. En la frontera volvieron a pretender hacerme portador de insultos. Así les contesté:

—A mí no me jodan con esas retóricas, he estado aquí y allá muchas veces y estos pueblos que ustedes deploran son la misma vaina, ¿no se dan cuenta de que son idénticos? Misma lengua, misma historia, misma cultura, ¿entonces? Hay quienes pagarían para incentivar ese odio y ustedes se prestan al juego.

Del lado ecuatoriano lo mismo, allá esto, allá lo otro. Igualito di mi parecer, con la diferencia de que en el lado ecuatoriano, la funcionaria era una hermosa mujer, con un tono de voz terso y sensual, a ella la dejé hablar, asintiendo con la cabeza, aceptando que todos los peruanos fuesen lo que ella quisiera, con la condición de que no dejara de hablarme de ese modo y mirándome con esa forma tan sugerente. Mi óptica del asunto fue como una pregunta tímida, más que el enunciado desesperado que había expresado en Aguas Verdes. Pero nuestro idilio sufrió una ruptura cuando me dijo que el camino hacia Machala estaba muy malo.

—¡Pero, mi amor!

Le aclaré que en Venezuela es frecuente y natural decirle a cualquier muchacha: mi amor, mi vida, cielito y muchas cosas más, haciendo alarde de esa ternura profunda, del Caribe en la piel.

—¡Pero, mi amor! Deberían imitar en eso a los peruanos. Contrataron a una empresa rusa y...

—Aquí tenemos máquinas y camiones que pueden hacer el trabajo del mismo modo que lo hacen los rusos o los canadienses o los japoneses.

—Entonces... no deberían estar tan mal.

—Lo que pasa es que hay prioridades. Ya llegarán, ya llegarán.

Y lo dijo tan bonito, que me imaginé un ejército de máquinas y camiones que vendrían pronto a arreglarlo todo, que llegarían cantando y en un santiamén restablecerían todos los caminos, al ritmo de la danza.

Con un pestañeo afirmativo la dejé para regresar al Zephyr, y la preocupación volvió solo cuando ya, con todos los papeles en regla, me dispuse a hacer los setenta kilómetros que me separaban de Machala, por el escandaloso camino que ya conocía. Cambié cincuenta dólares y otro tanto, que era lo que me quedaba en dinero peruano, llené el tanque, los bidones y me insertaba en esa locura de camino salvaje e inhumano, cuando, pasando por la parada de buses, donde, con la experiencia de Camiri, pregunté:

—Llevo un solo pasajero a Machala, ¿alguno de ustedes va hacia allá?

Varios manifestaron querer acompañarme. Elegí a una muchacha de linda apariencia. Yo recordaba la fiebre con la cual recorrí este tramo bajando, pues ahora, con la compañía de Carmen, si bien hubiera preferido un camino con una superficie plana, me mantuve esquivando baches y piedras con mucha paciencia y un cierto glamour. Era interesante la conversación de esta mujer. Carmen estudiaba Leyes en Quito, estaba pasando una temporada con su familia en Machala y había viajado a Huaquillas con la idea de comprar un terrenito, para hacer en el futuro una casita frente al mar. Había hecho el viaje en el servicio de *jeep*, ya que sabía que el camino estaba en muy malas condiciones. Ella también consideraba que pronto se iniciarían los trabajos de reparación de la vía.

—La causa legal ecuatoriana. Daré mi vida a esa noble causa —comentó con el tono de los que pertenecen a las familias que tienen, desde siempre, la sartén por el mango. Y continuó—: Nosotros los ecuatorianos tenemos que emparejarnos con el resto del mundo.

—¿En qué sentido, Carmen?

—Nuestras leyes están muy atrasadas. No hay equilibrio. La inversión extranjera no vendrá hasta que no haya una legislación moderna y dinámica que permita que los capitales vengan con confianza.

—Yo también creo que hay que cambiar muchas leyes, pero no para hacerles fáciles las cosas a los capitales que, así como vienen se van. Cambiaría leyes para ganar autonomía y libertad en las decisiones soberanas de nuestros pueblos.

—Daniel, tú hablas como si fueras comunista. Eso ya está demodé.

—Y el hambre y la pobreza y el dolor y el abandono, no sé si habrán pasado de moda, pero yo los sigo viendo ahí —y le señalé su nariz.

Llegamos a Machala y volví al hotelito donde antes había estado y, después del proverbial baño tibio, me senté en la sala a conversar con mi primo Pablito. Más de media hora hablamos por teléfono, y esta vez tampoco me convenció de pasar por Guayaquil. Era un desvío de ciento y pico de kilómetros y ni el tiempo ni la economía me lo permitían.

Carmencita había ido a su casa, regresado y, vestida como muñeca, me esperaba en el comedor para la cena.

Jueves, 15 y viernes, 16 de septiembre

Cuando desperté estaba solo. Carmen había dejado una lán-guida nota que decía: “Me voy tempranito porque hoy tengo un día difícil, te dejo mi dirección y mi teléfono. No dejes nunca de comunicarte. Espero que tengas muy buen viaje y suerte en todas tus cosas. Te extrañaré... a pesar de tus ideas. Sinceramente tuya, Carmen”.

Hoy se cumplen diez días de viaje, y al llegar a Quito habré recorrido más de seis mil quinientos kilómetros, es decir, un promedio diario de seiscientos cincuenta, agravado por caminos deficientes, altas cumbres y una geografía caprichosa que te llena de obstáculos a cada paso. A las diez de la mañana pasaba por La Troncal, dejando atrás Machala y la variante hacia Guayaquil.

No dudo de la honestidad de Carmen, de su fuerza espiritual ni de su enfoque en principios y metas que considera válidos, lo que me preocupa es que haya una clase social que no entiende que, en nuestro futuro todos debemos tener un espacio en el crecimiento, en las decisiones, todos, incluso ese segmento que parecieran aborrecer, que son los obreros, los asalariados, los desempleados, los marginados. No entienden que, con esas leyes, aparentemente futuristas, globalizadoras, que garantizan las inversiones, se está perjudicando al sector productivo más pobre, se están construyendo las bases, para la penetración definitiva de nuestros mercados.

Y hablando de mercados... en la frontera había cambiado cincuenta dólares, me quedaban doscientos en el bolsillo secreto y en el del pantalón, cinco mil sucres, es decir, unos sesenta dólares más. Saliendo de Quito con doscientos dólares, utilizaría ciento cincuenta para atravesar Colombia y cincuenta para trajinar desde San Antonio hasta La Guaira.

Los sucres debían alcanzarme para llegar a Rumichaca, la frontera con Colombia. Pasé El Triunfo y almorcé liviano en Bucay, ensaladas y papayas de postre. Hacia Río Bamba mejoraba mucho el camino, los platanales, los valles húmedos, pasé por Ambato al atardecer y ya oscuro, en Latacunga, llamé a los Jaimes para que supieran que llegaba en un par de horas. Entré a Quito cerca de las nueve de la noche con tres bidones y el tanque vacíos. Lloviznaba y hacía frío, y claro, estábamos a dos mil quinientos metros de altura. La Paz está bastante más alto, cerca de los cuatro mil, pero esta altura es difícil, sobre todo para el que no está acostumbrado.

Mi tía Flor había preparado una tallarinada y se me esperaba con vino riojano, pero de La Rioja argentina, con soda y pan campesino. Compartimos la cena con los gatos, que merodeaban por los cuatro costados, subiendo incluso a la mesa, para ser retirados con dulzura por Carlitos, Flor y la Moni, con besos y algún premio en vianda. Le pasé el pan al plato por lo que la tía Flor, daba gritos de risa. Me persiguen los chilenos, señalándome cuando como lustrando el plato. Después de una larga sobremesa, subí las bolsas y bolsitas para lavar la ropa al día siguiente. Mónica heredó el colgante de Violeta y estaba feliz con la pedrería cordobesa, agarrada con alpaca y bronce.

El viernes temprano estaba en el taller mecánico cerca del parque, por lo de siempre, ajustar el múltiple, limpiar el carburador, cambiar los filtros de la gasolina, de aire y chequeo general. Dejé el carro para buscarlo al mediodía. Compré

jabón en polvo y me fui a la casa a lavar la ropa. Carlos trabajaba en un video institucional sobre la alimentación en las escuelas.

—Mirá, le dan un vaso de leche a los chicos y se hace una propaganda bestial. Realmente es importante ese vaso, pero el gobierno debería darles, por lo menos, dos comidas diarias, ¡ahí, cambiaría la cosa!

—Desayuno y almuerzo. Bien balanceado en proteínas, vitaminas y carbohidratos...

—Mirá, Danielito, cuando los pibes llegan a los diez años mal alimentados el cerebro ya tiene lesiones irreparables.

El Pelado se ofuscaba con la cuestión y es que suena retórico, pero el alma se le estruja a uno cuando camina por los barrios marginales, viendo a los tripones tragando moco y caminando descalzos en las calles de tierra. Da inmenso dolor palpar el hambre y el silencio de las multitudes de nuestra América, sobre todo el silencio, ya que, por estos lados se oyen los gritos cuando son tocados los intereses de las clases dominantes, pero las multitudes marginadas son horriblemente silenciosas. No conocen sus derechos y aceptan la desgracia hasta con fe.

—¿Te acordás de tu pregunta sobre aquella cinta filmada?

—¡No me digás que la encontraste!

—A esa no, pero encontré otras cosas viejas que te quiero mostrar, las tengo en súper ocho, pero las voy a trasladar a video, para que sea más cómodo.

—Bueno, me voy a lavar la ropa y cuando tengas todo listo me llamás.

La tierra argentina, boliviana, peruana y ecuatoriana se iba por el resumidero del fregadero. Pantalones, medias, calzoncillos, camisas, franelas, iban saliendo de la lavadora y del lavadero, Florcita me ayudaba y juntos colgábamos la ropa casi seca.

—Hay que apurarse. Debe estar seca antes de las seis de la tarde, porque a esa hora llueve.

—¿Con esa puntualidad?

—Sí, llueve todos los días, invariablemente a las seis de la tarde, sobre todo en esta época. Ayer llovió. ¿Cómo ves a la Mónica?

—Hermosa, como siempre, aunque, ¿tiene problemas con el marido, no?

—Sí, están tratando de salvar las cosas. Rodrigo es muy bueno, pero la Moni es muy loca. Está imposible.

—Tía, nunca te inclinaste a estar de su parte. Recuerdo cuando la mordió el perro y vos decías: ¡pobre Terri, pobre Terri! No le hagan nada... Estabas tan preocupada por el perro...

—Nos hace muy bien tenerte aquí, Danielito. Tienes razón, yo soy la loca, ¿no podés quedarte unos días más, che?

Florcita mezclaba el acento argentino, con su tonadita chilena y ahora un dejo de la ecuatorianidad.

—No, tía. Vayan a visitarnos a Venezuela, estamos cerquita de la playa, bueno, Carlos conoce. Las playas de las islas de Morrocoy son paradisíacas... ¿Esta es la hora? ¡Vuelo a buscar el Zephyr!

Salí al frío aire quiteño. Hace unos años estuvimos aquí con el Quique, parando en la casa del padre del mono Chiri, el músico don Rodrigo Montero. Su esposa, Herminia, nos pidió que hiciéramos un taller de títeres en la Universidad Católica y en ese plan estuvimos un par de semanas, mientras ellos vacacionaban en Buenos Aires.

El carro quedó perfecto, esta vez habían tenido cuidado de no agregar aceite a la caja, estaba amenazado el mecánico: si no entraban las marchas, él chuparía el líquido rojo. Dos mil quinientos sures por todo. Volví a casa con aguacates, es decir paltas, panes canilla y frutas que compré por el camino para el almuerzo. El “Pelado” Jaimes tenía todo dispuesto para

la proyección y mientras Florcita ponía la mesa, nos desternillábamos de la risa viendo las tomas familiares. En una, mi hermana se reía y pedía a gritos que no la filmaran; en otra, el Pelado se jabonaba en un río de las sierras de Córdoba y al mirar la cámara, se resbalaba y caía a una poza como Condorito; en otra, luchábamos con Pablito, y yo por mirar al que filmaba, me distraje y el otro aprovechó para hacerme una zancadilla, tendríamos seis o siete años, fue la única vez en su vida que me ganó una pelea, y quedó registrada para la eternidad. En otra, estábamos con Pablito y la Moni, los tres en una cama, saltando y golpeándonos con las almohadas. Florcita vino a buscarnos y también se moría de risa.

Después del almuerzo, ante la insistencia de Carlos, llamé a Estrella.

—Llamala y habla todo lo que quieras, Negro, ¡llamala, te digo!

Marqué el teléfono de la Casa Guipuzcoana de La Guaira. En la hermosa casona Fundarte tenía sus oficinas de planificación cultural. Allí, Estrella, junto a Gladys Bastidas, coordinaba varios programas y yo fungía como una especie de asesor, colaborador. Mi Estrellita venía llegando del almuerzo y fue maravilloso escuchar su dulce voz. Todo estaba bien, Mauro en la guardería, estupendo de salud.

—Vente pronto, Dani, mira que ya empiezo a necesitarte mucho —y se le quebraba un poquito la voz.

—Yo también te necesito, pero faltan todavía algunas jornadas de viaje. Tengo debajo de mi asiento un frascote de miel y otro de jalea real para el Tuti. Cuando llegue, quiero que vayamos a descansar unos días a Chuspa, andá pidiendo un permiso. El carro fenomenal. Cuídense mucho y espérenme que ya llego.

Mi negra cumplía su parte. La familia, aunque pequeña, estaba robusta y firme en sus manos. Les contaba a los Jaimes que Mauro sale de la guardería y lo llevan al centro de estimulación experimental en Caraballeda, el Tuti arma rompecabezas

en tiempos récord y de algún modo, se ha transformado en la referencia de la institución. Cuando algún curioso entra a preguntar, le muestran cómo el cabezón junta las piezas del rompecabezas que fuere, en un santiamén. El “Pelado” Jaimes me lleva aparte:

—Negro, decime con confianza, cuánto necesitás. Ya sabés que acá nada sobra, pero tampoco falta y si andás necesitado, sería feo que no me lo digás... Tomá diez mil y decime si es poco.

—Según mis cálculos, necesito algo para llegar a la frontera. El resto está aquí. Y le mostré el bolsillito con los doscientos verdes. Tenía una plata para llegar a Ipiales, pero se me fue en el mecánico y otras vainitas.

—¿Y cuánto es lo que te hace falta?

—Dame cuatro mil y me sobra guita.

—Tomá cinco...

Y me estira la mano con un billete de cinco mil.

—No, necesito solamente cuatro.

Me dio cuatro billetes de mil y uno de cien dólares, diciendo:

—Tomá, negro. ¡Y si no los aceptás me enculo, eh!

—¡Voy a viajar como bacán!

Puse los doscientos dólares en el secreto, y junto con los cuatro billetes de mil sucres, puse el de cien dólares, el cual pensé cambiar en Ipiales, para tenerlo a mano. Todos estos billetes fueron al bolsillo derecho de mi pantalón vaquero. La ropa ya estaba seca. Cuando la descolgué empezaba a lloviznar. Organicé todo para el viaje y salimos con la Moni a la casa de unos amigos suyos.

—Carlitos, por si llegamos tarde, despertame mañana a las cinco en punto.

—Listo.

Hacía frío, la Moni se había puesto un pantalón negro y un abrigo de piel blanco, se veía preciosa.

Sábado, 17 de septiembre

Bajamos con el “Pelado” Jaimes al estacionamiento en puntas de pie. Cargué todo el equipaje y nos dimos un fuerte abrazo de despedida. Di varias vueltas por la ciudad buscando una gasolinera para llenar todo y llegué al lugar donde tenía para elegir: una bomba en cada esquina, o sea, cuatro estaciones de servicio, enfrentadas. Entré a una de ellas. Llené el tanque y los tres bidones vacíos, el cuarto bidón tenía sus quince litros del combustible. Revisaron los fluidos y compré una botellita de líquido de freno para tenerla guardada. Pagué el importe: dos mil sucres. Pregunté cómo salirle al camino hacia Ibarra y por ahí me fui. Las camionetas trescientos cincuenta van volando, y mucho más cuando bajan el camino hacia la frontera. Yo iba tranquilo, escuchando un casete de Pablo Milanés y tarareaba: “Cuando te vi, sabía que era cierto, este temor de haberte descubierto; tú me desnudas, con siete razones... Yolanda”, y el camino bajaba en curvas infinitas, pero bueno, muy bueno el camino y bueno también el desayuno en Cayambe y vuelta al ritmo del Caribe, a Silvio Rodríguez que estaba del otro lado del casete, con su “Playa Girón”: “Compañeros poetas, tomando en cuenta los sucesos de la poesía, quisiera preguntar, me urge, ¿qué tipo de adjetivos se deben usar para hacer el poema de un barco, sin que se haga sentimental?”.

Llegando casi a Ibarra me invadió un pensamiento brutal. De pronto todo se me puso negro, las curvas se hicieron lentas

y finalmente salí del camino: ¿no le habré dado al trabajador de la estación de servicio, el billete de cien dólares que guardé con los sucres? ¡No me lo perdono! ¡No voy a dejar esto así, me vuelvo a Quito!

La mano no entraba al bolsillo de los nervios, se me trababa entre los pliegues de la tela. Finalmente saqué el manojito de billetes y sí, efectivamente, faltaba el verde... Dicen en Venezuela “chivo que se devuelve se ‘esnuca”, pero no había otra. Hice un giro rápido en la ruta y empecé a subir vertiginosamente hacia Quito. Las camionetas de pasajeros iban rápidas, pero yo las adelantaba febrilmente. Ya no escuchaba música ni nada, me recriminaba haber sido tan descuidado. Debí separar ese billete del resto y aunque quisiese seguir, no podía hacerlo, para llegar bien a mi casa, me hacía falta ese dinero. Iba pensando, ¡perdóneme don Ciro, pero es que no hay tiempo! ¡Ves que sí puedo, Manolo! Entré a Quito como a las diez de la mañana. No sé bien por dónde y no encontraba la esquina dichosa de las cuatro estaciones de servicio, di vueltas y vueltas por no querer molestar al “Pelado” Jaimes, pero tuve que resignarme a hacerlo. Bajé y lo telefoneé.

—¿Dónde estás?

—Aquí está el edificio de correos y...

—Voy de inmediato para allá, esperame unos minutos.

No alcancé a tomar una botellita de agua gasificada, cuando vi llegar a Carlitos corriendo. Le expliqué todo lo que había pasado. Él conocía la esquina de cuatro bombas y hacia allá rajamos. Llegamos al punto, estacioné el carro y Carlitos me miraba como diciendo, ¿en cuál de las cuatro entraste?

—Andá a esta, Pelado, yo voy allá.

Corrió el Jaimes y yo caminé hacia la otra, pero iba inseguro, nada me resultaba familiar, entré en la oficina y pregunté por el muchacho alto, que estaba esta mañana tempranito, nadie entendía nada, salí corriendo y crucé a otra. Al

entrar vi las máquinas proveedoras, las columnas, el espacio en general y sentí que allí había sido mi visita de la madrugada. Vi al flaco alto, pero seguí directo a la oficina. Un hombre, sentado en su escritorio dialogaba con otros dos.

—Buenos días, señor. Esta mañana, tempranito, cargué combustible aquí, me atendió el muchacho alto y flaco que está allí. El problema es que le pagué con un billete de mil sucres y otro de cien dólares, creyendo que eran otros mil sucres...

—Mire, joven, habría que ver si lo que usted dice...

En ese instante entra como una tromba Carlitos, corre hacia el señor que me hablaba y sin mediar palabra, mete sus dedos en el bolsillo de su camisa blanca y saca el billete, diciendo:

—¡Estos son los cien dólares a los que se que refiere mi sobrino!

El Pelado puso su mejor cara de malo. El señor de la camisa blanca se quedó mudo un instante y luego balbuceó:

—Bueno... si son esos... si ese... es el billete... entonces... denme el de mil sucres.

—¡Tome, aquí tiene!

Le dije al encargado entregándole el billete que debí entregar temprano. El flaco alto miraba toda la escena con curiosidad a través de la pared de vidrio. Con Carlitos salimos muertos de la risa.

—¿Che, cómo supiste que tenía el billete en el bolsillo?

—A estos turros los conozco. Un poco me imaginé y otro poco lo vi, ¿no viste que se traslucía?

—Te juro que no. Yo lo miraba a los ojos para ver si me decía la verdad.

—Te va a decir la verdad el año verde.

Me decía esto Carlitos con su tonada bien porteña. Quise arrancar, pero me insistió en comer con ellos:

—Pero vamos, si ya casi es el mediodía, Florcita está haciendo unas milanesas a la napolitana que le quedan exquisitas. Vení, vamos a comprar verduras para una buena ensalada.

—Y un vino, Pelado, esto hay que festejarlo.

—¿Viste la cara que puso el tipo cuando le saqué la guita? Ja, ja, ja.

Proverbiales las milanesas y también la forma como Carlitos contaba en la mesa lo ocurrido. La tía Flor me regañó:

—¡Mira, niño! ¿Este mapa con anotaciones no es tuyo? Te lo habías dejado al lado de la cama.

—Y bueno, tía, así habré ido dejando cosas por todo el camino. Eso no puede evitarlo una memoria deficiente como la mía.

—¡Brindemos! ¡Brindemos porque todo salió bien!

Después de recorrer los trescientos kilómetros que separan la capital y Tulcán, daban las siete de la tarde. ¡Había perdido siete horas! El cálculo inicial contemplaba pasar la frontera al mediodía y seguir por lo menos hasta Tulúa, en el lado colombiano.

Llené el tanque antes de cruzar la frontera. En Ipiales sellaron los documentos, cambié los famosos cien dólares, los sures que me quedaban y seguí viaje con el propósito de llegar, al menos, hasta Cali. La cabeza me daba vueltas, el día había resultado mucho más agitado de lo planificado. Llegué a Pasto cerca de la diez de la noche, de allí a Popayán son casi trescientos kilómetros, pero la ruta está en muy buen estado y me largué. Luego de casi cuatro horas de recorrido y habiendo pasado Popayán, me entraron las dudas. No sabía dónde estaba, sabía que para entrar a Cali había que doblar a la izquierda, por el camino que va hacia el puerto de Buenaventura, pero no había indicaciones y de pronto creí que se me había pasado la variante. Milagrosamente pasé a un vehículo que venía despacio, lo detuve y le pregunté por el camino. El conductor, que

viajaba solo, me dijo que estaba bien, que ya nos acercábamos a una serie de desvíos, que mejor lo siguiera a él y eso hice.

Puse música en la radio, me tranquilicé, me dije que ya no habría problemas, que ya estaba prácticamente en Cali y me distendí siguiendo al coche Fiat, que muy serenamente, iba delante de mí.

Cuando se viaja en las noches, se ve en el horizonte, en el cielo, la mancha clara de la luz artificial de las ciudades y varias veces me pareció ver las luces muy a lo lejos de lo que suponía que era Cali, luces que se acercaban, siempre a mi derecha y al momento ya no estaban. Después de seguir un buen tiempo al Fiat, el señor se detuvo y me dijo:

—Yo doblo aquí, amigo. Usted, para ir a Cali debe regresar hasta que el camino se abre, allí coja a la izquierda. Adiós.

El desgraciado me había llevado para sentirse acompañado o se le olvidó que yo lo seguía... Sin duda, ese había sido el día de los olvidos, de las confusiones, de los ires y venires. Puse toda mi atención en el camino. Las luces me indicaban que estaba haciendo un gran rodeo a la ciudad de Cali o de no sé cual otra, estaba en una carretera que no parecía la Panamericana, esta era una ruta en buen estado, pero muy angosta y a ambos lados se elevaban juncos u otras hierbas de considerable altura. Serían las dos de la mañana cuando, en un ensanchamiento del camino, distingo un ranchito.

Colgando en la puerta una lámpara y hacia un costado de esa puerta, un anciano sentado en una vieja silla de madera y mimbre. Me bajo del carro y le manifiesto que estoy perdido, que no doy con el camino hacia Cali.

—Está aquí cerquita —dijo el viejo y le dio un trago a una petaquita de anís.

—Ando medio perdido, hace rato que doy vueltas sin poder llegar a Cali.

—Descanse, joven.

—¿Y conocerá por aquí cerca alguna posada u hotelito barato, para dormir un rato?

—¿Y un rato como cuánto quiere dormir usted?

—Un par de horas. ¿Qué hora tiene?

—Deben ser las dos, dos y media.

—¿Usted me vigila? Voy a dormir en el auto y me despierta a las cinco de la mañana.

—¿Y por qué no duerme más cómodo? Mire aquí, esta mullida cama.

Me mostró, detrás de la pared de madera y casi al aire libre, una cama alta hecha de troncos y tablas, arriba había colocado paja, alfalfa u otros yuyos a manera de colchón. El ranchito era muy pobre, pero se veía pulcro y limpio. Le dije:

—Bueno, duermo aquí.

—Guardé el vehículo en esa entrada.

Metí el carro, lo cerré bien.

—¿Cuánto me va a cobrar, abuelo?

—Deme algo para el desayuno.

Le di dinero y me arrojé al camastro, a ese pesebre acogedor y confortable. Hoy sábado, hace unos años hubiera estado en un baile con la Flaca o alguna otra amiga, en ACIC, en algún boliche, en una peña folklórica, cantando y compartiendo empanadas y vino o en una playa soleada del Caribe con mi Estrellita. Hoy sábado, entre idas y vueltas, subidas y bajadas, había recorrido con el Zephyr, más de mil kilómetros. Venía el sueño lentamente.

El viejo bebía en la puerta, tranquilo y en silencio.

Domingo, 18 de septiembre

El anciano me despertó antes de las cinco, él no tenía reloj. Dormí dos o tres horas, pero hubiera descansado mejor si no hubiese soñado tanto, un sueño raro, tal vez algo me incomodaba en el camastro y no me dejaba respirar bien. Durante todo el sueño, estuve debajo del agua sintiendo el ahogo.

Ya me iba cuando el viejito me trae un pocillo con café caliente. ¿Cómo hace esa gente que, aparentemente, vive en forma tan elemental, para tener un lugar importante, para la gentileza y la cordialidad? Yo quería besarle las manos. Me había prestado su lecho, me había cuidado y ahora me brindaba café. ¿Qué hubiera sido mejor que un café caliente en ese momento? Creo que nada.

—Usted sigue la vía y en la rotonda tiene todos los carteles, mire, vea. Hacia Cali es a la derecha.

—Anoche buscaba Cali para dormir, en realidad voy hacia Bogotá.

—Entonces siga derecho, mire, vea.

Devolví el pocillo y entré a la ruta con los focos encendidos. Me pareció que sonaba un tic, tic, tic, como si un clavo golpeará en el pavimento. Tal vez al meter el carro al lado del ranchito pisé un clavo o tornillo o algo que ahora penetraba el caucho. Detuve el carro y le di la vuelta mirando los cuatro neumáticos bien inflados. Seguí, pero el ruidito permanecía. De pronto la salvación, un cartelito decía: “Vulcanizadora”.

Detuve el Zephyr y golpeé la puerta. Nadie atendió. Eran apenas pasadas las cinco de la mañana y entendí que el dueño del negocio estuviese durmiendo. Iba a golpear más fuerte, pero me arrepentí y decidí esperar un rato, tal vez media hora, una hora a lo sumo. Me senté en el auto y cerré los ojos para descansar un poco más, tratando de recordar el sueño que me había conflictuado.

—Oiga, señor, voy a Cali. ¿Qué hace ahí de pie?

—¿Y qué puedo estar haciendo aquí? ¡Nada!

—No le hagás caso, pibe. Estamos acá en contra de nuestra voluntad, eso es todo. ¡Mirá esa cómo rezonga!

—A mí, me quitaron a mi niño, alguien debe saber dónde está, en algún sitio debe estar... Disculpe, ¿usted viene de dónde?

—Voy a Cali y de ahí...

—¡Oí, che! Este dice que va a Cali. Por aquí no conozco ningún camino que vaya a ciudades colombianas. ¿Cali es Colombia, no?

—¡Eh, muchacho! No le haga caso a ese, hágame el favor, mire, siga esta hilera de gente, alguno le va a indicar. ¡Alguno de estos individuos debe saber! Tiene que nadar hacia allá... o hacia allá, qué sé yo.

—¿Siempre están aquí de pie?

—¿Y qué querés que te diga? Nos arrojaron y aquí quedamos así, anclados, pibe.

—Yo soy de los pocos que puede moverse, soy el único con los pies de barro.

—¡¿Qué barro, qué barro?! Tenés las patas igual que todos nosotros... ¿Me entendés lo que te quiero decir? ¡Igual que todos! ¡Cemento es lo que tenés en las patas!

—Aquí nadie llegó caminando. ¿Me entendés?

—Che, loco, yo jugaba al *fulbo*, ¿sabés cómo la tocaba? Pero, mirá los zapatitos que me puso Videla, mirá.

—Yo soy dibujante y fijate que conservo intactas las condiciones, pero qué querés que te diga, en el agua no se puede hacer nada, dibujar... Imposible.

—¿Me dijeron que nade hacia allá?

—Sí, pregúntele a alguien que sepa, aquí está lleno de personas. Vaya preguntando. ¿Para Cali, dijo? No creo que nadie sepa, eh.

Empecé a subir, pero la superficie estaba tan retirada. Cuesta creer que el mar tenga fosas tan profundas. Y ahora que voy subiendo, miro hacia abajo y observo las hileras interminables de seres arrojados a esta suerte, parecen tan sensatos, tan razonables, pero deben estar todos muertos... Nadie puede soportar vivo tanto tiempo en el fondo del océano. Nadaba hacia arriba, buscando aire.

No pasaron ni cinco minutos, un tremendo autobús salió de la ruta y se estacionó cerca de donde estaba mi carrito. Se bajaron dos hombres. Los choferes que se turnan en los viajes largos. Me ignoraron por completo. Uno de ellos golpeó salvajemente la puerta y el otro agarró una piedra y con ella fue a darle al portón de la cauchera. Mientras golpeaban proferían gritos que consideré anormales. Por un lado, me convenía y por otro... estos tipos eran capaces de cualquier cosa. Un muchacho delgado abrió el portón y salió asustado. Con gran violencia le indicaron dónde estaba el problema y el flaquito corrió a buscar el gato y las llaves correspondientes. Ellos lo ayudaron y en unos veinte minutos, los salvajes le dieron el dinero y partieron. Recién entonces me miró el flaco. Yo en ningún momento quise manifestar que había llegado primero, pues la agresividad de esos señores era tal, que temí ser masacrado al menor comentario.

—Diga usted, paisano.

—Chamo, oigo un ruidito, que creo que es de esta rueda, pero no estoy seguro. Las cuatro están bien de aire.

El muchacho abrazó varias y con sus manos fue palpando hasta descubrir el asunto. En efecto, un tornillo había penetrado el caucho de la goma delantera izquierda.

—Estos son unos hijueputas. Se creen que uno es su esclavo. ¡Ay de mí si no estoy! Son capaces, mire, vea, de romper todo esto.

Hizo su trabajo, reparó la goma y la volvió a colocar en el mismo sitio. Le pagué y le pregunté por el camino a Bogotá.

—Mire, vea, sale de aquí derecho hasta Palmira, que está como a una media hora y de ahí sigue hasta Buga. Ya en Buga está encaminado a Tulúa, La Uribe, Calarca...

Llegué a La Línea pasado el mediodía. Habiendo tra-
jinado unos doscientos cincuenta kilómetros, llegué al par-
quecito aquel donde dormité a la sombra de los árboles
en el viaje de ida. Subí la cuesta desmesurada y seguí hasta
Cajamarca y luego Ibagué. Recién en Girardot comí un de-
sayuno, almuerzo y cena. Me trajeron una bandeja paisa ati-
borrada de frijoles, garbanzos, caraotas negras, carne mechada,
queso rallado, plátano horneado, cebolla y arroz, similar al
pabellón criollo venezolano, pero con algunas variantes, sobre
todo en los granos. Anocheciendo pasé Fusagasugá, donde
conocí a Salomé, la criatura fascinante que intentó enseñarme
el mapalé. Atravesé Bogotá y como a las once de la noche,
estaba entrando a Tunja. Recuerdo que, yendo hacia Córdoba,
el acceso desde el norte mostraba un paisaje celestial, con valles
fértils, poblados del ganado más abundante y primoroso, pues
en el ingreso, viniendo del sur, la cosa cambió. Era ya noche
cerrada y la carretera estaba siendo reparada, había tranca, una
larga cola de vehículos y sentía que el motor rugía enfurecido
conmigo, por someterlo a este inconveniente, después de una
jornada de más de seiscientos cincuenta kilómetros. Unos cua-
renta y cinco minutos de duro embotellamiento alteraron el

rendimiento del carrito, al retomar la vía y al pretender imprimir velocidad, el motor se apagó. Con la inercia que traía, lo estacioné en la banquina, abrí el *capot* y noté la alta temperatura en la bobina y en los cables que salían del distribuidor. Tomé el trapo que envolvía la jalea real del cabezón, debajo de mi asiento y lo mojé, colocándolo encima de la bobina y de los cables. El trapo se calentaba al instante. Volví a mojarlo y a colocarlo en las partes más calientes. Un señor de cierta edad llegó caminando con un muchachito.

—Debe ser el carburador, déjeme ver...

—No, gracias, amigo, el carburador está bien. Son las partes eléctricas que se recalentaron.

—Si le saca el filtro de aire, verá que está ahogado.

—No, porque no falló, simplemente se apagó. Hay que esperar un poco que se enfríe. Ya va a ver.

—Aquí tengo un aerosol que le limpia el carburador y verá usted cómo enciende enseguida, paisita.

—Le agradezco la molestia, pero no voy a sacar el filtro.

Ante la insistencia del paisano, decidí cerrar el *capot* y esperar a que enfriara. El caballero volvió por su camino re-funfuñando y seguramente tildándome de necio. Intenté encenderlo un par de veces, sin suerte, lo cual causaría el regocijo del voluntarioso señor, que desaparecía en la noche. A la tercera prendió, subí a la ruta y entré sin problemas a la ciudad. Busqué un hotelito y encontré uno bien agradable, todo de madera. Subí las escaleras, en el cuarto me duché, hice las anotaciones de rigor sobre las experiencias del día, organicé todo y salí, tarde, a la calle, buscando el cineclub aquel donde estaba el pituco cafetín. Caminé un rato y fue frustrante ver que todo estaba cerrado, oscuro y en silencio.

Caminé con las manos en los bolsillos hacia el hotel. Había atravesado el continente para compartir con mi hija.

Tal vez este esfuerzo le sirva a Agustina para crecer. A todos nos hace falta saber que somos amados y dignos de algún sacrificio por parte de aquellos que dicen amarnos.

Pero no lo hice por ella, lo hice por mí. No hubiera soportado la vida sin intentar esta odisea, sin abrazar a mi niña, que se había salvado de ser borrada del mapa por la depravación anglosajona. Estrella es comprensiva y apoyó la iniciativa en todo momento, incluso a veces con dudoso entusiasmo, por eso es que la amo y la amaré siempre.

Caí pesado en la cama. Venían las imágenes del mundo submarino, de los arrojados y luché contra esa pesadilla horrenda. Necesitaba descansar, juntar fuerzas, para atravesar mañana el páramo de Berlín, para arribar a la frontera de esa tierra amada, que es Venezuela, para buscar a Yexelina y comer con ella patacón pisao, para tomarme una polar con una reinapepiada, mirando en la televisión a Joselo o a *Malú Mujer*, sentados en el patio con mi Estrellita, los esperados jueves en la noche.

Imaginaba entonces, este mar caribeño, las olas, mi mujer y mi hijo jugando en la playa, corriendo en la arena blanca, entre risas y gritos alegres, y no quería mirar hacia adentro, hacia lo profundo, adentro estaban ellos, ufanos y hasta jactanciosos, dialogando altruistas en el lecho marino, con los pies encementados.

Lunes, 19 de septiembre

Desayuné en el hotel, llené el tanque con la nafta de los bidones y los guardé vacíos, ya no los necesitaría. Cambié por pesos los últimos doscientos dólares en el centro de Tunja y me dirigí a Barbosa. No entendía bien por qué tenemos que andar por nuestra tierra buscando quien nos cambie dólares, cuando nuestras monedas deberían considerarse, aceptarse. ¿No es válido un billete de mil sucres en Argentina? ¿Uno de quinientos soles en Brasil? ¿Uno de cien bolívares en Perú? No, no lo son. ¿Qué tenemos en la cabeza los sudamericanos que no valoramos nuestras monedas?, ¿acaso no tienen valor las pesetas, las libras esterlinas o los marcos en cualquier país de Europa? ¿Es acaso que ellos tienen que ir buscando y negociando dólares para ir de Austria a Suiza, de Bélgica a Francia o de Noruega a Dinamarca? No entiendo la mentalidad primitiva de nuestros cacareados Estados soberanos. En las letras de todos nuestros himnos se pavonea el concepto de la autonomía, de lo que se luchó por la Independencia, pero a la hora de tomar las decisiones, somos dependientes, descarada y bochornosamente supeditados a un imperio necio y vacío. Los imperios chino, romano, turco y otros, poseían valores artísticos, morales y espirituales; este en cambio, parece signado por la abyección, la infamia y la perversidad. Debería obligarse a los bancos a cotizar nuestras monedas como a cualquier otra del mundo. Habría que deshacerse del dólar

como de la lepra, pero desgraciadamente los intereses mezquinos y efímeros se sobreponen a la dignidad, al amor por lo nuestro, por nuestras causas futuras. La sana convivencia entre los pueblos debe incluir la consideración y el respeto a su signo monetario, y la soberanía debe entenderse como un esfuerzo común. En las fronteras se cotiza la moneda del país vecino, porque se usa en el intercambio cotidiano, pero eso solo ocurre en las ciudades colindantes.

Viajaba rumbo a Barbosa, mentalizándome para el cruce del páramo. Hoy no estarían aquellos titanes, Jorge y Gerardo que, sin su ayuda, tal vez hubiera muerto de frío. Hoy la travesía debía ser con luz. Sí, tenía que apresurarme para recorrer los trescientos kilómetros, que me separaban de Bucaramanga, durante el transcurso de la mañana y pasar esa zona de la cordillera andina durante las primeras horas de la tarde. En esta región te matan los peajes. Cada pueblito significa un par de peajes y algunos son perversamente caros. Pasé Barbosa, Oiba, El Socorro y entré a Bucaramanga promediando el mediodía, no iba a poder comer, ansioso por entrarle al páramo, y decidí comer en la altura o del otro lado de la gran montaña, en Pamplona. Empecé a subir la cuesta por la enredadera de curvas, las mismas que había bajado en el asiento del Renault, con calefacción y música estereofónica. Hoy no hubiera hecho falta aclimatar el vehículo, ya que el calor del mediodía le restaba rango a la travesía. Puse el casete de Alí. Obviamente, debí cuidarme de las piedras que habían caído de las cuestas a la ruta, pero nada del otro mundo. Aquella noche de agosto debí quedarme en Pamplona, ya que de día la frescura y el paisaje hacen del tenebroso paso un paseo de lo más encantador.

Veo un peaje improvisado, como muchos en el largo recorrido por Colombia, y detengo la marcha, se acerca un soldado con las vestimentas algo descuidadas.

—Buenos días tenga, hermano. Puede estacionarse en ese espacio, que tenemos que explicarle un asunto muy importante.

Estacioné el Zephyr y bajé presumiendo que este no era un peaje, sino alguna otra cosa. Siguió el hombre armado:

—Mire, compañero, el pueblo colombiano está luchando en las montañas y para sustentar la lucha contra el gobierno oligárquico, todos deben hacer su aporte, por muy humilde que este sea.

—He venido pagando peajes de veinte y de treinta pesos. Tomen, les doy cien pesos y voy a aportar a la causa este casete de Alí Primera.

—¿Dígame, hermano, si tiene “Los techos de cartón”?

—Sí lo tiene.

—¡Qué canción tan hermosa! ¡Jairo, trae el portátil para escuchar una musiquita!

Sonó entonces “A tu casa, mamá Pancha, no la visita el *dotol*, viene a la capilla el cura, cada finales de mes”.

—¿Cuánto me falta para Pamplona?

—Como unos ochenta kilómetros, mire, vea, pero le lleva sus dos horitas, por el estado de la vía, paisano.

—Esa canción de la mamá Pancha siempre me ha hecho llorar, compañero, y le diré que la causa de Alí es la misma causa que perseguimos nosotros. Admiramos a Alí Primera, ¿verdad, Jairo?

—¿Y no tiene otra musiquita revolucionaria?

—Si les doy el de Pablo Milanés y Silvio Rodríguez me dejan sin nada, y el que viaja solo necesita...

—Serán esos de la nueva trova cubana, que le dicen, ¿verdad, *cumpa*? Esa música es bacana de verdad.

—Tomen, se los dejo también.

—¡Mira, Jairo, que no es tuyo! El señor está haciendo un donativo para la causa, ¿es así o no, camarada?

—Sí, Jairo, es música para la causa revolucionaria.

—¿Gusta un trago, paisano?

—¿Qué beben?

—Un roncito Caldas, solamente para pasar el frío; tome, cumpa.

Me habían hablado del peligro de atravesar estas montañas, que la guerrilla las había controlado y que podían darme muerte. Ellos, los guerrilleros de las FARC, me demostraron en un instante compartido que el honor y la moral del revolucionario son lo mismo en todas partes, humildad, gentileza, nobleza de espíritu y entrega a una causa. Lástima que, en algunos países se requiere que esa entrega sea armada. Colombia está asumiendo, de algún modo, la defensa de la cuenca amazónica de las aspiraciones imperiales. Pronto tendremos que seguir su ejemplo y entrenarnos para la lucha armada, porque el imperio no cesa en sus estrategias para tomar lo que no es suyo. Al ratito llegué a Berlín, reconocí la taguara donde me tomé la botellita de un sorbo y allí mismo entré a beber café. El espacio era agradable y buscaba yo en los rincones a la gente que se agrupaba hace un mes, protegiéndose de la tormenta, en la cruda noche de principios de agosto. Tomé un café delicioso y con él me llenaron una botellita de agua mineral para beber en el camino. Pasé por la recta donde se había descompuesto mi carrito y recorrí el buen trecho que debieron hacer los del Renault para buscar combustible. Empecé a bajar y como a las cuatro de la tarde estaba ya en Pamplona. Busqué un lugar apropiado para mi sesión diaria de nutrición, pero de pronto me dije: ¡hoy como en Venezuela, chau! A las cinco y media llegué a Cúcuta y entre trámites y cambio de los pesos que me quedaban, a bolívares, arribé a tierras bolivarianas a las siete de la noche. Era lunes, el martes temprano debía sellar pasaporte y tríptico, por lo que me quedé allí y no seguí hacia San Cristóbal, lo que muy posiblemente hubiera hecho de no mediar este trámite. Me alojé en el mismo hotel que

usé en la ida. Tenía unos setenta dólares en plata venezolana y con ese dinero, unos quinientos cincuenta bolívares, tenía para comer, dormir, comprar combustible, regalos... ¡Qué barato es Venezuela! En el restaurante del hotel pedí un plato de merluza asada, con puré de papas y una ensalada completa, a la cual le ponen tomate, lechuga, cebolla, palmito, aguacate, zanahoria y remolacha sancochadas, aceitunas verdes y todo eso bien aderezado con aceite de oliva, sal y limón, un verdadero manjar.

Terminando la comida, un señor muy respetable se acercó a conversar.

—Yo lo vi a usted aquí hace cosa de mes y medio. ¿Viene siempre?

—Sí, cuando me alojé aquí iba rumbo a Argentina por la Panamericana y ahora estoy de vuelta.

Este señor, de nombre Efrén Ramírez, era escritor y cineasta, conocía a Mahfúd Massís, a mi abuelo, a otros amigos como Javier Villafañe, Jaime González, hablamos un buen rato sobre mi viaje y le interesó mucho la historia de don Ciro, especialmente lo relacionado con los conflictos entre hermanos, facilitando la intensión de los europeos. Me dijo:

—No hay que irse tan lejos para encontrarse con crónicas de nuestra ingenuidad. Aquí fue igual. El cacique Araguare, rey y señor de los Valles de Táchata, mantuvo a raya a los españoles, infligiéndoles importantes derrotas, pero cayó en la trampa por inocente. Francisco Carrizo hace prisionero a su amigo, el cacique Camaco, y promete su libertad, a cambio de un diálogo franco y amistoso con Araguare. La condición para entregarle a su amigo sano y salvo era asistir desarmado, y así llegó, creyendo en la palabra del invasor, desprovistos él y varios de sus hombres y portando licores y otros obsequios para brindar en señal de amistad. Pues los españoles, que ya habían dado muerte a Camaco, los recibieron del siguiente

modo: les cortaron orejas y narices, los torturaron y los asesinaron a garrotazos.

—Esas reyertas siguen. Parecemos estúpidos manteniendo conflictos y resentimientos estériles y sin sentido que nos distancian.

—Aquí se pelean adecos y copeyanos. Se dice que los adecos son mejores porque roban pero dejan robar. Mira, nuestro pueblo es honesto. Tenemos fama de ser todos corruptos, esa es la verdad. Copeyanos y adecos, es todo lo mismo. La única diferencia verdadera es que, entre nosotros, unos, los honestos, trabajan y los otros son los bandidos que roban y se quedan con todo y, como su tierra no les importa, se lo llevan a cualquier parte, a donde sea.

Tomamos un par de cervezas y me fui a llamar por teléfono al teatro Tempo. Avisé que mañana martes estaría por allá y pedí que me prepararan un cuarto para pasar la noche en Guanare.

Había dormido bien la noche anterior, por lo que salí a caminar hacia el puente, buscando a Yexi Sexi. Me senté cerca del puente y miraba la misma montaña que me impresionaba al partir. Ahora mi delirio no era adentrarme en ella. Ahora me esperaban los inmensos llanos que se mantienen desde el Táchira hasta los valles aragüeños, allí subiré la montaña mirandina, para bajar a La Guaira querida, al litoral central, donde mi oficina es la fuente de soda del aeropuerto.

Yixelina, creo que era ella, tenía una interesante reunión con un grupo de personas, por momentos se enojaba y parecía discutir acaloradamente, pero al instante bailaba, hacía equilibrios en la acera y bromeaba, para la risa de todos.

Martes, 20 de septiembre

Me levanté tarde ya que, de cualquier modo, debía esperar que los funcionarios abriesen las aduanas fronterizas. Después del desayuno, compré el periódico y fui a sellar la salida en mis papeles a Cúcuta. Vuelvo a San Antonio y me encuentro en la aduana con una larga cola de personas esperando para formalizar su ingreso o su salida del país. Un caballero que caminaba en actitud sospechosa me sacó de la cola y en voz baja, me preguntó si estaba dispuesto a pagar la módica suma de cuarenta bolívares, para hacer el trámite de inmediato.

—No. Prefiero hacer la cola.

El señor no se sintió ofendido y tranquilamente siguió buscando algún incauto. Ninguno de los que estábamos allí se prestó al juego, pero al rato lo vimos pasar con unas personas recién llegadas, caminando hacia las oficinas. La gente empezó con sus comentarios:

—¡Epa, coleados!

—¡La cola es por allá, señores!

—¡Ajá, consiguió que le pagaran!

—Eso es corrupción, mijito. Donde la pongan.

El funcionario corrupto muchas veces es visto con simpatía, se lo ve como al vivo, como al pícaro que sabe sacar provecho en cualquier situación. Existe aquí un dicho popular: “No me den, pónganme donde haya”, el vivo sabrá sacar su tajada. Algún día habrá que juzgar al corrupto como asesino

y esto parece una exageración pero, cuántos niños no pasan hambre porque el funcionario de turno desvió los fondos que estaban destinados a ciertos programas de alimentación, de desarrollo de viviendas, de organización comunitaria, para resolver problemas del barrio y tantos más. Los vivos compran lujosos departamentos y carrazos, y el pueblo pareciera aplaudirlos y aprobarles la picardía.

Salieron los que pagaron y la cola fue corriendo lentamente. Yo aproveché para leer con profundidad algunas notas de las que apenas había visto el titular: Desabastecimiento de leche porque los ganaderos quieren un margen mayor de ganancia; huelga de maestros; comunidades protestando por el deterioro de sus calles; un sinfín de situaciones que, en este momento, lejos de preocuparme me reafirmaban en este suelo que había escogido como mío. Los detalles me confirmaban que había llegado a mi destino.

El trámite me llevó la mañana. Al mediodía pasaba la hermosa ciudad de San Cristóbal, donde el amigo Carlos Tovar tiene su teatro de títeres en el salón de lecturas del ateneo. Allí estuvimos con Roberto Fois, allá por el 78, realizando talleres de títeres y temporadas en la hermosa salita de espectáculos del salón de lecturas, frente a la plaza.

En Guanare me encontraría con Coromoto, la causante de la separación de mis padres. Ella estaba allí cuando él lo necesitó, pero pudo ser otra. Hay ciclos que se cumplen, y mis padres cerraron uno, hermoso y productivo. Yo espero que ellos mantengan la amistad, porque ese respeto y esa valoración mutua son la base del equilibrio que mi hermana y yo necesitamos para procesar y asumir la moral y la ética que de ellos aprendimos.

Almorcé a las dos de la tarde en La Pedrera, unos ricos pinchos de carne asada con vegetales cocinados a las brasas y hallaquitas de chicharrón. La rueda santacruceña estaba muy

carcomida y la chiclayana se había gastado irregularmente, por lo que entré a una cauchera y las cambié por el par de cruceñas que tenía ya instaladas en sus rines. Hice algunas rotaciones de los cauchos y mantuve en el asiento trasero, como repuestos, las dos que estaba sacando. Daban las cinco de la tarde cuando pasaba por Santa Bárbara y anocheciendo entré a la gran urbe, Barinas, una ciudad llanera que crece a ritmo alocado y que, a pesar de esto, no pierde su hermosura. Como a las ocho de la noche llegué a Guanare, fui directo al teatro donde me esperaba la Coromoto con unos amigos chilenos, Pablo e Isabel, que se dedicaban a la fotografía, tenían varios negocios y les presumían a los títeres también.

Cerraron el teatro y fuimos a cenar a una pollera, donde se prepara el ave al espiedo y se la acompaña con ensaladas variadas, yuca sancochada y mucha cerveza fría. El calor de Guanare es proverbial y sobre todo en esta época. Hacia enero y febrero se atenúa un poco, pero los vientos alisios, durante casi todo el año, ignoran esta región llanera. No llega a las temperaturas de Maracaibo, Lagunillas y Bachaquero, pero te hace sudar, incluso entrada la noche. Conté del viaje historias que ya salían solas de tanto que las había repetido. Ellos narraron las desventuras del teatro en Guanare, mientras mi viejo permanecía en Europa en un viaje que se prolongaba. Varios políticos habían mostrado interés en las instalaciones del Tempo. La directora de cultura manifestó: “Y si el maestro Di Mauro no está ya, habrá que ver hasta qué punto es conveniente mantener ese proyecto allí”. Los músicos de la banda municipal querían el espacio para sus ensayos, y varios funcionarios lo visitaban con manifiesto deseo de echarle mano.

Pablo e Isabel se fueron a medianoche. Coromoto estaba ansiosa por darme noticias de mi padre, pero esperó a que la parejita se retirara.

—Mira, Dani. Tus padres no lograron rehacer la pareja. Lo intentaron, primero en Italia y luego en España, pero no han podido borrar todo lo que pasó, sobre todo Laurita. Trae a cada momento los recuerdos de lo que ella considera que fue una traición. Le pregunta a Eduardo detalles sobre cómo se inició nuestra relación. Evidentemente no lo perdonará nunca.

—¿Cuándo llega él?

—La semana próxima, el 30 de este mes. Cae viernes.

—La relación de ellos fue siempre la envidia de los amigos. Constituían la pareja perfecta. Ella, abnegada y fiel esposa; él, sacrificado y fiel marido, pero tal vez el Caribe los estremeció, la distancia. Luchar tan lejos de tus cosas te pone en desventaja, Coromoto, y uno se aferra a cosas en las cuales supone que podrá encontrar cierta estabilidad.

—¿Y yo soy una de esas cosas? Tu padre se aferró a mí buscando estabilidad. Yo pensé que lo habría hecho por auténtico amor.

—En realidad no sé por qué lo habrá hecho, no lo imagino siquiera. Simplemente trato de darle alguna explicación, trato de encontrarle la forma, para comprenderlo y aceptarlo.

—Tu padre es muy fuerte, Daniel. Aquí lo necesitamos desesperadamente. Si él no llega, es posible que cierren el teatro.

—Tal vez esa desesperación sea una de las causas por las cuales ni en Italia ni en España se logró nada. Decime con absoluta sinceridad, ¿lo has estado llamando constantemente?

—¡Él es quien me llama casi a diario!

—Ambos son fuertes, Coromoto. Él tiene aquí su vida, su propósito fundamental y tantas cosas que hacer. Su vida son los títeres y enfrentarse a todo lo que pueda interferir sus proyectos. Pero mi madre seguramente encontrará allá o aquí al hombre que le devuelva el entusiasmo, tiene hermosura, una

capacidad de amar monstruosa y es por naturaleza seductora. Posee la rara facultad de generar mundos infinitos.

Salimos de la pollera en la noche sofocante de Guanare en septiembre. Estuvimos a punto de chocar con un camión que atravesaba la ciudad con dirección a Barinas.

—No vayas a chocar justo aquí, después de haber cruzado de punta a punta el continente, flaco.

Las casitas de los barrios del sur apagaban sus luces, manteniendo puertas y ventanas abiertas, en actitud de súplica, como implorando una brisa que no llegaría. La avenida Unda y la principal nos llevaron hasta el departamento. La panadería cerrada emanaba todavía olores de pan horneado y café tostado.

Coromoto durmió en la camita de la sala. Me había preparado la cama matrimonial y me insistió en que durmiera allí.

—Yo duermo acá. Esta camita basta y sobra.

—Necesitas descansar, loco. En la habitación vas a estar más cómodo y fresco con el ventilador del techo.

El calor era agobiante. La mesita del cuarto me sirvió para sentarme y apoyar en ella los codos, para sujetarme la cara, conteniendo el cerebro en desorden por los vapores del alcohol y las noticias recientes. No sé cuánto tiempo habré estado así, con ideas vagas y sentimientos errantes.

El perro de un vecino cercano ladraba sin parar y cuando se calmó, empezó a cantar un gallo. Nada extraño, ruidos naturales de la noche llanera, pero que hoy me atormentaban y me espantaban el sueño.

Me arrojé a la cama con brazos y piernas abiertos, mirando el techo, las aspas del ventilador, las manchas de alguna luz que se filtraba, la silueta oscura de los títeres en la repisa, la bruma pesada, casi espesa, las sombras cálidas en movimiento.

El insistente gallo me hacía pensar que era ya la madrugada, pero apenas daban las tres de la mañana. Di vueltas

en la cama, entre asfixiado y sofocado. No tenía sentido estar allí sin poder conciliar el sueño, cuando podría estar avanzando con el Zephyr hacia La Guaira. Así, algo mareado, podía ser peligroso manejar en esa vía, aunque el airecito nocturno me refrescaría al instante.

Coromoto se había dormido y tendría que molestarla, pero debería entender que se me hizo necesario seguir. Incluso, podría abrir la puerta y salir sin despertarla, podría dejarle una nota explicándole mi decisión. Sí, eso haría, iba a viajar en la noche para estar más temprano en mi casa.

Imaginé a mi amada besándome y ese pensamiento me tranquilizó, sentí una leve brisa que en ese instante me acariciaba.

Miércoles, 21 de septiembre

Coromoto me despertó a las ocho de la mañana, ya había preparado un buen desayuno: café con leche, pancito francés aún caliente de la panadería de al lado, jamón, queso y perico, que no es otra cosa, que huevo frito con tomate y cebolla. Comimos con mucha camaradería y nos despedimos.

—Negrito, amo a Eduardo como nunca amé a nadie y no me culpes si he luchado por él.

—No dudo que lo quieras ni que hayas batallado por tenerlo a tu lado. Lo que te critico es que equivocaste el modo de hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—No sabría... o no quiero explicártelo. De todos modos, negrita, gracias por todo. Avisame hora y vuelo para ir a esperar a mi viejo.

A dos cuadras del departamento hay una bomba que tiene cauchera. Revisé allí la presión de los neumáticos, llené el tanque y apareció en la moto Israel Morillo.

—¡Hola, negrazo!

—Hola, compadre. ¿Estás llegando del viaje? ¿Cómo te fue?

—Muy bien, Israel. ¿Qué proyectos hay por aquí?

—Eduardo está planificando un par de giras por el oriente y el occidente para ir agarrando práctica. Estamos haciendo la réplica de la sala estable, compadre.

—¿Práctica para qué?

—Para hacer luego una gira latinoamericana. Me extraña que no lo sepas, Daniel, él cuenta contigo para la programación.

—Bueno, ya hablaremos cuando regrese. ¿Y tus hijas?

—Todas bien, la negrita va a ser madre.

Mientras hablábamos se acercó un muchacho vendiendo música en casete, y ya el negro lo despedía cuando alcancé a ver en uno de ellos la cara de Alí Primera.

—Para ver, ¿qué tienes de Alí?

Compré tres casetes de él, uno de Morela Muñoz y otro de Serenata Guayanesa.

Conversamos unos minutos más y me entregué a la ruta. Esta carreterita del llano es muy peligrosa y mucha gente importante ha dejado su vida aquí. El peligro radica en que, teniendo rectas muy largas, los camiones y otros vehículos toman mucha velocidad, pero de pronto aparecen puentes muy angostos y entre otras cosas, los camiones acostumbran atravesar los puentes por el medio, por el mero centro de la vía. Los condimentos son: rectas largas, curvas repentinas, inmediatamente un puente, otra recta y si a esto se le suma una deficiente señalización, el resultado es peligro extremo. Los carros que van y vienen no se ven, se encuentran en el puente a velocidades de espanto y claro, queda el despelote. Los puentecitos son arreglados una y otra vez, pero la solución definitiva será la autopista, que desde hace tiempo se planifica y nunca agarra el envión definitivo, se ven algunos tramos a los costados del camino, pero los trabajadores ya no están, y donde había terraplenes con la tierra recién aplanada, ahora hay verdaderos bosques de yuyos que han ido creciendo.

Conociendo la ruta y el estado de las gomas, debería ir despacio, pero acelero el Fordcito llevándolo a ciento cuarenta, ciento cincuenta, quiero llegar a mi casa y la ansiedad es muy grande. Paso por Acarigua como a las diez de la mañana y a

unos cincuenta kilómetros de San Carlos, en una curva parabólica amplísima, revienta un caucho trasero. El Zephyr derrapó y se fue coleando hasta dejarme mirando hacia atrás, luego, la inercia lo llevó hasta la banquina. Gracias al cielo en ese momento no tenía cerca una gandola, ya que lo angosto de la vía hubiera hecho difícil evitar un accidente grave.

Estuve un rato estabilizando el carro para poderlo levantar y así colocar uno de los repuestos. Unas mujeres llegaron a ver si me había pasado algo, y una de ellas, la más afectada y preocupada, me abrazaba y me dijo que se me había caído la gorra con la maniobra.

—Yo no uso gorra, señora, le aseguro que no es mía.

—¡Pero, mijo! ¡Si la he visto caerse con estas, mis dos pepas de ojo!

Me colocó la gorra y por no ser descortés la dejé. Momentos más tarde llegó un patrullero y me preguntó si necesitaba ayuda, pero al verlo, las mujeres se despidieron rápidamente y salieron corriendo.

—¿Conoce a esas mujeres?

—¿Cómo las voy a conocer? Rompí la rueda en plena curva y estoy vivo de milagro. Mire, las gandolas no dejan de pasar ni un segundo. Pero en ese momento estaba solo mi Zephyr.

—Ellas vinieron a robarlo.

—Pero fueron muy amables, incluso una de ellas me regaló esta gorra.

—Ese es el *modus operandi*, musiu. Te ponen la gorra para que aquellos que se esconden allá sepan que no estás armado. ¿Te abrazaron?

—Sí, con gran afecto.

—¿Afecto? Te estaban palpando para ver si cargabas un hierro.

Esperaron a que cambiara el caucho. Entre la cruceña y la chiclayina, preferí la última. Me quedaba un solo repuesto,

¡y en la lona ya bigotuda! Partí y atrás de mí arrancaron los canas.

Disminuí un poco la velocidad, pero al ratito ya estaba trepando los ciento veinte y dale, el motorcito se había portado como un macho y después de un periplo de veintiún mil quinientos kilómetros, me estaba trayendo nuevamente al hogar.

En San Carlos compré dulces y unos carritos de colección para el cabezón. Llamé a mi hermana, pero nadie contestó el teléfono, por lo que decidí seguir viaje sin entrar a Valencia. Hoy miércoles y a las dos de la tarde deben estar en alguna ocupación.

Pasando Maracay, en la bomba Las Morochas, comí una arepa mientras llenaba el tanque y revisaba el estado de las gomas. Aparentemente todo se mantenía dentro de la normalidad. Volé por los valles aragüeños, subí raudo en las curvas mirandinas y pasé como a las cinco de la tarde por Caracas. Bajé la autopista que va a La Guaira y hasta el carro temblaba de la emoción. Salir del túnel Boquerón II y ver el mar, el puerto, los buques en su ajeteo diario, las grúas, los guinches, los aviones que entran y salen constantemente. Atravesé Catia La Mar y me dirigí al barrio La Capilla. Estacioné frente a la casita blanca que nos alquilaba doña Trina. Allí estaba el Zephyr verde del vecino, algunos niños correteaban en la placita, los amigos de Mauro. Cuando abrí la puerta, escuché:

—¡Dani! —similar a aquel “¡papá!” que había gritado Agustina, este sonido, tan amado como el otro, traía a una mujer hacia mis brazos: —Mi amor. Demoraste un poco más de lo calculado.

—Ya te contaré todo con detalles. En realidad perdí un par de días porque tuve que esquivar el costo de la nafta chilena.

El Tuti venía corriendo desde el baño y ya éramos tres los que nos abrazábamos.

—Pablo Spadari está esperando que llegues para hacer una reunión en su casa. La hará mañana en la noche.

A esa reunión irían también unos amigos que viajaban a Lima y aprovecharía su ida para mandarles a los Aramayo algo del dinero facilitado, reuní ochenta y siete dólares, envueltos en una hoja donde les escribía una carta y les agradecía el favor.

El jueves fui a la casa de repuestos para burlarme un poco del que había hecho comentarios hirientes de mi Zephyr:

—¿Así que es desechable? ¡Mira, bolsa!

Subí a Caracas a entregar el tríptico en el Touring Club y retirar mi depósito, ocho mil bolívares, con el cual cubriría el impuesto de exportación, por si el carro no regresaba. Visité Fundarte para confirmar mi compromiso de ejecutar los proyectos que habían sido aprobados y bajé a La Guaira. Compré un juego de cauchos nuevos, balanceados y alineados. Cambié aceite, filtros de aire, aceite y gasolina. Le hice lavado y engrase. Parecía recién sacado de agencia. Las bujías, después de todo el trajinar, estaban, para la sorpresa de todos, en perfecto estado.

En la tarde descansamos, y después de ver el capítulo de la brasileña Malú, fuimos a casa de Pablo donde, con un grupo de amigos, estuvimos hasta tarde cantando, bailando y conversando de mil cosas.

—Mañana nos vamos a Chuspa con Mauro y Estrella, pienso descansar allá por lo menos cuatro días.

—¡Oye! Dicen que la vía está muy mala. Ha llovido mucho y los ríos están crecidos.

—No es jactancia, sino que he atravesado tantos ríos, riachos y arroyuelos, que no les tengo ya ni pizca de respeto. ¡A Chuspa nos vamos!

Nos largamos el viernes temprano. Pasamos Maiquetía, La Guaira, Macuto, Caraballeda, Naiguatá y Los Caracas, allí empieza el camino de tierra, siempre bordeando el agua del mar Caribe. Por momentos nos acercábamos al mar en la costa acantilada y otras veces nos alejábamos entrando a poblaciones de pescadores como Osma, Todasana, Oritapo, La Sabana, Caruao,

cruzando zonas pantanosas y algunos ríos, que me daban más risa que temor. Finalmente entramos a Chuspa, donde alquilamos una casita en la avenida principal del pueblito. En la misma calle en la que años atrás habíamos organizado los meses culturales, en la callecita que desemboca en el malecón, donde las mulatas se pasean mostrando cuerpos esculturales y los negros se pavonean de ser, a no dudarlo, la raza atlética por excelencia. Toda la posada era nuestra, organizamos un cuarto para Mauro y otro para nosotros. Llevábamos carne asada, milanesas, vitel toné, así como muchas otras cosas para comer y compartir durante la estadía. Pues comimos y corrimos al mar. Nos acercábamos al agua y el Tuti desconfiaba, no le tenía mucho aprecio a la idea de bañarse en el agua fría y varias veces tratamos de convencerlo para que viniese con nosotros, sin suerte. De pronto, Estrella lo trae y al pararlo en el agua, el cabezón sale corriendo con todas sus fuerzas hacia lo que él suponía, era tierra firme, pero pobrecito. Yo iba detrás de él. Atravesó toda la playa y llegó con mucho envión al lugar donde había una especie de barranca y abajo transitaba el río Guayabal. El Tuti debió pensar mientras caía que mejor era hacerlo glamorosamente, porque entró al agua al mejor estilo de los clavadistas mexicanos. Yo me lancé detrás de él y supongo que un poco disfrutó la aventura, pero otro poco le sirvió para entender que el lugar más seguro, estará siempre cerca de los padres.

Allí, en ese paraíso, pasamos el largo fin de semana amándonos, desmenuzando tanto el viaje como las cosas que habían acontecido en mi ausencia, disfrutando cada segundo, con el sentimiento de paz profunda y serenidad que te brinda el haber cumplido un propósito. Agustina y nosotros vivíamos en puntos apartados, casi opuestos del continente, pero una energía suficientemente sólida dibujó un puente firme, inquebrantable, para siempre.

A manera de epílogo

Viernes, 23 de febrero de 2007

Desde hace muchos años quise hacer la crónica de aquel viaje a Córdoba, pero fue recién en diciembre pasado que el viejo anhelo se transformó en impulso y sentí que esa necesidad se hacía fuerte y, a pesar del temor inicial, me fijé el propósito de llevar adelante el compromiso. Tal vez si lo hubiera hecho antes, habrían prevalecido otras cosas, posiblemente el recuerdo hubiera estado impregnado de atmósferas, olores y detalles que hoy se disipan, pero en su lugar se ubican el regocijo de haber vivido momentos que la distancia hace excepcionales y la responsabilidad que hoy, a los 53 años, asumo como importante e impostergable. Siempre amé mi tierra, siempre sentí la ofensa en la cara frente a la pobreza y al dolor, frente al olvido y al abandono, son conceptos esenciales que aprendí de mis padres, pero que ha reafirmado en mí el tiempo y la conciencia ante la voracidad de un sistema de producción y consumo que irrespeta y estremece la esencia misma del género humano y su relación con el mundo.

Sobre el devenir de los seres que interactuaron en el relato, empezaré por Agustina, que es mi hija Greta, quien, en Córdoba, hoy se desvela trabajando en su tesis, para graduarse de arquitecta. Agustina es su hija, mi nieta, a quien, con cuatro añitos recién cumplidos, dedico este libro de memorias.

Greta nos visitó durante varios meses en el año 98, le costó un año de su carrera, pero valió la pena. En Valencia conoció a sus hermanos y juntos pasamos días inolvidables de playa y retozo. Mauro, el cabezón, superó con tratamientos oportunos el asma que lo aquejó un tiempo, hoy goza de estupenda salud, trabaja y estudia en la Universidad de Carabobo, en la Facultad de Educación. A él le siguieron dos hermanas; Fabiana, estudiante también de Educación en su mención de Artes Plásticas, escaladora de paredes y montañas, surfista y amante de acampar en la playa y en cualquiera de los rincones maravillosos de la geografía venezolana, y Mariana, que cursa el primero de Ciencias, en un liceo de Valencia, practica la capoeira y se interesa por todo lo que nos llega del Brasil, desde su idioma hasta su alegría inagotable, sobre todo por internet, ya que ella puede estar horas chateando y navegando espacios virtuales. Estrella siguió amando la danza, no solo la danza folklórica nacional, sino todas las formas de bailar de cualquier lugar del mundo, realizó estudios sobre cultura popular en un instituto en Caracas y se licenció como educadora. Salimos del litoral central en el año 1985, dos años después del viaje aquel, y aquí, en Carabobo, formó numerosas agrupaciones de danza, coordinó eventos de cultura popular, seminarios, talleres, festivales, integró el elenco de investigación y proyección folklórica Botijuela y no dejó nunca de acompañarme en los proyectos relacionados con los títeres. Ana, mi hermana, desarrolló las diversas técnicas del vitral y hoy trabaja en un proyecto muralístico de grandes proporciones. Su esposo, Rodolfo Cibanik, es un exitoso empresario que se desempeña como ejecutivo en cargos de responsabilidad gerencial. Maximilien, mi sobrino, vive actualmente en Montreal y allá, con Claudia, su esposa, ejerce como especialista en computación. Dos hermanos le siguieron: Celeste, que nació en Beer Sheba, Israel, en el 78, graduada en Diseño, y Matías, que lo hizo aquí en Valencia, ocho años después, quien posee

una definida vocación por el arte cinematográfico. Mis padres volvieron a Venezuela. Laura, mi madre, hija del poeta Pablo de Rokha, vive en Caracas con su actual esposo, Marcos Pérez, es autora de varios libros de obras para teatro de títeres y cuentos, elabora muñecos de variadas técnicas de actuación y realiza exposiciones con ellos en Venezuela y el exterior. Mi padre, Eduardo Di Mauro, hijo de doña Isolina y don Francisco Di Mauro, está radicado en Guanare, donde dirige al teatro Tempo y el Instituto Latinoamericano del Títere; su compañera, Maritza Peña, es titiritera, y juntos mantienen una importante actividad profesional. Coromoto se fue con Ignacio, uno de los tantos titiriteros argentinos que suelen transitar Venezuela, con él tuvo dos hijos y vive en la Patagonia austral.

Carlitos Jaimes, el Pelado, nos dejó el 9 de febrero del 97, debido a un cáncer de páncreas, y Florcita, mi tía, cantante y amante de los gatos, vive aún en Quito con sus hijos Pablo y Mónica. Juanita Inés, la Joao, vive aún en Santiago; mi tío Pepe, el pintor, falleció en el 93. La tía Lukó y mis primos, Patricia y el Chico Tagle, mantienen la actividad pictórica y poseen en el centro de la capital chilena, en la calle Holanda, una galería de arte. El tío Héctor Di Mauro sigue dando clases en su taller de títeres de la avenida Patria, con Raquel, su esposa; Quique es uno de los importantes titiriteros de nuestro continente, posee una hermosa publicación llamada *Juancito y María* y un Festival de Titiriteros Juglares, que sobrepasa ya las diez ediciones y es orgullo de todos los colegas de nuestros países. Adriana es maestra y con el arquitecto Hugo Gauna poseen una hermosa familia. Boboto, siempre con la música latinoamericana, dejó Quetral y siguió con América Nueva, donde también cantaba Patricia, su esposa, y actualmente tiene el Barbablanca trío, desde donde canaliza la canción trovadora y contestataria. El "Tano" Serra es un acaudalado abogado cordobés. Manuel Jaramillo mantuvo su rol de juglar, ya no sube

al monociclo porque está gordo, pero sigue haciendo reír a los niños, con sus ocurrencias y payasadas. Los Aramayo mantienen su trabajo titiritero, aunque tengo entendido que la salita de títeres del parque Japonés fue cerrada hace ya unos años. Los trece dólares que restaba devolverles fueron entregados por la gente del Tempo en el 87, cuando pasaron por Lima en su gira continental. Alba Enrico y Carlitos Vaca, cansados de esperar a mi padre, emprendieron con mucho éxito la producción *Pluft, el fantasmita* de la escritora brasileña María Clara Machado y fallecieron en el año 93. De Gerardo y Jorge, Salomé, del profesor don Ciro, Manolo, doña Carmen, Martín, Luis y Yixelina, no volví a tener noticias. La “Flaca” Alicia se casó con Miguel, el boliviano, y con él tuvo dos hermosos hijos; primero nació Lucas, en el 85, quien actualmente estudia en la Facultad de Economía de la Universidad de Córdoba, y luego, Facundo, un año menor que mi Mariana y que estudia el tercer año de secundaria.

Año y medio después de aquel viaje nos vinimos a vivir a Valencia. Por un lado, el médico de Mauro nos había dicho que la presión atmosférica de La Guaira era fuerte, que buscáramos para vivir, una ciudad que estuviera a unos quinientos metros sobre el nivel del mar y, por otro lado, mi padre me había solicitado, como lo anticipó el negro Morillo en mi paso por Guanare, que me incorporara al equipo del Tempo, con el cual realizaría giras por todo el país. Valencia aparecía como el lugar indicado, estaría cerca de mi hermana y está ubicada en el centro de Venezuela, por lo cual se mostraba como el lugar estratégico para los viajes de programación, y está a quinientos metros sobre el nivel del mar.

En el año 87, Tempo inició una gira por Latinoamérica que les llevó dos años. Recién entonces dejé de viajar constantemente y me dediqué a programas de desarrollo del títere en Valencia y todo el estado Carabobo. En el año 91, y después de dos años de trabajo, estrenaron diez agrupaciones de títeres, una

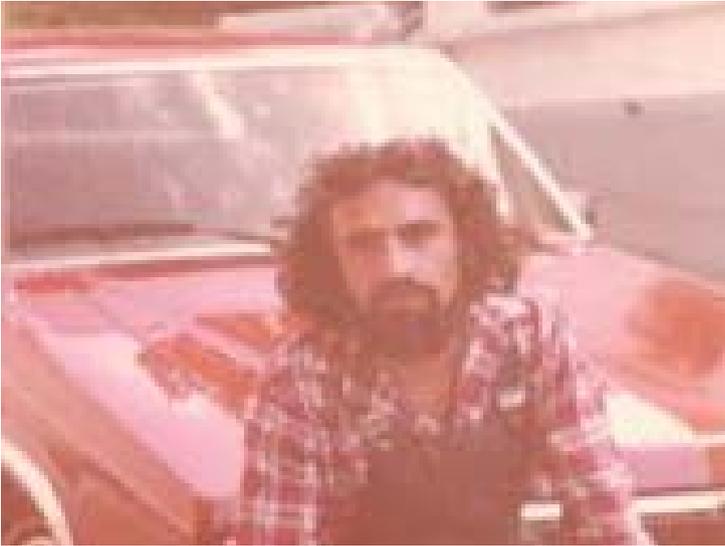
en cada ciudad cabecera de municipio, en todo el estado. Estos grupos se han mantenido y varios de ellos han sido invitados a festivales internacionales con sus espectáculos para niños. Durante once años ofrecí clases de títeres en la Universidad de Carabobo, y debí renunciar debido a la necesidad de realizar constantes viajes por América y España.

Como puede deducirse en la narración, siempre tuve ideas de izquierda. No fui el mejor de los militantes, varias veces me visitaron del partido a la casita de la avenida Patria para sermonearme por mi manía de poner en duda todo, incluso ciertos informes del buró central, lo cual resultaba inadmisibile a los camaradas. También es verdad que el fracaso de la URSS produjo en mí, ciertas confusiones que, aunque no minaron mis convicciones, me hicieron aceptar con resignación que el devenir de la humanidad hacia una sociedad más justa y equilibrada, debería esperar. Asistí con estupor a las noticias que hablaban de la invasión de Panamá y Grenada, a la desintegración de la antigua Yugoslavia, al genocidio de Sabra y Chatila, al maltrato inhumano del pueblo palestino y del sur del Líbano, a la profundización del conflicto armado en Colombia, y me desorientaba, sin duda, el hecho de que el mundo entero fuese testigo ciego, sordo y mudo de esta suma de acciones vandálicas y terroristas; en algún momento supuse que habría que aceptar estas cosas con una sonrisa, pero más que sonrisa, tendría el planeta una mueca rígida y trágica de dolor y espanto. Hacia finales de los 90 hace su aparición la figura de Chávez y no es que vea en la experiencia bolivariana revolucionaria la salvación del mundo, pero cómo y cuán profundamente siento alivio a mi tormento cuando en los foros mundiales alguien al menos dice las cosas de frente y señala al monstruo de mil cabezas como responsable de las grandes miserias que asolan al género humano: Afganistán, Irak, Palestina y en el futuro, posiblemente Siria, Irán, Libia, Corea, víctimas del imperio por el simple y fortuito hecho de

tener en su subsuelo reservas de gas, petróleo y metales o por ocupar un espacio estratégico en el mapa mundial. Ya están diciendo que la triple frontera de Brasil, Paraguay y Argentina es sede de ciertas células de Al Qaeda, y es claro, allí están las reservas de agua potable, alguna excusa hay que inventar para iniciar el despojo.

Yo no imaginé jamás encontrarme de pronto inserto en un proyecto profundamente humanista y de socorro urgente, apremiante, impostergradable, al grueso de las comunidades, como el que lleva adelante el actual gobierno venezolano. Caminos, vías férreas, puentes, sistemas subterráneos, silos, créditos agrarios, atención médica, frigoríficos, preparación académica, cooperativas y sobre todo, una estrategia mediática dirigida a reencontrar al habitante con todas las cosas que lo definen, que lo identifican, que lo diferencian del resto del mundo. Venezuela, como muchos países latinoamericanos, posee un vasto acervo cultural, con manifestaciones ricas en bailes y canciones, pero los jóvenes buscan en la televisión prototipos que parecieran diseñados para la esterilidad, que exaltan lo banal y lo superfluo. En ese propósito me veo inserto y le agradezco diariamente a la vida el haberme dado esta oportunidad. Por primera vez no me siento nadando contra la corriente, sino asumiendo con responsabilidad y humildemente lo que es una necesidad de Estado, una exigencia de la nueva estructura del Ministerio para la Cultura.

Los intereses que se afectan a diario con el desarrollo son tan grandes y poderosos, que por momentos temo que toda esta obra gigantesca de trabajo por el pueblo se vea interrumpida, entorpecida por quienes se hicieron el hábito de tomar las decisiones para su provecho a nombre de las mayorías, pero se intuye la fuerza tremenda de un pueblo, cada vez más alerta, más atento y dispuesto a dejar su vida defendiendo lo que genuinamente le corresponde: ser protagonista de su propio destino.



Daniel en Froilán (zephyr, auto de la crónica), 1983.



Peaje de ruta en Perú, 1983.



Peajes diversos del trayecto por rutas colombianas, 1983.

Nº 000310

Nº 000779

Casa de cambio

Marta Daguer Ramirez y Cia. Ltda.
18 de Septiembre 330
Fono. 32975 - ARICA
RUT. 89.072.200-8

COMPRA DE DIVISAS

Clt Mts sDo

MONEDA _____ Tipo de Cambio _____

Nombre _____ Monto \$ _____

Pasaporte _____ País _____ Comisión \$ _____

Dirección _____ 20% I.V.A. \$ _____

Cheque N° _____ Varios \$ _____

Banco Girador _____ Total a Pagar \$ _____

Emp. Marco LAMARCA 1200-A ARICA

RECIBO OFICIAL DE CAJA No. **5-080671**

COD. TESORERO [] C.C. NIT. No. EMPLEADO PESOS U.S. DIA 17 MES 11 AÑO 83

RECIBI DE: DANIEL DI MAUROS

LA SUMA DE: SESENTA Y CINCO PESOS

V.A. COPIA

TRATAMIENTO SANITARIO

NO VALIDO PARA TRAMITES ADUANEROS

CLASE I PLACA AMY 829 Ve \$65...

VALIDO HASTA 08/08/84

TOTAL \$ 65...

No. CHEQUES						ELECTIVO	TOTAL				
MAY.	S.C.	AUXILIARES	OF.	PG.	SP.	PY.	FT.	DE BE	H ABER	PR 1	PR 2

PREPARO: _____ REVISO: _____ CODIFICO: _____ TESORERO _____

FORMA 4-81

Arriba: recibo de casa de cambio de Arica, Chile, 1983.

Abajo: Recibo del tratamiento de desinfección obligatorio del vehículo en Colombia, 1983.

**HOTEL RESIDENCIAL
"BOLOGNESI"**

AV. BOLOGNESI 427 - APTDO. 484 - TELFS. 32-6072 - 32-8883
PIURA - PERU

DPTO. No. 103

DEPARTAMENTO CON TELEFONO - BAÑO PRIVADO - ASCENSOR **FACT** 40201
CAFETERIA - LUGAR DE ESTACIONAMIENTO

Señor Daniel Diagona Diaz

Ingresó el de de 19 Salíó el de de 19

L. T. 6202584
REGISTRO DE VENTAS
214-80372
55838-G.

	MES DE	DIA	DIA	DIA	DIA	DIA	DIA	DIA	DIA	TOTAL
19		13								
ALOJAMIENTO		7,500.00								
SERVICIO 10% D. L. 14701										
SU PAGO TOTAL S/ <u>7,500.00</u>										

NOTA: DEPOSITOS EN CUSTODIA.
El Hotel responde únicamente por los efectos o valores que le hayan sido ENTREGADOS para su custodia. Sírvase reclamar su recibo correspondiente de la Gerencia.
NO SE OLVIDE DE ENTREGAR LA LLAVE

No surga el pago de esta factura el día de su presentarla.
La salida del equipaje se autorizará previo pago de su última factura.
Los pasajeros que desean retirarse se servirán comunicarlo a recepción, antes de las 2 p. m. Pasada esta hora se cobrará el importe del día, en caso. El pasajero que ingrese con un maletín de mano como equipaje deberá cancelar a diario su alojamiento.

MINISTERIO DE AGRICULTURA
REGION AGBARIA XXI-PUNO

PRODUCCION AGRICOLA
INSPECCION Y CONTROL AGRICOLA
Certificado de Fumigación Nº 018629

El que suscribe: Inspector Mantenimiento de Desaguadero
del Departamento de Inspección y Control Agrícola del Programa de Producción Agrícola.

CERTIFICA:

Que han sido fumigados Auto Color Popo For D
con Vaudoune fam
durante 0 horas a la temperatura ambiente.
Remitente Oficina de Desaguadero
Cantidad y naturaleza del fumigante desinfección
Peso producto fumigado: vehículo con pasajeros
Por derechos de fumigación pagó S/ 500.00 Documentos p/ls 90
Vía de transporte terrestre Camión No. AXY-829
Destinatario Umanes
Puno, 10 de Setiembre de 19 83

FIRMA [Firma]

Arriba: recibo del hotel Bolognesi de Piura, Perú, 1983.

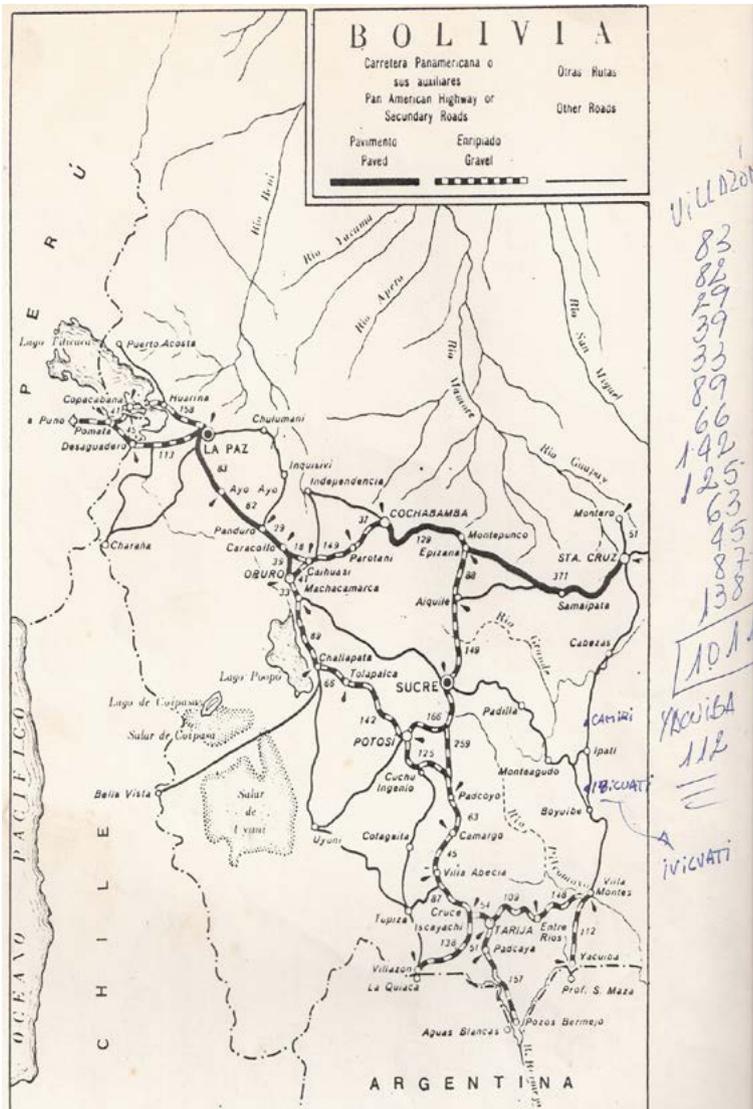
Abajo: inspección y fumigación en Puno, Perú.



Mapa carretero utilizado en la oportunidad y que muestra el recorrido desde Catia La Mar, Venezuela, hasta el sur de Perú.



Mapa carretero utilizado en la oportunidad y que muestra el recorrido desde el sur de Perú hasta la ciudad de Córdoba, Argentina.



Mapa carretero utilizado en la oportunidad y que muestra el recorrido desde el norte argentino hasta la ciudad de Arequipa en el sur peruano atravesando Bolivia desde Yacuiba hacia Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba, Oruro, Desaguadero y Puno, desde donde se atraviesa el sector alto de la cordillera de los Andes hacia Arequipa.

Índice

Crónica de viaje autobiográfica	7
Primera parte	9
Jueves, 4 de agosto de 1983	11
Viernes, 5 de agosto	17
Sábado, 6 de agosto	23
Domingo, 7 de agosto	29
Lunes, 8 de agosto	35
Martes, 9 y miércoles, 10 de agosto	41
Jueves, 11 de agosto	48
Viernes, 12 de agosto	54
Sábado, 13 de agosto	60
Domingo, 14 de agosto	66
Lunes, 15 de agosto	72
Martes, 16 de agosto	78
Miércoles, 17 de agosto	85
Jueves, 18 de agosto	91
19 al 27 de agosto	97
28 de agosto al 5 de septiembre	103

Segunda parte	125
Martes, 6 de septiembre de 1983	127
Miércoles, 7 de septiembre	133
Jueves, 8 de septiembre	139
Viernes, 9 de septiembre	145
Sábado, 10 de septiembre	151
Domingo, 11 de septiembre	158
Lunes, 12 de septiembre	165
Martes, 13 de septiembre	171
Miércoles, 14 de septiembre	177
Jueves, 15 y viernes, 16 de septiembre	183
Sábado, 17 de septiembre	189
Domingo, 18 de septiembre	195
Lunes, 19 de septiembre	201
Martes, 20 de septiembre	207
Miércoles, 21 de septiembre	213
A manera de epílogo.	
Viernes, 23 de febrero de 2007	219

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Al sur por Agustina
se terminó de editar en el mes de octubre de 2021
Caracas, Venezuela





Un viajero que parte desde Venezuela hacia Argentina se aventura en una ruta terrestre con su Zephyr. En su recorrido va identificando las maneras con que se reafirman las bases fraternas entre naciones suramericanas, que comparten su calidez, su solidaridad y la fortaleza que identifica las formas de ser de la región, sin dejar de lado las influencias que los otros continentes también han aportado en ellas como resultado del mestizaje. Es la narración de la trayectoria de un hombre que se rencuentra a sí mismo en los otros y se reconoce como parte de los pueblos que lo acogen y lo ayudan, cada uno a su manera, para llegar a la meta. Es la historia de una parte del continente vista desde la carretera llena de obstáculos, que hacen que quien transite se aferre a lograr su cometido a punta de ingenio y perseverancia; es, entonces, una metáfora de la supervivencia de los pueblos frente a las dictaduras y los conflictos que a lo largo de la historia han configurado una forma de ser de las naciones, y ese viajero representa al pueblo mismo, enfocado en emerger de las dificultades que, a la vez, lo hacen entender que sigue formando parte de algo humano y peculiarmente nuestroamericano.

DANIEL DI MAURO (1954)

Titiritero y escritor. Integró la agrupación El Telón con su primo Enrique Di Mauro; luego en 1978-1979, ya en Venezuela, Los Cuatro Vientos, con Roberto Fois Coniglio; y desde 1986 el teatro de títeres La Pareja, con Estrella Malavé, su esposa. Fue profesor de la Universidad de Carabobo y coordinador de la Unidad de Teatro, Arte y Literatura del Centro de Estudios para las Américas y el Caribe en 1998. Es autor de ocho libros de obras teatrales y para títeres: *Trapos*, *Titiriturgia para juglares*, *Voces epagoménicas*, *Humea y otras piezas guiñolescas*, *Imaginerías para retablos*, *Elementos en resistencia*, *Solitarios y Mujeres combativas*.

